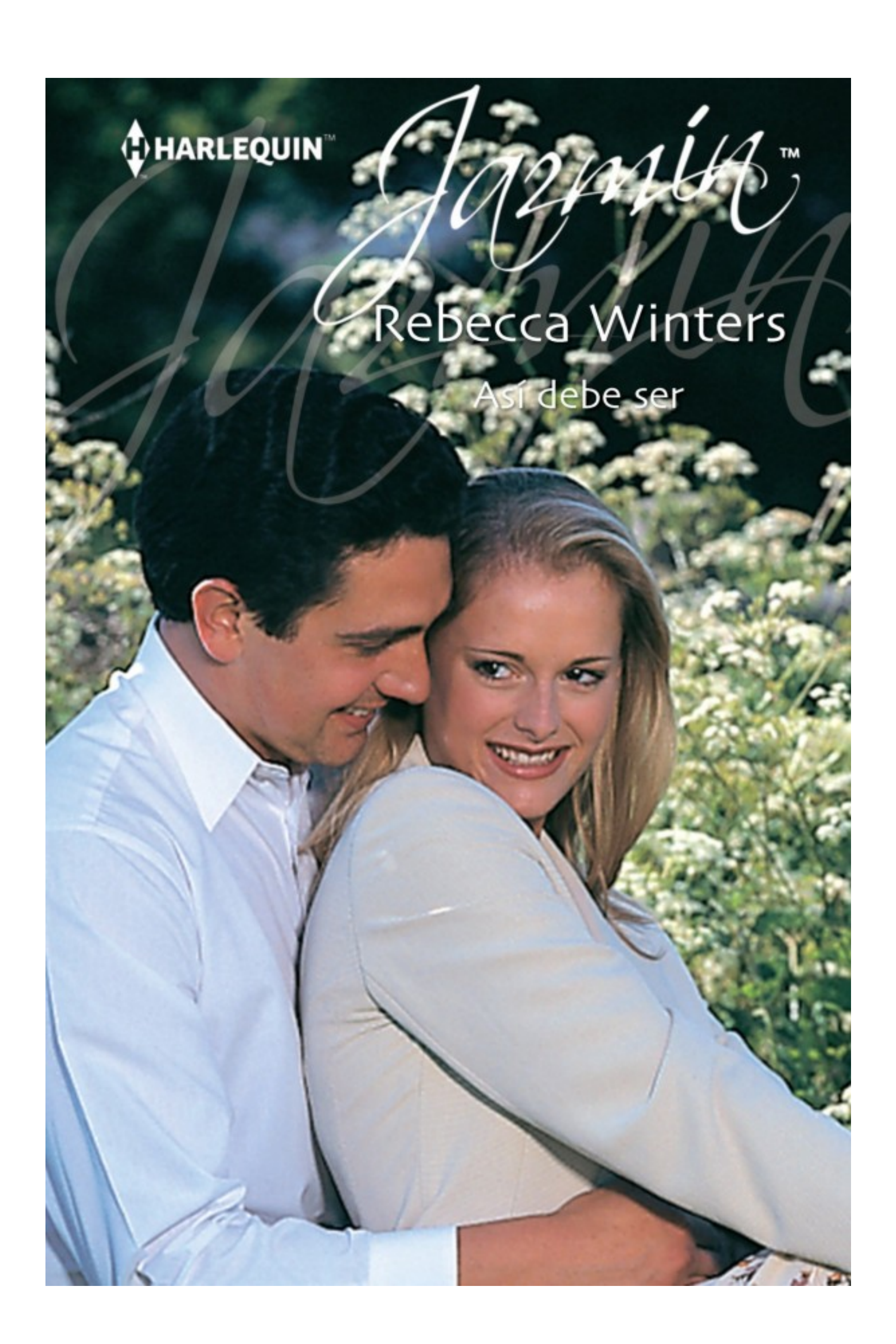

HARLEQUIN
Jazmín
Rebecca Winters
Así debe ser

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Así debe ser, n.º 1724 - enero 2015
Título original: The Baby Dilemma
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-6068-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 1

29 de septiembre

A mi querido Philippe, en recuerdo de aquel momento inolvidable en el prado, al pie del Monte Rainier, en que me propusiste matrimonio.

Estos gemelos de oro contienen los pétalos del ramillete de flores silvestres que me diste. Son de un gran valor para mí porque simbolizan tu amor. No creo que ninguna mujer se haya sentido jamás tan amada por su esposo como me siento yo. Hace ya un mes que estamos felizmente casados, ¡feliz aniversario, cariño!

Kellie

Kellie Madsen Didier dejó la pluma sobre la mesa e introdujo la tarjeta en su sobre, fijando este al paquete del regalo con celofán. De un momento a otro entraría Philippe por la puerta del elegante ático de Neuchâtel en el que vivían. Por las ventanas se podía admirar una magnífica vista del lago Neuchâtel, uno de los enclaves más hermosos de Suiza. Verdaderamente, Philippe la había llevado al paraíso.

Salió apresuradamente del dormitorio y fue al salón. Había dispuesto la mesa con el mejor mantel de encaje que tenían, la vajilla de porcelana, las copas más finas y la cubertería de plata. En el centro, flanqueado por dos candelabros repujados, había colocado un jarrón de cristal tallado con unas flores. Puso el regalo junto a la copa de él y corrió a la cocina a ultimar los preparativos de la cena, una cena digna del paladar del más exigente gourmet.

Kellie había pasado la mayor parte del día cocinando y engalanando la casa para la ocasión, pero aún tuvo tiempo de darse una ducha, lavarse el pelo y acicalarse.

Llevaba un vestido nuevo de crepé negro y talle ajustado. Philippe solía decirle que el contraste de ese color con el de su larga melena y sus ojos la hacía parecer aún más hermosa. Estos eran verdes, mientras que su cabello era de un bonito castaño claro con mechas rubias naturales.

Se había puesto además unos elegantes zapatos negros de tacón para realzar su metro setenta de estatura. Quería estar deslumbrante para él aquella noche.

Echó un vistazo a su reloj: las siete y media. Aquella mañana Philippe la había llamado para avisar que llegaría un poco más tarde, pero ya habían pasado casi treinta minutos de la hora que había dicho. No era usual en él no avisarla si un cliente lo entretenía.

Kellie recordó que unos días antes había recibido la visita del embajador de Costa de Marfil, quien quería encargarle una flota de limusinas. Quizá se hubiera producido algún imprevisto durante la salida de los vehículos de la fábrica Didier, dedicada a la fabricación de automóviles de lujo, en París.

Entró una vez más en la cocina para asegurarse de que todo estaba perfecto. Pasaron diez minutos, y luego otros diez. Estaba empezando a preocuparse. Lo llamó al móvil, pero le contestó el buzón de voz pidiéndole que dejara un mensaje.

Cada vez más inquieta, telefoneó a Marcel, el secretario de Philippe, a su domicilio. Este le dijo que, cuando se había despedido de él, Philippe estaba en su mesa, haciendo una llamada a Nueva York, y sugirió que lo más probable era que estuviera discutiendo algo con el guardia jurado del turno de noche o con alguien del personal de seguridad antes de abandonar la sala de exposición de los vehículos. De hecho, le dijo tratando de tranquilizarla, podía haber una infinidad de razones por las cuales se estaba retrasando. Tal vez estuviera tomando algo con un ejecutivo, apuntó.

Kellie dio las gracias a Marcel y colgó, pero seguía intranquila. Sabía que Philippe la habría invitado si tuviera planeado llevar a un comprador a cenar.

Entonces recordó que Roger, uno de sus mejores amigos y compañero en sus expediciones de alpinismo, había ido a visitarlos dos noches atrás. Cuando se ponían a hablar los dos de su afición se olvidaban de todo… Tal vez Roger no había regresado aún a Zermatt, tal vez seguía en Neuchâtel.

Corrió al estudio a buscar el número de Roger, pero antes de que pudiera encontrarlo, sonó el teléfono. Kellie se abalanzó sobre el auricular.

—¿Dígame?

—¿La señora Didier? —inquirió una voz seria al otro lado de la línea.

A Kellie le sobrevino un mal presentimiento que la puso al borde de un ataque de pánico. Se notó la boca seca.

—Sí, soy yo.

—La llamo del pabellón de urgencias del hospital Vaudois. Su marido se repondrá, pero ha tenido un accidente de tráfico y ha pedido que venga.

—¡Ay, Dios mío!¡Enseguida voy! —exclamó y, tras colgar, llamó para pedir un taxi. Podía haber ido con el pequeño deportivo que Philippe le había comprado como regalo de bodas, pero no sabía la dirección del hospital y no quería preocuparse por tener que encontrar un sitio donde aparcar. A decir verdad, estaba temblando de tal modo que no sabía si habría podido siquiera conducir.

El taxi que había llamado estaba dando la vuelta a la esquina justo en ese momento. Kellie agitó la mano en el aire para que el taxista la viera.

—Al hospital Vaudois, por favor, monsieur.

—*Oui, madame.*

Kellie se abrazó la cintura con los brazos, angustiada. Si Philippe hubiera tenido heridas de gravedad, la persona que había hablado con ella por teléfono no le habría dicho que se iba a reponer, se dijo tratando de tranquilizarse. Aun así… no volvería a respirar con normalidad hasta que pudiera verlo con sus propios ojos y abrazarlo.

—Por favor, dese prisa, mi marido ha sufrido un accidente. Déjeme en la entrada de urgencias.

El taxista asintió con la cabeza, pero no se molestó en acelerar. Al fin y al cabo, los suizos eran gente demasiado civilizada como para conducir de forma imprudente.

No podía decirse lo mismo de Philippe, francés de nacimiento. Según su familia, con quien Kellie había convivido un mes cerca del Bois de Vincennes, en París, había sido un temerario desde niño. A los veinte años ya participaba en carreras de coches, y solía conducir a velocidades que asustaban a la mayoría de la gente. Y aunque parecía que desde que se interesaba por el montañismo había perdido el gusto por correr, todavía se dejaba llevar cuando estaba probando uno de los deportivos recién salidos de la fábrica. Así se lo había confesado a Kellie Claudine, amiga íntima suya y hermana de Philippe.

Cuando le pareció que ya no podría soportar más la angustia, llegaron al hospital. Había varias ambulancias junto a la entrada y,

al verlas, Kellie sintió como si se agrandara el agujero que parecía habérsele hecho en el estómago.

Se apeó del taxi, alargó al conductor varios billetes de francos suizos sin pararse a contarlos bien y entró a toda prisa.

El vestíbulo del pabellón de urgencias estaba abarrotado de amigos y familiares de víctimas de accidentes, que hablaban en voz baja entre sí. La ansiedad y la preocupación podían leerse en sus rostros. Al acercarse a la mujer que estaba tras el mostrador de información y ver su reflejo en el cristal, Kellie comprobó que su cara tenía idéntica expresión.

—Disculpe, soy la señora Didier. Han traído a mi marido esta noche. ¿Puede decirme dónde está?

—Pase por allí y a la izquierda. Está en el cubículo número cuatro.

—Gracias —murmuró Kellie antes de atravesar presurosamente las puertas de vaivén de la sala de observación. Una vez más, la sobrecogió el enjambre de actividad que había allí. Personal médico, enfermeros, e incluso agentes de policía entraban y salían. Parecía que cada cubículo estuviera ocupado y, desde detrás de la cortina del primero, le llegaron los desgarradores gemidos de dolor de una mujer.

En ese instante, Kellie dio gracias al cielo de que Philippe no estuviera en semejante agonía. Apretó el paso hasta llegar al número cuatro y descorrió la cortina. Su marido estaba consciente, gracias a Dios, vestido con un pijama de hospital y arropado por inmaculadas sábanas blancas.

—¡Philippe!

—*Mon amour*… Pensé que nunca ibas a llegar.

Ella se sorprendió al notar lo agitada que sonaba su profunda voz, la voz de aquel hombre cuya inteligencia y fuerte carácter inspiraban confianza en cuantos lo conocían.

—Vine en cuanto me llamaron, cariño —gimió ella. Verlo tan vulnerable la destrozaba—, estuve horas esperando que volvieras a casa.

La hermosa tez aceitunada mostraba una palidez inusual, pero el rostro, endiabladamente atractivo, con aquellos ojos castaño oscuro y el cabello negro que ella adoraba, eran los mismos.

—*Mon Dieu!* —exclamó él—. Eres tan preciosa que hace daño mirarte…

Y con un rápido movimiento del brazo derecho, la atrajo hacia

sí. Ella se dio cuenta de que no podía mover el otro brazo. Preocupada por este pensamiento, la sorprendió la intensidad del beso, casi salvaje, que siguió.

Desde que contrajeran matrimonio, habían hecho el amor día y noche, en todo tipo de circunstancias y condiciones, pero su marido nunca la había abrazado así, como si fuera a ser la última vez.

—Philippe, cariño… —murmuró ella cuando él permitió, de mala gana, que sus labios se separaran—. ¿Qué te has hecho en el brazo?

—No es nada —replicó él—, solo me he golpeado el codo.

—¿Dónde más te has hecho daño? —preguntó estudiándolo con ojos preocupados.

—También me golpeé la rodilla izquierda.

—Ay, cariño —gimió ella—, déjame ver…

—No es necesario. El médico ha dicho que no tengo nada roto, solo magulladuras. Dentro de un rato van a hacerme unas radiografías para asegurarse. Pero antes de que vengan a buscarme, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Kellie tuvo un mal presentimiento. Inspiró, temblorosa, pero asintió.

—Está bien.

Escuchó cómo le pedía a Dios que le diera fuerzas y murmuraba:

—Creo que será mejor que te sientes.

Kellie acercó a la cama un taburete que había junto a una estantería y se sentó. Después tomó la mano derecha de Philippe, la besó y la sostuvo contra su mejilla.

—¿Qué es eso tan terrible que tienes que decirme?

La expresión de él se tornó desolada y sus ojos parecieron suplicarle que le dijera que callara.

—¿Cariño? —le urgió ella, incapaz de soportar el suspense un segundo más.

Philippe se aclaró la garganta.

—Cuando nos casamos, prometimos amarnos en lo bueno y en lo malo.

—Y así lo estamos haciendo —reiteró ella sin saber a dónde quería llegar—, y yo estaré a tu lado pase lo que pase.

—Yo… nunca pretendí que hubiera nada «malo» en nuestro matrimonio —le dijo él, como irritado consigo mismo.

—¿Y lo hay? —inquirió ella tragando saliva con dificultad.

—Kellie, no sé cómo decirte esto.

—¿Decirme qué? —suplicó ella, soltándole la mano y peinando su cabello ondulado con los dedos—. ¿Acaso no sabes que puedes contármelo todo?

La mirada de los ojos de Philippe se tornó apesadumbrada.

—Esta tarde, cuando estaba cerrando algunos asuntos en la oficina para poder ir a casa contigo, tuve una visita. Era una mujer a la que rescaté tras una avalancha en Chamonix, meses antes de conocerte.

Kellie no quería escuchar más, sentía como si la hubiesen empujado desde lo alto de un rascacielos.

—Se llama Yvette Boiteux.

El nombre no le resultaba familiar a Kellie, pero según Claudine, su hermano había dejado un buen número de corazones rotos tras su marcha de París.

—Supongo que tendría una buena razón para visitar a un hombre casado al final de la jornada laboral —apuntó Kellie, no sin un cierto temblor en la voz.

—Todo lo que sé es que está embarazada de ocho meses y que asegura que el niño es mío.

Kellie reprimió un gemido de asombro mordiéndose el puño hasta hacerlo sangrar.

—Cariño… —comenzó él apretándole la otra mano enérgicamente, sin pensar en la fuerza que tenía—. Por favor, déjame terminar.

Ella apartó la mirada.

—Te escucho.

—Solo dormimos juntos una vez. Fue un error de principio a fin —insistió—. Sé que mi reputación me precede, pero en realidad, no ha habido tantas mujeres… Yvette ni siquiera fue una de ellas —aseguró.

—Te creo —respondió Kellie. Apenas podía respirar.

—Cuando vino a mi oficina no tenía buen aspecto. Me dijo que había ido allí en autobús porque no tenía coche, y le dije que la llevaría a casa. Antes de hablar nada sobre hacerme una prueba de paternidad, estaba rogando a Dios que ella admitiera que uno de sus amantes le había dado la espalda. Quería pensar que ella había acudido a esas horas para que la ayudara con algún dinero.

Kellie cerró los ojos con fuerza un instante. ¿Y si el resultado de la prueba fuera positivo?

—De camino al apartamento en el que me dijo que vivía con su

madre —prosiguió Philippe—, un turista que venía en dirección contraria se nos echó encima. Ha recibido una citación judicial por conducción temeraria. En otras circunstancias habría podido evitar la colisión, lo habría visto venir, pero…

Kellie sacudió la cabeza.

—Después de que te diera una noticia así, lo sorprendente es que aún fueras capaz de coordinar.

—El impacto lanzó el coche contra una furgoneta aparcada. El médico ha dicho que Yvette no está herida, pero con su estado tan avanzado de gestación el golpe podría ten…

—Señor Didier —los interrumpió un enfermero—, vamos a llevarlo a la sala de rayos X. Madame, si no le importa, tiene que dejarnos un momento… Tenemos que pasarlo a la camilla —le pidió a Kellie.

—Sí, claro.

—Cariño… —la llamó Philippe, frenético.

—Estaré al otro lado de la cortina —lo tranquilizó ella.

Volvió a colocar el taburete en su sitio y salió. En un instante los camilleros sacaron la camilla con Philippe del pequeño cubículo delimitado por las cortinas. Sus ojos oscuros se clavaron en el alma de ella, y le quemaron las entrañas.

—Prométeme que seguirás aquí cuando vuelva —suplicó.

—¿Adónde iba a ir? —respondió Kellie. Las lágrimas que había estado conteniendo rodaban por sus mejillas. «Eres toda mi vida, Philippe. Sin ti nada tiene sentido.»

Solo cuando desaparecieron tras unas puertas de doble hoja, cayó en la cuenta de que debía avisar de lo ocurrido a los padres de él, y también a Marcel. Sin embargo, su cuerpo tardó en obedecer a su cerebro.

Cuando retomaba sus pasos hacia el área de recepción para hacer las llamadas, escuchó a la mujer histérica del primer cubículo gritar el nombre de Philippe. Kellie se quedó helada.

—Cálmese, señorita Boiteux —dijo otra voz femenina—. El señor Didier vendrá a verla en cuanto salga de la sala de rayos X.

—Tengo que verlo, lo amo… Es el padre de mi bebé, del hijo que voy a tener. ¡Prométame que no está herido, que va a estar bien!

—Trate de calmarse, no es bueno para usted ni para su bebé. Tiene usted toxemia y la tensión le ha subido mucho. Tenemos que conseguir bajársela, pero necesitamos que ponga un poco de su

parte.

—Ha sido por mi culpa… Él se ofreció a llevarme a casa y yo se lo permití. Debí haber dicho que no, si hubiera dicho que no, no estaría herido. Es tan maravilloso… ya me salvó la vida una vez. Si le ocurriera algo a Philippe yo… querría morirme.

—*Ah, non, mademoiselle.* Debe usted vivir, por su bebé, ya queda muy poco para que nazca. Piense en la dicha de criar a su hijo. Hemos telefoneado a su madre y muy pronto estará aquí.

—¡No! —insistió la mujer—. Sin Philippe lo demás no me importa nada. Por favor, tráiganlo conmigo. El niño que llevo dentro es su hijo. Ustedes no lo comprenden… ¡Philippe es toda mi vida!

«El niño que llevo dentro es su hijo. ¡Philippe es toda mi vida!» Escuchando el eco de esas palabras en su cabeza, Kellie sintió como si alguien hubiese caminado sobre su tumba.

De pronto una mano tocó su hombro.

—¿Madame? No tiene usted buen aspecto —era uno de los ayudantes de enfermería—, ¿quiere echarse un poco?

—N… no. Estoy bien.

—Permítame al menos que la acompañe al área de recepción. Allí podrá sentarse a esperar.

—Gracias.

El ayudante de enfermería la llevó junto a una silla tras las puertas de vaivén y, al sentarse, Kellie tuvo la impresión de que sus brazos y piernas se habían trocado en madera.

—Alguien vendrá a avisarla cuando hayan terminado de hacerle las pruebas a su marido. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Kellie se sentía como si estuviera en medio de una pesadilla en la que trataba de huir de algo, pero en la que todo sucedía a cámara lenta.

—¿Podría llamar al secretario de mi esposo e informarlo del accidente? Vive aquí en la ciudad. Pídale que telefonee a los padres de Philippe —le pidió ella.

—Dígame el nombre y número de su secretario —le dijo el hombre extrayendo una libreta de su bolsillo.

Kellie le facilitó los datos y, una vez se hubo marchado el ayudante, se quedó allí sentada hasta que por fin comenzó a dejarla aquella terrible sensación de debilidad. Se puso de pie y se acercó a la mujer que estaba tras el mostrador de recepción.

—¿Podría pedirme un taxi, por favor?

Diez minutos más tarde, Kellie estaba entrando a su apartamento. Fue directamente al estudio de Philippe y se sentó en su escritorio. Extrajo la pluma dorada del portaplumas, uno de sus muchos regalos de boda, y tomó una libreta.

Querido esposo:

Yo siempre te amaré, pero Yvette ya te amaba antes que yo. Nosotros solo hemos estado casados treinta días, y ella lleva un hijo tuyo en su seno desde hace ocho meses. Y eso no estaba incluido en la «cláusula» de «en lo malo».

La oí llamarte en el hospital, pero ella no sabía que yo estaba escuchando al otro lado de la cortina, escuchándola rogar, suplicar, que te llevaran con ella.

Después de las confesiones que le hizo a la doctora, ya no tengo ninguna duda de que el hijo que va a tener es tuyo. No te recrimino nada, cariño, pero es ella, enferma como está y con un embarazo de alto riesgo, quien necesita ahora tu ayuda y protección.

Me consta que no eres la clase de hombre que rehuye sus responsabilidades, que no eres como mi padre biológico, que nos abandonó a mi madre y a mí, de modo que regreso a Washington. Cuando llegue allí comenzaré los trámites de divorcio y pronto serás libre para casarte con ella y ser un verdadero padre para tu hijo.

Quiero que sepas que no necesito que me pases una pensión, solo quiero tu promesa de que harás lo correcto para con Yvette y tu hijo. Estoy segura de que serás un gran padre.

Con todo mi amor,

Kellie

Se quitó el anillo de boda, lo dejó sobre la nota y llamó para pedir un taxi que la llevara al aeropuerto.

Antes de que llegara el taxi, se puso unos pantalones de lana y un jersey. Guardó la comida en el frigorífico, arregló un poco la cocina y metió alguna ropa y objetos de aseo en una bolsa de viaje. Extrajo de un cajón el pasaporte junto con las llaves del coche. Dejó estas sobre la cómoda y salió del apartamento sin mirar atrás.

En cuanto entró en el taxi, sonó su teléfono móvil. No contestó la llamada y pidió al taxista que la llevara a Ginebra lo más rápido posible.

Durante el trayecto, el móvil volvió a sonar al menos veinte veces. Philippe habría salido de la sala de rayos X y se estaría preguntando dónde habría ido. Pero, en cuanto los médicos le dijeran que Yvette quería verlo y se diera cuenta de lo mal que estaba, ya no llamaría más, se dijo Kellie.

—¿Kellie? —era la voz de su abuelo. Asomó la cabeza a la puerta de la cocina del restaurante familiar—. Te llaman por teléfono.

—Di a quien sea que ya lo llamaré yo luego, abuelo.

Él se acercó por detrás de la gran isla de acero inoxidable donde ella estaba preparando las ensaladas.

—Es Claudine.

Kellie sintió una punzada de culpabilidad.

—No has querido contestar ni una de las llamadas de Philippe desde que volviste a casa hace una semana. ¿No irás a hacer lo mismo con su hermana también? No está bien, cariño. Yo seguiré con esto. Sube a la oficina y habla con ella.

Kellie inspiró profundamente, admitiendo para sí que no podía seguir posponiendo el momento de afrontar aquello. Además, estaba siendo muy injusta, su familia no tenía nada que ver con aquello.

—Está bien, no tardaré.

—Tómate el tiempo que necesites. Estás guardándote tantas cosas, que un día de estos acabarás explotando. Y te hará bien hablar con ella, es una chica tan dulce…

El abuelo de Kellie, James Madsen, adoraba a Claudine. Había vivido un mes con ellos en una estancia de intercambio. Era una auténtica Didier: bonita, cabello y ojos oscuros, inteligente, bien educada y encantadora.

Al abuelo le encantaba charlar con ella en su imperfecto francés y lamentaba que se hubiera roto el matrimonio de Kellie con su hermano. Toda la familia sabía cuál era la razón por la que ella quería el divorcio, pero ninguno interfirió ni se lo reprochó, algo que ella agradeció enormemente.

Más aún, a pesar de lo mucho que apreciaban a Philippe y de que su madre seguía visiblemente apenada por cómo se habían truncado los sueños de su hija, todos respetaron su decisión sin decir nada al respecto.

Kellie se apresuró a lavarse las manos en el fregadero y corrió

escaleras arriba. Su familia vivía en el piso superior, sobre el bullicioso restaurante.

El abuelo de Kellie había comprado el solar a finales de los sesenta y había abierto allí su restaurante. Lo llamó The Eatery, un juego de palabras a partir del nombre de Eatonville, el lugar donde vivían, en el Estado de Washington, cerca de las montañas Cascades y el monte Rainier.

Desde pequeña, el sueño de Kellie había sido poder convertirlo algún día en un restaurante francés. De hecho, había sido con ese objetivo en mente con el que había realizado sus estudios universitarios en francés y había hecho un curso de especialización en cocina francesa en el valle de Napa, en California.

Algún tiempo después, su abuelo la había sorprendido enviándola a Francia, en una estancia de intercambio a través de la universidad para mejorar su francés. Así fue como conoció a Claudine. Y fue estando en casa de los Didier cuando le presentaron a Philippe, que había ido a visitar a su familia aquel día.

Con mirarlo una sola vez se dio cuenta de que se había enamorado perdidamente de él y sintió que todo su mundo había cambiado en ese instante. Y, según parece, lo mismo le debió ocurrir a él, ya que, cuando terminó el mes de intercambio, la siguió de regreso a Washington. Y así, al cabo de un mes, ya se había celebrado su boda.

Tras la euforia de los primeros treinta días de casados y los inesperados sucesos que habían acaecido, Kellie se dijo que su vida nunca recobraría aquella magia, jamás.

Y por más que había estado tratando de dejar atrás ese pasado cercano, sabía que cuando escuchara la voz de Claudine, el dolor volvería a ella atravesando el muro que había levantado.

La mano le temblaba cuando descolgó el auricular en la oficina de su abuelo.

—¿Hola? ¿Claudine?

—Kellie… —respondió su amiga sollozando—. ¡Al fin!

Kellie notaba un nudo en la garganta, pero no podía tragar, y mucho menos hablar.

—Yo… siento haber tardado tanto en dar la cara.

—No te disculpes, chérie. Yo también quiero a Philippe y he llorado hasta dormirme cada noche por lo ocurrido.

—¿C—Cómo está?

—Físicamente se está recuperando. Se había hecho daño en el

hueso del codo y lo ha llevado un tiempo en cabestrillo. La rodilla tuvieron que operársela y sigue convaleciente, de otro modo habría ido tras de ti.

De la garganta de Kellie escapó un leve gemido. Entonces sus heridas eran más graves de lo que él había dicho, se dijo preocupada. ¿Quién habría estado cuidando de él?

—Aún tendrá que usar las muletas un tiempo, hasta que la rodilla sane y pueda soportar su peso.

Cada una de las palabras de Claudine hacían que Kellie se sintiera peor.

—Kellie, debes saber que mi hermano está destrozado desde que lo dejaste —le confesó con voz trémula.

Las lágrimas rodaban desde hacía rato por las mejillas de Kellie.

—¿Te pidió él que me llamaras?

—No, Philippe no habla con nadie, está demasiado dolido. Yo he estado rezando para que en este tiempo hayas reconsiderado tu decisión.

—No puedo pensar en nada más —replicó Kellie entre sollozos—, pero, por más vueltas que le dé, el divorcio es la única solución posible. Al cortar nuestros lazos él podrá casarse con ella y cumplir con su obligación moral. Las dos sabemos que será un buen padre, tú lo has visto con tus sobrinas y tu sobrino. Fue una de las cualidades por las que quise casarme con él.

—¡Pero mi hermano puede ser un padre modelo sin tener que casarse con ella!

—Claudine, no es lo mismo tener un «padre de visita» que un padre de verdad. El bebé de Yvette se merece tener a su padre consigo. Yo he tenido que vivir todos estos años sin el mío y no quiero que su hijo crezca sin un padre. Y no es solo eso, Philippe siempre ha querido formar una familia y, bueno, ahora tiene una. Yvette lo adora y el niño nacerá dentro de nada.

—Pero esa no es la cuestión, Kellie. Él está demasiado enamorado de ti como para pensar en casarse con otra mujer.

—Pero hubo un tiempo en el que sentía afecto por Yvette. Puede que, si le da una oportunidad, esos sentimientos se transformen en amor. Se volverá loco con el niño, seguro. Si estuvieras en mi lugar, tú tampoco le negarías la posibilidad de criar a su hijo con la madre bajo el mismo techo, ¿verdad?

Hubo un breve silencio.

—No puedo contestarte a eso, Kellie. Yo no sé lo que es crecer

sin padre, pero obviamente a ti te ha marcado mucho más de lo que imaginaba.

—Escucha, Claudine… Yo misma oí a Yvette confesar a la doctora que la atendía lo mucho que necesitaba a Philippe. El dolor y la añoranza en su voz me mataron. Y entonces supe lo que debía hacer.

De nuevo Claudine se quedó dudando antes de contestar:

—¿Y qué hay de tu dolor y tu añoranza por mi hermano?

—Lo que yo sienta no importa.

—Eso es lo que dices ahora, pero llegará un día en que… Espero que no vea el día en que te arrepientas de ello.

—Por favor, no me odies, Claudine —suplicó Kellie.

—Eso no merece respuesta. Y, en cuanto a Philippe, estoy segura de que él querría odiarte, porque le haría las cosas más fáciles. ¿Ya has ido a ver a un abogado?

Kellie inspiró.

—Sí. Philippe recibirá los papeles la semana que viene.

—Eso acabará con él.

—Por favor, no digas eso.

—Te lo digo porque es la verdad, conozco a mi hermano. Tú crees que vuestro divorcio lo obligará a casarse con Yvette, pero te equivocas. Él te ama a ti. Toda la familia te adora.

—Yo también os quiero mucho a vosotros —aseguró Kellie con voz temblorosa—, y aprecio que os preocupéis tanto, pero lo primero son Yvette y su bebé.

Hubo otra pausa.

—¿Kellie?

Ella se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Sí?

—Tú eres la única mujer que él quiere por esposa.

—Pero cambiará de opinión cuando presencie el nacimiento del bebé y contemple esa versión de sí mismo en pequeño.

—Te equivocas —insistió su amiga.

—Claudine…

—Perdóname, me prometí que no te presionaría, y es lo único que he hecho desde que empezamos a hablar.

—No tienes por qué disculparte.

—Sé que no tienes ganas de seguir hablando —le dijo amablemente Claudine—, pero llámame de vez en cuando, ¿quieres? No podría soportarlo si también quisieras sacarme a mí de

tu vida.

—Yo jamás haría eso —aseguró Kellie—, te juro que tendrás noticias mías muy pronto.

—A tout à l’heure, chérie.

—A bientôt chère Claudine.

Kellie colgó el teléfono con el rostro bañado en nuevas lágrimas. Incapaz de soportar el dolor, salió corriendo de la oficina hasta su habitación y se dejó caer sobre la cama.

Capítulo 2

Kellie, el doctor Evans quiere hablar contigo. Pasa a la consulta cuando termines de vestirte.

Últimamente había estado padeciendo continuos dolores de cabeza, más exactamente desde el día en que su abogado había enviado a Philippe los papeles del divorcio por correo urgente. De eso hacía ya una semana y, desde entonces, su marido no había vuelto a intentar ponerse en contacto con ella por teléfono.

Era lo que ella había querido, pero no podía dejar de preocuparse por él y necesitaba saber si el bebé había nacido ya o no. Siempre podía llamar a Claudine, naturalmente, pero temía que, de hacerlo, empezaría de nuevo a llorar y los dolores de cabeza empeorarían.

Los analgésicos habituales no le hacían ningún efecto, así que había ido a su médico de cabecera, el doctor Evans, con la esperanza de que pudiera recetarle algo más fuerte. Salió de la sala donde el médico le había hecho el reconocimiento y pasó a su consulta.

—Toma asiento, Kellie.

Cuando se hubo sentado, el médico le dirigió una sonrisa.

—Creo que he descubierto el origen de tus dolores de cabeza, pero prefiero esperar la confirmación de tu ginecólogo.

«¿Mi ginecólogo?», se repitió Kellie mentalmente, parpadeando perpleja.

El médico se quedó mirándola, atónito.

—¿No sabías que estás embarazada?

Ella se tambaleó de tal modo en la silla que se habría caído de no haberse agarrado a los lados.

La expresión del doctor se tornó seria.

—Ya veo, ¿tal vez tu marido y tu no planeabais tener hijos aún?

—No… Yo… Es decir, sí, queríamos tener un bebé, pero no… ¡no podemos tenerlo ahora! ¡Es imposible! —exclamó angustiada.

El médico se inclino hacia delante, mirándola con la confianza de un viejo amigo.

—Kellie, en los veinticinco años que te he tratado, jamás te he visto tan alterada. Debes estar atravesando por una situación realmente traumática, y ese es el motivo de los dolores de cabeza.

Su tono comprensivo tuvo en ella el efecto de la palanca que abre las compuertas de una presa: Kellie se tapó el rostro con las manos y se deshizo en sollozos.

El médico le pasó un paquete de pañuelos de papel que tenía sobre la mesa.

—Cuéntame lo que te ocurre.

—Lo siento —se excusó, alzando el rostro para secarse las lágrimas—, perdone mi arrebato. Yo… le agradezco mucho que me haya visto, pero tengo… tengo que irme —dijo levantándose de la silla como un resorte.

Los ojos del médico la siguieron hasta la puerta con una mirada preocupada.

—Soy yo quien lo siente. Por favor, prométeme que buscarás enseguida un ginecólogo. El doctor Cutler es uno de los mejores. Su consulta está en el segundo piso. Dile que vas de mi parte.

Ella asintió.

—Gracias, doctor Evans.

—Y si quieres que tu bebé nazca sano, no esperes demasiado para empezar con los cuidados prenatales y no tomes ninguna medicación sin haberlo consultado antes con él.

—Lo haré, adiós.

Kellie estaba deseando salir de la consulta. Bajó apresuradamente al aparcamiento y regresó al restaurante. Al cabo de media hora abrían y ella necesitaba distraerse con algo para no pensar.

Su familia no sabía que había ido al médico, así que no quería decirles nada hasta que no hubiera tomado una decisión sobre lo que iba a hacer. En aquellos momentos todavía estaba intentando digerir la noticia con todas sus implicaciones.

Al llegar las cuatro de la tarde, el dolor de cabeza se había vuelto insoportable. Kellie dijo al otro *chef* que necesitaba tomarse el resto del día libre y subió a su habitación. Llamó a la consulta del doctor Cutler para pedir una cita y la secretaria del médico le dijo que la recibiría el viernes siguiente.

Kellie le explicó que tenía fuertes dolores de cabeza y la secretaria la pasó con la enfermera del médico, que le recomendó un analgésico que no haría daño al bebé.

Kellie le dio las gracias y colgó. Tras la visita al doctor Cutler el viernes, comunicaría a su familia que estaba embarazada, lo había decidido.

—¿Kellie? Ahí fuera hay una mujer que quiere hablar contigo.

—¿Quién? —inquirió ella volviéndose hacia el joven camarero.

—No lo sé, no la había visto antes, y estoy seguro, porque de otro modo, créeme que me acordaría —dijo sonriendo—. Se llama Lee no-sé-qué. El apellido empezaba por eme, pero no sé pronunciarlo.

Kellie rebuscó en su mente. No conocía a ninguna mujer llamada… ¡Un momento! No, imposible… No podía ser la mujer de Raoul, el mejor amigo de Philippe…

El tiempo que Kellie había estado viviendo en el apartamento de Neuchâtel con Philippe, el príncipe Raoul Mertier Bergeret D'Arillac, soberano de los cantones franco-suizos y su esposa estadounidense, de veintiséis años, habían estado fuera del país en su luna de miel.

Aunque Kellie no había llegado a conocerlos, había leído los recortes de periódico acerca de aquella boda real que Philippe guardaba en el escritorio, y también había visto fotos y vídeos de Raoul y sus amigos escalando.

Y si el príncipe y su esposa habían establecido su residencia en Neuchâtel en las fechas en las que ella había abandonado Suiza, no podían estar allí, en Estados Unidos… ¿O sí?

—Dime, su nombre… ¿era algo así como Mertier?

—¡Eso es! Exactamente —asintió el joven.

Kellie sintió que las piernas le temblaban. Si la mismísima Lee Mertier estaba en el comedor de su restaurante, la única razón posible por la que podía haber ido allí era que algo terrible debía haberle ocurrido a Philippe. Quizá sus heridas fueran peores de lo que Claudine le había dicho.

—Dile que me reuniré con ella enseguida.

—De acuerdo —respondió el chico saliendo de la cocina.

Con las piernas temblando, atravesó el comedor hasta llegar al vestíbulo del restaurante.

La hermosa mujer de aspecto vivaz, cabello corto rubio platino y ojos violeta que se volvió hacia ella, superaba con mucho a la de las fotografías que había visto en los periódicos. Sin embargo, al mismo

tiempo, con sus vaqueros y su jersey de punto, Lee Mertier parecía una persona muy normal y cercana. Mientras avanzaba hacia ella pasando junto a una fila de clientes que esperaban ser atendidos, la invadió tal temor de que le trajera en efecto malas noticias de Philippe, que apenas podía respirar.

—¿Alteza? —le dijo con voz temblorosa.

—Llámame Lee, por favor —respondió la joven obsequiándola con una dulce sonrisa—. Sabía que tenías que ser tú. Eres mucho más guapa al natural que en esa foto que Philippe lleva siempre consigo.

—Supongo que ya no la llevará —musitó ella, apesadumbrada —. Yo iba a decir que las fotos que había visto de ti en los periódicos no te hacen justicia.

—Gracias.

—Por favor… —le rogó Kellie luchando por controlar sus emociones—. Sé que no estarías aquí si no le hubiera ocurrido algo a Philippe. Las heridas que sufrió en el accidente… ¿eran más graves de lo que su hermana me dejó entrever?

—Espera, espera… —la tranquilizó la princesa—. La vida de Philippe no corre peligro.

—¿Le ha pasado algo al bebé?

—Kellie… —dijo Lee en voz baja—, ¿no podríamos ir a otro lugar? Preferiría que habláramos de esto en privado?

—Sí, por supuesto. Disculpa mi descortesía. Es… es que estoy muy asustada.

Kellie abrió la puerta que daba a las escaleras y pidió a Lee que la siguiera a la sala de estar que había en el piso de arriba.

—Toma asiento, por favor. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —respondió Lee acomodándose en un sillón.

Kellie se sentó en una silla frente a ella.

—Sé que mi visita te ha alarmado, pero tras discutirlo con Raoul, los dos convinimos en que no podíamos decirte esto por teléfono.

—¿Ha venido tu marido contigo?

—No, ha tenido que quedarse en Suiza presidiendo un congreso internacional de banca.

—Pero apenas habéis regresado de vuestra luna de miel, ¿no es así? Me sabe mal pensar que hayas tenido que hacer un viaje tan largo por mi causa…

—Para mi esposo, Philippe es como un hermano; haría cualquier

cosa por él. Y yo también lo aprecio muchísimo. Sin embargo, ya no es el hombre que me presentó a Raoul en Zermatt. Es como si no quedara rastro en él del enérgico francés que se enamoró de ti.

Kellie tenía la cabeza gacha.

—Está atravesando una profunda crisis emocional en estos momentos —continuó Lee—, y mi marido y yo estamos muy preocupados por él.

—Bueno, el ser padre primerizo y tener de ayudar a Yvette con el bebé debe ser…

—Kellie… —la interrumpió Lee—, Yvette murió al dar a luz.

—¿Qué? —exclamó ella, atónita, incapaz de seguir sentada. ¿Por qué no la había llamado Claudine para decírselo?—. Pero Philippe me dijo que ella no había resultado herida en el accidente…

—Sufrió una eclampsia durante el parto —replicó Lee suavemente—. Según parece fue trágico: tenía convulsiones y después se quedó en coma. Falleció sin siquiera ver a su hijo. De eso hace ya una semana, y el bebé ha tenido que permanecer en el hospital hasta después del entierro. Al final ha sido la abuela materna quien se ha hecho cargo de él, y hasta ahora no ha permitido que Philippe lo vea, porque lo culpa de la muerte de su hija.

El gemido horrorizado de Kellie resonó en la sala de estar. No daba crédito a aquellas terribles noticias y no quería imaginar lo que Philippe estaría sufriendo.

—¡Mi pobre y querido Philippe! —murmuró con voz temblorosa.

—Está siendo un calvario para él, pero no quiere hablar de ello con nadie. Después de que tú lo abandonaras, se distanció de todos los que lo apreciamos. Ni siquiera su familia podía hacer que se abriera a ellos, y su hermano Patrick ha tenido que dejar Paris para sustituirlo en la oficina. Raoul ha sido la única persona a la que Philippe ha dejado entrar en el apartamento. Mi marido se espantó al ver que apenas había comido ni se había preocupado de sí mismo en el último mes. Me dijo que parecía que había perdido al menos cinco kilos, o quizá más; pero lo que más alarmó a Raoul fue enterarse por la asistenta de que estaba preparando su equipo de montañismo. Y cuando Raoul le preguntó qué iba a hacer, le dijo que planeaba escalar el Matterhorn este fin de semana.

—¡Pero no puede hacer eso! —balbució Kellie angustiada—. Claudine me dijo que aún no estaba totalmente repuesto de la operación de la rodilla.

—Y es verdad, pero Philippe se niega a escuchar a nadie y a razonar. Sin embargo, de algún modo, Raoul logró convencerlo de que esperara a que terminara ese congreso de banca para que Yves y Roger vayan con él. Pretenden hacer todo lo que esté en su mano para evitar que haga algo peligroso, pero mi marido me dijo que jamás había visto a Philippe en ese estado, y no está seguro de poder detenerlo.

Al llegar a ese punto, Kellie estaba temblando de pies a cabeza.

—¡Tengo que ir con él! Yo solo inicié el proceso de divorcio porque Yvette lo amaba y lo necesitaba, pero ahora no hay ninguna razón para que esté lejos de él. ¡No sabes cuánto lo quiero!

—¡Gracias a Dios! Raoul y yo pensamos que tú eras la única que podías hacerlo reaccionar, Kellie. Por eso he venido, para llevarte de vuelta a Suiza conmigo esta noche si quieres, en el jet privado de Raoul. He alquilado un coche en el aeropuerto de Sea-Tac. Puedo llevarte a Seattle en cuanto estés lista.

«¡Qué personas tan maravillosas!»

—Te agradezco vuestra generosidad, pero no puedo aceptar —susurró luchando por contener las lágrimas—. Sacaré un pasaje en un vuelo comercial en cuanto se lo diga a mi familia.

—Kellie —dijo Lee poniéndose de pie—, antes de que rechaces mi oferta, hay una cosa más que debes saber.

Kellie se notó la garganta seca y tirante.

—¿De qué se trata?

La princesa pareció dudar.

—Philippe ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Ahora sí quiere el divorcio.

Kellie estaba tratando de digerir aquellas palabras.

—¿Ahora? Pero si Yvette ha muerto…

Cuando vio que Lee no decía nada, Kellie comenzó a comprender lo que quería decirle. Le pareció que la habitación daba vueltas. Se agarró a la silla que tenía más cerca; Lee fue rápidamente a su lado.

—Tienes mal aspecto, siéntate.

Cuando Kellie tomó asiento, Lee se arrodilló junto a ella y la miró fijamente a los ojos.

—Kellie, casi te desmayas. Imagino que estás así porque te das cuenta de lo que tu continuo rechazo le está haciendo a Philippe. Cuando le enviaste los papeles del divorcio, se quedó destrozado.

¿Por qué estás haciendo esto?

La suavidad con que Lee la reprendía y su sinceridad conmovieron a Kellie, la cual empezó a llorar.

—Yo solo pre… pretendía no ser un obstáculo, quería que él pudiera hacer lo correcto para con Yvette y su hijo. Pero ahora… Saber que ella se ha ido, y… y que él no quiere que vuelva a su lado… Además, acabo de saber que yo misma espero un hijo de él —sollozó, inconsolable.

En ese momento fue Lee quien dejó escapar un suave gemido de sorpresa antes de rodear los hombros de Kellie con su brazo.

Pasaron varios minutos antes de que Kellie asimilara lo que la princesa le había dicho.

—¿Sa… sabes si Philippe ha firmado ya los papeles?

—Todavía no, Raoul logró convencerlo de que esperara hasta después de esa supuesta escalada que van a hacer, hasta que tuviera las ideas más claras.

—¡Ay, Lee…! —exclamó Kellie esforzándose por controlar el llanto—. ¿Qué voy a hacer?

Hubo un largo silencio.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —fue la respuesta de la princesa.

—Quiero recuperar a mi marido, pero no quiero que la noticia de mi embarazo lo obligue a quedarse a mi lado.

—Te comprendo, a mí me sucedería lo mismo.

—¿Y si no quiere verme? —inquirió Kellie, angustiada.

—Encontraremos la manera, pero como te he dicho, no es el hombre que tú conociste.

—Entonces lucharé por su amor —dijo Kellie, decidida, levantándose de la silla—, porque no quiero perderlo.

—Me alegra oír eso, porque de hecho no será fácil —respondió Lee levantándose también. Abrió el bolso y sacó de él lo que parecía un recorte de periódico—. Lee esto, así entenderás parte de la agitación interior de tu marido.

Con dedos temblorosos, Kellie lo desdobló y vio que se trataba de la primera plana de un importante periódico franco-suizo. La fecha, treinta de septiembre, parecía destacar en la página como si la hubieran impreso en tinta roja.

En la parte inferior había una fotografía del coche de Philippe estrellado contra la furgoneta, y también había una fotografía pequeña de él. La estupefacción de Kellie se transformó en horror

cuando comenzó a leer el texto que acompañaba a las fotos.

La pasada noche llegaron al hospital de Vaudois en Neuchâtel, heridos a causa de un accidente de tráfico, el famoso y rico empresario francés de los automóviles, Philippe Didier, y una mujer cuya identidad se desconoce. Los directivos del hospital no han querido dar detalles, pero se rumorea que la mujer con quien contrajo matrimonio no hace mucho ha regresado a su país de origen, Estados Unidos. Se especula que el motivo de su marcha pudiera ser que existía una relación entre el señor Didier y (…)

Un gemido escapó de la garganta de Kellie. No podía seguir leyendo y, asqueada, le devolvió el recorte a Lee.

—Yo… yo nunca imaginé que esto pudiera…

—Perdóname por este mal trago, Kellie, pero Raoul me hizo prometer que te enseñaría esto si decidías regresar conmigo. En primer lugar, quería que comprendieses lo que Philippe ha tenido que soportar. Y en segundo lugar, quería que estuvieses advertida de un posible acoso de la prensa hacia ti. Pero, si vienes conmigo, ni siquiera tendrás que bajar a tierra para pasar el control de aduana. Raoul tendrá una limusina esperando para llevarnos al castillo y se encargará de impedir que los periodistas se te acerquen siquiera. Así podrás volver sin que te bombardeen a preguntas y flashes.

Kellie aspiró temblorosa por la boca.

—¿Cómo podré pagaros a ti y al príncipe todo esto?

Los ojos de Lee buscaron los suyos.

—Si Philippe y tú conseguís arreglar las cosas y volvéis a ser felices, nos daremos por satisfechos. Además, estábamos deseando conocer a la mujer que logró que Philippe se pusiera a sus pies.

—Philippe es verdaderamente muy afortunado por tener unos amigos como vosotros. En una ocasión me contó cómo Raoul le salvó la vida una vez en la montaña, y ahora, de nuevo estáis aquí para rescatarlo.

—No es más de lo que Philippe ha hecho por Raoul.

—¿Qué quieres decir?

—Si no fuera por tu marido, Raoul y yo nunca nos hubiéramos conocido. Pero ya te hablaré de eso en el avión.

—Sí, por favor, me encantaría escucharlo. Claro que ahora tendrás que perdonarme un momento, he de ir a hablar con mi

familia y hacer las maletas. Procuraré no tardar.

Trece horas después, el jet privado aterrizaba en Ginebra. Lee y Kellie bajaron del avión y se dirigieron a una limusina con el escudo real de los D'Arillac, aparcada a unos metros de las escalerillas del avión. Tenía las lunas tintadas para impedir la visión del interior.

Nada más entrar, Kellie vio a un hombre que estrechó a Lee entre sus brazos. Sin duda debía ser el príncipe.

—Raoul, cariño… —escuchó decir a Lee con voz ronca—. Te presento a Kellie Didier.

—¿Cómo está, Alteza?

Los brillantes ojos azules del hombre centellearon cuando se posaron sobre Kellie.

—Por favor, llámame Raoul —le pidió en un inglés sin apenas acento. Rodeando todavía a su esposa con un brazo, estrechó la mano de Kellie—. Gracias a Dios que has venido, Philippe te necesita muchísimo en estos momentos.

Kellie tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar las emociones que se agolpaban en su interior.

—Yo también lo necesito a él. Quería daros las gracias a ambos. La princesa me ha contado todo lo ocurrido. No puedes imaginar lo que significa para mí todo lo que habéis hecho para facilitarme las cosas. Como le he dicho a Lee, espero poder devolveros el favor algún día.

Una expresión seria se extendió por las atractivas facciones del príncipe.

—Lo único que importa es que estás aquí. Imagino que Lee te ha puesto al corriente de su frágil estado emocional —inquirió con un cierto matiz de exigencia en su voz.

Kellie no podía recriminarle que quisiera proteger a su mejor amigo. De hecho, apreció sinceramente aquella demostración algo brusca de afecto por Philippe.

—Cariño —le advirtió Lee con suavidad—, la propia Kellie está en un estado bastante delicado.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy embarazada —respondió Kellie.

Él sacudió, perplejo, la hermosa cabeza de cabello rubio oscuro.

—No puedo creerlo… Sé que debería felicitarte, pero no puedo apartar de mi mente la idea de que Philippe creerá que esa es la

única razón por la que has vuelto a Suiza.

—Lo sé, yo también lo he pensado —respondió Kellie con voz temblorosa—. Por eso no quiero que Philippe lo sepa hasta que… hasta que…

—Dime cómo podemos ayudarte —la interrumpió él.

—Oh, no, ya habéis hecho demasiado, me siento apabullada…

—Kellie, sé en lo más profundo de mi corazón que Philippe y tú haríais lo mismo por nosotros si estuvierais en el caso contrario.

—Desde luego —reiteró Kellie—. Philippe te quiere como a un hermano.

—El sentimiento es mutuo, así que no necesitamos volver sobre ese punto —reconvino recostándose en el asiento junto a su esposa —. ¿Has pensado ya en algo?

—Lee me ha hablado del plan que ideó Philippe para ayudarte cuando supo que tu familia quería casarte con la princesa Sophie. Creo que te convenció para que llevaras a la princesa a tu chalet de Zermatt, con la esperanza de que rompiera vuestro compromiso al darse cuenta de que no teníais nada en común.

Raoul asintió antes de sonreír a su mujer.

—Y entonces apareciste tú en su lugar —le dijo besándola de nuevo.

Kellie carraspeó.

—Estaba… estaba pensando que podríamos intentar esa estrategia… con nosotros.

El príncipe entendió rápidamente la idea. Volvió la cabeza y miró a Kellie con un brillo perspicaz en los ojos.

—De modo que hacemos que Philippe vaya al chalet antes de la escalada, y allí te encontrará a ti.

—Sí —asintió Kellie—, creo que sería lo mejor, en un sitio neutral, lejos de su trabajo o de cualquier lugar que pueda hacerle pensar en lo ocurrido. El apartamento tiene demasiados recuerdos, y eso podría distanciarnos aún más. Además, dejé mis llaves en el apartamento antes de marcharme de Neuchâtel. Tendría que pedir al conserje que me dejara entrar, y probablemente él querría hablar antes con Philippe.

—Por lo que a mí respecta, me parece una idea muy inspirada —murmuró Raoul.

Kellie se mordió el labio.

—No estoy segura de que funcione pero, como Lee me dijo que estaba planeando esa escalada, no sospechará nada. Me daría por

satisfecha si lograra que desistiera de ir a la montaña en las condiciones en las que está.

—Hoy es el último día del congreso de banca que presido —dijo Raoul—. Vosotras haríais bien en aprovechar mientras para dormir un poco. Creo que hacia las cuatro y media habré terminado. Entonces iremos a Zermatt en el helicóptero y pasaremos allí la noche. Mañana por la mañana nos marcharemos Lee y yo, y más tarde llevaré allí a Philippe. En cuanto lleguemos, desapareceré y esperaremos el desenlace en el apartamento de Roger.

«Mañana veré a Philippe…», pensó Kellie, con el corazón latiéndole fuertemente por la mezcla de emoción y ansiedad. Dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Puede que no quiera dejarme entrar en su vida de nuevo —dijo a los Mertier—. Me aterra pensar que nuestro matrimonio pueda terminarse de verdad.

Al ver que ninguno de los dos la contradecía, ni siquiera por cortesía, su miedo se acrecentó y, cansada tanto física como emocionalmente, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Los párpados le pesaban y, rindiéndose finalmente al sueño, lo último que vio fue el rostro serio de Raoul.

Capítulo 3

Kellie acompañó a Raoul y a Lee a la puerta trasera del chalet para despedirse de ellos.

—Despliega esa magia que hizo que Philippe se enamorara de ti —le dijo Raoul.

—Me temo que lo que hice ha destruido esa magia para siempre —sollozó Kellie débilmente—, pero si el profundo amor que siento por él sirve de algo…

—Servirá —la animó Raoul besando su frente. Rodeó a su esposa por la cintura y se dirigieron al automóvil.

Kellie se quedó allí de pie observándolo bajar la cuesta hasta perderlo de vista. Volvió a entrar y fue al extremo opuesto de la casa, a asomarse al ventanal del vestíbulo. A través de él, podía verse el pueblo de Zermatt, muy popular entre los aficionados al esquí y el montañismo.

Raoul le había dicho que, cuando el cielo estaba despejado, podía verse desde aquel rincón del chalet el pico Matterhorn. En aquella época, sin embargo, la cima se hallaba oculta por una densa masa de nubarrones grises.

Se sentó en el sillón que había junto a la ventana, pensando qué podría decirle a Philippe cuando llegara.

Aunque sabía que era imposible, no podía evitar fantasear con la idea de su reconciliación. Había pasado más de un mes desde la última vez que habían dormido juntos y se moría por sentirlo a su lado. El solo pensamiento casi hacía que se le cortase la respiración.

Estaba demasiado nerviosa como para permanecer sentada. Fue al cuarto de baño que había pasado el vestíbulo y se cepilló el cabello una vez más. Se había puesto unos pantalones de lana marrones y un jersey de canalé color crema. A él siempre le había gustado con aquellos colores.

Sin embargo, al mirarse en el espejo, recordó lo que Lee había dicho: «Philippe ha cambiado. Ahora sí quiere el divorcio». Llevara lo que llevase, él ya no la vería como antes.

Justo cuando estaba empezando a pensar que algo había salido

mal y que Philippe no iba a acudir, oyó el ruido de un coche aproximándose.

Al cabo de unos momentos, divisó el coche ascendiendo la cuesta y lo vio detenerse a unos metros de la puerta trasera. Según el plan que habían trazado, Raoul dejaría allí a Philippe diciéndole que entrara en la casa mientras él iba a hacer un pequeño recado que había olvidado.

Hasta ese momento todo parecía estar saliendo bien. Vio a Philippe bajar del coche, pero, de no haber sabido que era él, no lo habría reconocido. Tenía el cabello largo y descuidado, y se había dejado crecer la barba y el bigote.

Siempre le había parecido increíblemente guapo, y todavía lo era, pero estaba tan… tan distinto. El cambio que había experimentado la pasmaba y aterraba al mismo tiempo. Sintió que aquella transformación física los separaba, porque era el signo externo del trauma que había sufrido en el último mes.

A pesar de su metro noventa y de que la musculatura se le marcaba aún a través del traje de escalada, la visible pérdida de peso le daba el aspecto de un vagabundo. Kellie estaba tan hipnotizada por la diferencia en su aspecto que solo entonces reparó en el bastón que llevaba para no apoyar peso en la pierna izquierda.

Raoul agitó la mano en dirección a Philippe en señal de despedida, a lo que este respondió con una ligera inclinación de cabeza. El coche se fue y Philippe recorrió el trecho que lo separaba todavía del chalet.

Kellie oyó abrirse y cerrarse la puerta trasera y notó cómo el sudor perlaba su frente. Sintió en su interior una oleada de calor y, a continuación, un frío intenso.

El ligero golpeteo del bastón en el suelo le indicó que se dirigía hacia la cocina y, de pronto, todo se quedó en silencio. La había visto.

Con las piernas tan temblorosas que sentía que no podrían sostenerla, fue hasta la puerta de la cocina, encontrándose cara a cara con aquel hombre que apenas guardaba un parecido superficial con el marido al que adoraba. Incluso así, a tan corta distancia, le pareció que aquellos ojos que la observaban entrecerrados con un brillo frío, no podían ser sus ojos.

Bajo el vello facial, los rasgos que tan bien conocía asemejaban ahora formas duras, como esculpidas en piedra. Su expresión amenazante la hizo retroceder y apoyarse en el marco de la puerta.

—Deberías haber venido al apartamento en vez de utilizar a Raoul para traerme hasta ti —le dijo en un tono glacial que ella no reconoció—. Habría firmado esos papeles de divorcio antes de enseñarte el camino hasta la puerta.

«¡Dios mío!»

—Pero ahora tendrás que regresar por donde viniste y esperar otros cinco días para obtener la libertad que tanto deseas.

—Philippe…

—Supongo que no debería sorprenderme que llegaras tan bajo como para servirte de mi amistad con Raoul para lograr tus fines. ¡Y pensar que hubo una época en la que pensé que te conocía…!

La hostilidad de Philippe hacia ella era tal que Kellie no era capaz de pensar cómo podría atravesar la formidable barrera que él había levantado entre los dos.

—Por favor, cariño… Tenemos que hablar…

—No —su ira silenciosa causaba en ella mayor pavor que si la hubiera empujado contra la pared—. Te daré diez minutos para marcharte de aquí, nueve minutos y trece segundos más del tiempo que tú permaneciste a mi lado en el pabellón de urgencias.

Cada una de sus palabras se clavaron en Kellie como afilados cuchillos. Él dio un paso atrás apartándose de ella y, colérico, arrojó el bastón a un lado y comenzó a subir los escalones de dos en dos, como si nada le ocurriese a su pierna.

—¡No! —chilló ella yendo tras él, pero no llegó a tiempo. Cuando él estaba a punto de alcanzar el rellano, la rodilla le falló y cayó al suelo gimiendo de dolor.

—¡Cariño! —exclamó Kellie subiendo presurosa los escalones restantes y arrodillándose junto a él. Philippe estaba medio sentado, medio tendido, abrazándose la pierna dolorido. Vio que estaba sudando y que el intenso dolor se había llevado el color de su rostro. Ella deseaba acariciarlo para que se sintiera mejor, pero no se atrevió—. No te muevas, llamaré para pedir ayuda.

Pero él le lanzó una mirada fulminante.

—¡Te he dicho que te vayas!

«Ni hablar»

—Esta casa no te pertenece, Philippe. Tengo tanto derecho como tú a estar aquí. Y, en este momento, necesitas que te vea un médico.

Kellie bajó rápidamente las escaleras y entró en la habitación de invitados. Raoul había dejado el número de su móvil en la mesita del teléfono.

Levantó el auricular y marcó. Para alivio suyo, contestó al dar el segundo tono.

—¿Raoul? ¡Gracias a Dios!

—¿Kellie? ¿Qué ocurre? Aún no he llegado a casa de Roger. Parece que estés sin aliento —le dijo con una nota de preocupación en la voz.

—Philippe se ha hecho daño en la pierna —respondió ella, y le refirió lo sucedido.

—Tu magia ha hecho efecto antes de lo que esperaba. Gracias a Dios, ahora sí que no podrá escalar en una temporada. Tranquila, buscaré un médico e iremos hacia allí dentro de un rato.

—Bien, pero date prisa por favor, le duele mucho.

—No te preocupes, eso es bueno, significa que vuelve a sentir algo —murmuró Raoul antes de colgar.

Pensando qué habría querido decir con eso, Kellie fue a la cocina para improvisar una bolsa de hielo.

Mientras buscaba en los cajones alguna bolsa de plástico, se dijo que eran muy afortunados al ser los huéspedes de Raoul. De hecho, estaba de acuerdo con su anfitrión en que aquel pequeño accidente era en cierto modo una bendición.

Desde el vestíbulo le llegó una sarta de juramentos en francés que la hicieron temblar, pero aun así regresó junto a su marido.

Philippe se había arrastrado hasta la cama más cercana y se había echado encima como un fardo. De no haber tenido ella ventaja sobre él, la habría paralizado la mirada fulminante que volvió a dirigirle.

Kellie quitó las almohadas de las otras tres camas.

—Te las pondré debajo de la pierna.

Él se dejó hacer sin rechistar, debía dolerle bastante. A continuación le colocó la bolsa con hielo sobre la rodilla y, sin pedirle permiso, desató la bota, sacándosela con cuidado y haciendo luego lo mismo con la otra. Se sentía feliz de poder cuidarlo de nuevo.

En un gesto mecánico, puso el dorso de la mano sobre la frente de él.

—Estás sudando, cariño. Deja que te quite el jersey.

Kellie pensaba que, dado que antes no había protestado, no se revolvería, pero se equivocó.

En cuanto empezó a levantarle el jersey por la cintura, la mano derecha de él la agarró violentamente por la muñeca. Había

olvidado la fuerza que tenía Philippe.

—Ya has hecho bastante, ¿entendido?

Y apartó su mano como si fuese algo odioso. Kellie optó por fingir que no había notado su rudeza.

—Voy a buscar unos analgésicos.

Cuando volvía con unas pastillas y un vaso de agua del cuarto de baño, el médico ya estaba en el desván, pero no había rastro de Raoul.

El anciano doctor estaba inclinado sobre Philippe haciéndole una serie de preguntas mientras le subía la pernera del pantalón para evaluar el daño. Cuando Kellie se acercó, levantó la cabeza canosa e hizo una inclinación para saludarla.

—¿Frau Didier? Soy el doctor Glatz —le dijo en inglés con un marcado acento alemán.

—¿Cómo está? Gracias por venir tan rápido. Mi marido está muy dolorido.

—Lo he examinado y parece que la caída no le ha producido daños importantes. Tras unos días de reposo estará perfectamente. Tendrá que ayudarlo cuando necesite ir al baño, pero por lo demás no hay problema.

—¡Menos mal! —exclamó ella más tranquila.

El médico miró las pastillas que tenía en la mano.

—Perfecto, dele tres cada cuatro horas. Y le dejaré también un medicamento más fuerte por si el dolor aumentara, pero lo mejor es el hielo. Déjeselo puesto veinte minutos y quitado otros veinte. Si lo hace durante toda la noche la recuperación será mucho más rápida.

«Gracias, doctor», pensó Kellie sintiendo ganas de besarlo. «Acaba de darme la excusa perfecta para poder permanecer junto a él doce horas.»

—Bien, Herr Didier —dijo el médico dando unas palmadas a Philippe en el hombro. Este observaba a Kellie fijamente con los ojos entrecerrados—, lo dejo en las capaces manos de su bonita esposa —se volvió hacia Kellie—. Tengo el maletín en la cocina, le dejaré el medicamento sobre la encimera junto con mi tarjeta. No hace falta que me acompañe hasta la puerta. Llámeme si tiene algún problema.

Raoul debía estar esperándolo fuera, en el coche, para llevarlo de regreso.

—Ya has oído al doctor, Philippe, tómate las aspirinas —le dijo cuando el hombrecillo hubo salido.

Extendió la mano para metérselas en la boca. El contacto de los labios de él con sus dedos hizo que la inundara una ola de deseo, pero se esforzó por controlarse para que él no lo advirtiera.

Cuando le tendió el vaso de agua, la mano de su esposo temblaba mientras lo apuraba. ¿Tal vez a él también le había afectado aquel breve contacto físico? No, probablemente se debería a que se sentía débil después del dolor de la caída.

Le devolvió el vaso vacío sin darle las gracias. No es que ella esperara que se las diera, pero él había sido siempre tan educado… La culpa era de ella, se recriminó, la decisión de divorciarse de él había hecho que el hombre al que amaba se desvaneciera. El solo pensamiento hizo que se le encogiera el corazón.

Si pudiera lograr que la escuchara y hacerle ver que había estado dispuesta a renunciar a él por lo mucho que lo amaba…

—Philippe…

—Ten la decencia de dejarme solo.

Aquella fría respuesta la desarmó. Apartó la mirada de sus sensuales labios. Ansiaba tanto volver a sentirlos sobre los suyos… Pero no se desanimó.

—Voy a llevarme la bolsa para cambiar los hielos. Vendré dentro de veinte minutos a ponerte otra.

Bajó al vestíbulo y recogió el bastón del suelo. Lo colgó de una de las perchas que había junto a la puerta trasera y entró a la cocina. Previsora, había dejado preparadas media docena de bolsitas con hielo en el congelador.

Puso la comida que había preparado en una bandeja y, por si las aspirinas le hacían daño al estómago, añadió una botella de agua de Seltz.

No tendría más remedio que dejar que lo cuidara si quería reponerse pronto, se dijo volviendo al piso de arriba.

Estaba dormido. Se había quitado el jersey y lo había tirado al suelo. A pesar de que se adivinaban los músculos bajo la camiseta negra que llevaba, Kellie observó preocupada que la pérdida de peso era patente.

Colocó la bandeja encima de la mesita de noche y la bolsa de hielo sobre su rodilla. El frío hizo que Philippe se moviera y abriera los ojos. Durante una fracción de segundo le pareció ver en ellos algo del viejo Philippe, pero debió de ser solo su imaginación.

—Es la hora de comer.

—No tengo hambre.

—¿Tienes náuseas? —le preguntó preocupada.

Los labios de él se curvaron en una desagradable sonrisa.

—Me han entrado ahora.

No dijo nada más, dejando que ella interpretara el significado de sus palabras. A Kellie le dolió. Le dolió tanto que, por un instante, se quedó casi catatónica. Pero no iba a permitir que él lo notase, no iba a dejarse vencer.

—En ese caso el agua de Seltz te vendrá bien. Ya te la he abierto —le dijo poniendo la botella al borde de la mesilla—. Te la dejo aquí, así la alcanzarás bien.

Recogió el jersey del suelo, lo dobló y lo metió en unos de los cajones vacíos de la cómoda que había frente a la cama.

—Volveré dentro de un rato.

Y salió de la habitación con la cabeza bien alta.

Cuando regresó para quitarle la bolsa, observó para su satisfacción que se había bebido casi toda la botella y que se había comido parte de un croissant.

Al volver a bajar, se encontró a Raoul allí esperándola con una sonrisa en los labios. Había traído la mochila de Philippe con algunas cosas que necesitaría.

—Los chicos se quedarán en casa de Roger hasta mañana —siseó—, y Lee y yo nos quedaremos en el hotel Alex. Llámanos si necesitas ayuda.

—Creo que la necesitaré. Philippe se ha vuelto tan impredecible…

Él miró el croissant a medio comer en la bandeja que ella llevaba.

—Pues a mí me parece que esto va avanzando a pasos agigantados.

—No dirías lo mismo si escuchases cómo me habla… Bueno, o cómo no me habla —se lamentó Kellie con voz trémula.

—Todos confiamos en ti, Kellie.

—¡Ojalá Philippe también lo hiciera! Cree que te he utilizado para llegar hasta él —sollozó—. M… me desprecia por ello.

—Un día le explicaré cómo envié a Lee en una importante misión, pero por ahora es mejor dejar que piense lo que quiera. Necesita la ira para mantenerse cuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu marido es un hombre orgulloso, que se ha quedado solo el tiempo suficiente como para llegar a creer que tú nunca lo amaste.

Aunque le dolía admitir que sus acciones habían dado lugar a esa terrible situación, Kellie sabía que Raoul decía la verdad.

—Tienes razón. Pero, de algún modo, le demostraré que sí lo amo.

—Los chicos están seguros de que lo conseguirás y, por lo que respecta a Lee y a mí, creo que ya sabes que cuentas con nuestro apoyo.

Kellie lo estrechó contra sí con el brazo libre.

—Gracias, gracias por todo.

—Buena suerte.

Durante el resto del día, se repartió entre cambiar la bolsa de hielo a Philippe y preparar algo de comida casera.

Antes de que se casaran, Philippe tenía una cocinera que iba varias veces en semana para prepararle las comidas, pero aquello había cambiado con la llegada de Kellie, la cual había insistido en hacer ella misma las compras y en cocinar.

Quizá nunca volvieran aquellos tiempos, se dijo Kellie pesimista, pero el solo pensamiento resultaba tan insoportable, que se negó siquiera a abrigar aquella posibilidad un instante más.

Pensar de forma negativa era un gasto de energía. Volvió a la cocina para dejar allí la bandeja. Descolgó el bastón de la percha y lo llevó arriba, junto con la mochila de Philippe y el bote de las pastillas que el médico había dejado.

Su marido tenía los ojos cerrados, pero era probable que no estuviera dormido, sino que, en su tozudez, quisiera hacerle ver que detestaba su presencia. Después de estar todo el día en la cama era imposible que tuviese sueño; y seguramente le dolía la pierna, aunque jamás lo reconocería ante ella.

Kellie se detuvo junto a la cama de al lado y volcó sobre ella el contenido de la mochila. Tomó la bolsa de aseo, la llevó al cuarto de baño y sacó cada uno de los objetos que contenía, colocándolos sobre el mueble del lavabo.

Unos minutos después se acercó a él y le quitó la bolsa de hielo.

—¿Philippe? Vamos, te acompañaré al baño.

Sus párpados se abrieron rápidamente. No se había equivocado al pensar que se hacía el dormido para molestarla.

—Espera, te ayudaré a bajar de la cama. Ten, aquí tienes tu bastón. Úsalo para moverte hasta el borde de la cama y, cuando estés listo para levantarte, pon el otro brazo alrededor de mi hombro.

Satisfecha de que no se negara, esperó hasta que estuvo listo y flexionó las rodillas ligeramente para que él pudiera apoyarse en su hombro.

Si hasta ese momento no había tenido suficientes pruebas de su repulsión hacia ella, la rigidez de su cuerpo fue una más. Era casi como un duro bloque de cemento.

En cuanto llegaron al cuarto de baño, él retiró el brazo de su hombro y cerró la puerta tras de sí. Decidida a no dejar que desbaratase su plan, se entretuvo en estirar la ropa de la cama y le buscó otra almohada para la cabecera.

Cuando Philippe salió por fin con su bastón, la venenosa mirada en sus ojos parecía desafiarla a atreverse a dar un paso hacia él, pero, pensando que parecía que se las arreglaba bastante bien sin ella, Kellie se quedó donde estaba. Solo cuando él se hubo sentado, ella lo ayudó a levantar la pierna para recolocarla sobre los improvisados almohadones.

Kellie dejó el bastón apoyado sobre el lado de la mesilla de noche, acercó una silla a la cama y tomó asiento.

—Sé que detestas mi presencia aquí y que te gustaría que ya nos hubiéramos divorciado —comenzó a decirle antes de que él la hiciese salir—, pero me alegro de que aún no hayas firmado los papeles.

Su alienación emocional pareció acentuarse.

—Te lo digo, porque necesitarás una esposa para conseguir la custodia de tu hijo. Puede que la madre de Yvette quiera al pequeño, pero no tiene derecho a quitarte la potestad sobre él. Todavía estamos casados, Philippe —le dijo con voz firme—. Juntos podremos convencer al juez de que tenemos un hogar estable y de que el niño tendrá un padre y una madre que no quieren sino lo mejor para él.

—*Mon Dieu!* —estalló él enfurecido—. ¿Has creído por un instante que podrás convencer a un juez de eso, después de que todo el mundo se enterara por los periódicos de que desapareciste de la faz de la tierra ante el primer indicio de problemas en nuestro matrimonio?

No iba a permitir que su ira le afectara. Raoul sabía lo que se hacía cuando le dijo a Lee que debía enseñarle aquel artículo antes de que viera a Philippe.

—Por supuesto que sí. Los tribunales se guían por el bien del niño nada más. Cuando el juez sepa que estuve dispuesta a darte la

libertad para que te casaras con Yvette y pudieras dar a tu hijo un apellido y un hogar, fallará a nuestro favor. Además, no le quedará ninguna duda cuando le diga que no nos hemos divorciado porque la madre falleció, y que yo he vuelto para criar a ese niño como si fuera mío.

Philippe gimió con amargura y se revolvió, como agitado por una serie de violentas emociones que Kellie no acertó a descifrar.

—Le bastará con ver la nota que te dejé en el escritorio, eso probará mis intenciones.

Philippe se sentó de un salto sin exteriorizar el dolor que sin duda debió sentir al hacerlo.

—¿Acaso crees que esa nota aún existe? —le espetó escupiendo las palabras como si fuera una serpiente.

—No importa, dije a Claudine lo que te escribí.

—¿Y qué te hace pensar que el niño es mío? Aún no me he sometido a la prueba del ADN, es posible que después de todo yo no sea el padre.

—Eso no tiene nada que ver. Yvette estaba convencida de que era tuyo. Si aún quieres a ese bebé, podemos criarlo y darle todo nuestro amor.

Una mueca de desagrado transformó las facciones de Philippe.

—Aparte del hecho de que su abuela jamás lo permitiría, ¿estás tratando de decirme que te harías cargo de un niño que no es tuyo ni mío? —exigió saber con una incredulidad tan burlona que Kellie sintió que su corazón se rompía una vez más.

—Claro que sí. ¿Y si nada de esto hubiera ocurrido y hubiéramos descubierto que no podíamos tener hijos? ¿Qué hay de malo en la adopción? Un bebé es un bebé, Philippe. El niño no tiene la culpa de nada, lo único que necesita es que lo quieran. ¿Has llegado a verlo?

Hubo un largo silencio.

—Una vez… A través del cristal de la sala-nido, pero estaba demasiado lejos como para formarme una impresión de él.

—Eso es igual. Vamos, no me digas que tu corazón no se enterneció al verlo.

—¿Y qué si fue así, si luego resulta que no es mío?

—Eso no lo sabrás hasta que regreses a Neuchâtel y te hagas la prueba de paternidad. Cuanto más caso hagas a las indicaciones del médico, antes podrás volver.

Aunque personalmente Kellie pensaba que lo mejor sería que

esperara una semana para reponerse por completo, conocía a su esposo y sabía que sería incapaz de soportar tanta inactividad.

Temiendo haber hablado de más, decidió dejarlo solo. Así no le daría una nueva oportunidad de que la atacase con su sarcasmo hiriente. Volvió a colocar la silla junto a la pared y, con la esperanza de que tal vez se le ocurriera llamar a Raoul para discutir sobre lo ocurrido con él, le dejó el móvil que había en la mochila sobre la mesilla de noche.

—Volveré a subir dentro de un rato para ponerte otra bolsa de hielo.

Salió de la habitación y bajó para acabar de preparar la cena. Sin embargo, al entrar en la cocina, se sintió de pronto tremendamente cansada.

Desde que saliera de Washington, habían desaparecido los dolores de cabeza como por arte de magia, pero, en su lugar, había experimentado un incremento del apetito. De hecho, en aquel preciso momento tenía tanta hambre que se sintió algo mareada.

Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, probó un poco de sopa del mismo cazo. Estaba tan buena que acabó sirviéndose dos raciones de cada uno de los platos que había preparado. Mientras pinchaba con el tenedor los guisantes que quedaban en el plato y se los metía en la boca, recordó aquello de que cuando una estaba embarazada comía por dos.

Aunque ya hacía dos semanas que el médico le había dicho que iba a tener un bebé, hasta entonces no le había parecido real. En aquel momento, en cambio, se sentía muy consciente de su estado y habría dado lo que fuera por subir y compartir la noticia con Philippe. Pero no podía, simplemente no podía. De hacerlo, ¿quién sabe si no complicaría más aquella situación que ya de por sí era muy difícil?

En un instante tuvo lista la cena de Philippe, a la que añadió un té dulce con limón. Se puso la bolsa de hielo bajo el brazo y subió con la bandeja.

Para su satisfacción, vio al entrar en el dormitorio que Philippe había conseguido incorporarse un poco manteniendo la pierna elevada y estaba sentado con la espalda apoyada contra la cabecera. Estaba hablando en voz baja con alguien por el móvil, posiblemente con Marcel. Aunque Kellie se esforzó, no consiguió entender lo que le decía.

No era de su incumbencia, se recordó, pero no pudo dejar de

advertir que ya no parecía tan rígido como antes. Sin duda los analgésicos estaban haciendo su efecto, pero el hecho de que al fin hubiera roto su silencio con el mundo exterior hablaba por sí mismo.

Aprovechando la ocasión, Kellie le puso la bandeja en el regazo y la bolsa de hielo sobre la rodilla, y volvió abajo para que no pudiera decir que lo espiaba.

Cuando volvió al desván, sintió, nada más entrar, la penetrante mirada de su marido. Ya había terminado de hablar y tenía el móvil apagado a su lado.

Kellie fue hasta la cama y, al ir a retirarle la bolsa de hielo, no pudo evitar quedarse mirando los platos limpios sobre la bandeja.

—No te sorprendas tanto —dijo él entre dientes—, aún estoy casado con un *chef* de cocina francesa. No voy a fingir ahora que no es una de las mejores comidas que he probado.

—Gracias —musitó ella aliviada de que pareciera haber recuperado el apetito. Recogió la bandeja—. ¿Quieres alguna cosa más?

—No, ya has hecho más que suficiente. No vuelvas a subir.

Su fría forma de despacharla hizo que se le encogiera el corazón. Philippe no la quería cerca de él…

Lee había hecho prometer a Kellie que la llamaría si necesitaba algo y en este momento necesitaba desesperadamente hablar con alguien, pero cuando marcó el número, estaba comunicando.

Una hora después, tras limpiar la cocina, fue a la habitación de invitados y comenzó a marcar de nuevo.

—Cuelga el teléfono.

Kellie se giró asustada. Philippe había entrado en la habitación y estaba allí de pie, descalzo, apoyado en su bastón.

—¿Cómo se te ha ocurrido bajar las escaleras? —le gritó ella—. ¿Es que quieres que se te ponga peor la rodilla?

—Gracias a tus cuidados está mejor. Cuelga el teléfono, Kellie.

Contra su deseo, sus dedos obedecieron la orden.

—Ya me abandonaste una vez, ¿vas a desaparecer de nuevo?

Kellie sintió que las mejillas le ardían.

—Tú misma te delatas. No tienes vergüenza.

Aunque el aguijón de la amarga burla de Philippe se hundió en su corazón dejando en él su veneno, en ese momento le preocupaba más su pierna y lo que debía dolerle.

—Philippe…, ven, tiéndete.

Los ojos de su marido se entrecerraron, recelosos.

—Si lo que estás sugiriendo, es que me acueste aquí, por mí no hay inconveniente. Aquí solo hay dos habitaciones, esta y el dormitorio principal.

Kellie hizo caso omiso de la pulla de Philippe.

—Haz el favor de echarte en la cama, el médico dijo que debías tener la pierna en alto. Vamos a ponerte cómodo.

—¿Eso es una invitación? —se mofó de ella.

—No seas ridículo, lo único que quiero es ayudarte.

—Hoy ya me has ayudado bastante, y no me haces ninguna falta por la noche.

Kellie se negó a picar el anzuelo.

—Si te sientes tan bien, será mejor que llame para pedir un taxi y me vaya.

—Bien, yo llamaré a Honore y cancelaré la cita que tendríamos mañana con él.

Honore Dufort, el abogado de la familia Didier había sido siempre como un miembro más de esta. Entonces era con Honore con quien había estado hablando… ¡Quería formalizar el divorcio!

—No me quieres a tu lado, ¿es eso? —inquirió ella en un hilo de voz.

—Digamos que ya no siento ningún deseo de dormir con mi esposa.

Aquello no era una sorpresa para ella, pero la crudeza con que lo expuso hizo que un dolor insoportable la atravesara como un rayo.

—Necesito saber si vas a desaparecer de nuevo para poder cancelar la cita.

—No podrías ir de todos modos, el médico ha dicho que no debes moverte durante un par de días.

La mandíbula de Philippe se endureció.

—Cada día que dejo pasar me separa más de mi hijo, si es que lo es. Un taxi vendrá a buscarnos mañana a las ocho y media. Si cuando me despierte no estás aquí, sabré que te has ido por otros medios.

Entonces… ¡sí que quería hacerse cargo del hijo de Yvette! Había estado considerando su oferta después de todo. Aunque la despreciara, se sentía responsable de ese niño hasta el punto de valerse de su matrimonio para conseguir la custodia. No se sintió ofendida. Lo amaba de tal modo que no le importaba que quisiera

utilizarla.

—Me alegra que Honore crea que tienes posibilidades de conseguir la custodia del bebé —le dijo antes de darse la vuelta para ir al cuarto de baño.

—¿Kellie?

Ella se paró en seco.

—¿Sí?

—Si esto forma parte de alguna especie de plan que has tramado para tratar de arreglar nuestros problemas, estás perdiendo el tiempo. Si el bebé es mío y consigo la custodia, podrás seguir adelante con el divorcio en cuanto encuentre a una niñera interna. Y, en caso de que no lo sea, firmaré esos papeles y te mandaré de vuelta a Washington en un avión tan rápido que no te dará tiempo ni a pestañear.

Kellie supo que Philippe estaba hablando en serio, pero sus palabras demostraban que había escuchado su propuesta y que no la echaría del chalet de Raoul aquella misma noche. Al menos era algo.

A partir de aquel momento se centraría en encontrar una grieta en el grueso muro de hielo que se había formado en torno al corazón de Philippe. Por imposible que fuera, no cejaría nunca en su empeño de recuperar su amor.

—Quiero que sepas que haré todo lo que esté en mi mano para que consigas la custodia del bebé antes de que te divorcies de mí. Y si se demuestra que no es tuyo, tienes mi palabra de que no te volveré a molestar —le dijo. «Pero no pienso prometerte que me iré de Suiza. No puedo hacerlo. No cuando llevo a tu hijo dentro de mí.»

Capítulo 4

Al llegar al helipuerto privado del príncipe en Neuchâtel, una limusina estaba esperándolos y los llevó a casa. Philippe bajó solo del coche. Se obstinaba en no depender de Kellie, apoyándose en el bastón y no permitiendo que lo ayudara.

Cuando Philippe abrió la puerta del apartamento y entraron, los ojos de Kellie iban de aquí a allá, deleitándose en lo familiar que resultaba cada objeto, y en los recuerdos de las vivencias y el amor de los que estos que habían sido testigos.

Antes de que Philippe tuviera ocasión de echarla del que había sido su dormitorio, Kellie se dirigió con su bolsa de viaje a la habitación de invitados. Él le había dejado muy claro que solo estaba allí por una razón. Y lo último que quería era alejarlo más de ella tratando de dormir en la misma habitación que él.

El frigorífico estaba vacío. Raoul no había exagerado al decir que Philippe apenas comía. ¿Y cómo iba a hacerlo si no tenía nada en la nevera?

Lo primero que haría sería preparar té, y después iría al mercado. Alegrándose de poder ser útil, abrió una caja de galletas y preparó una bolsa con hielos. Cuando lo tuvo todo dispuesto, se dirigió a la puerta de la cocina para buscar a Philippe.

—¡Ay! Lo siento…

Philippe venía de la habitación en ese momento y casi chocaron en el pasillo. Él se había duchado y se había puesto unos pantalones con un jersey burdeos. A Kellie le encantaba el contraste de su piel aceitunada con aquel color.

—Deberías tener la pierna en alto.

Philippe había bajado la vista a la bandeja que ella llevaba en las manos, por lo que Kellie no pudo ver su expresión.

—Va a venir Patrick y voy a recibirlo en el salón —murmuró él con dejadez siguiendo hacia allí sin siquiera mirarla.

Sorprendida por aquel anuncio, ella lo siguió y colocó la bandeja sobre la mesa de centro, frente a él.

—¿A qué hora lo esperas? —preguntó Kellie poniéndole un cojín

bajo la pierna izquierda.

—Llegará de un momento a otro.

—Entonces me voy corriendo a comprar al mercado para poder prepararos algo de almuerzo.

—No es necesario. Yo estoy lleno con el desayuno que hiciste en el chalet, y Patrick no se quedará mucho tiempo, tiene que tomar un avión.

—¿Adónde va?

—Regresa a París.

—¿Le ha ocurrido algo a tu familia? —inquirió Kellie alarmada.

Philippe le dirigió una mirada llena de veneno que la hizo sentirse dolida. ¿Acaso pensaba que era una hipócrita?

—Ha estado sustituyéndome mientras he estado incapacitado, pero ahora que ya puedo volver al trabajo, no me hace falta su ayuda.

—Ya veo —respondió ella con voz queda.

En realidad eran buenas noticias, saber que tenía ánimos como para volver al trabajo, pero aún no estaba repuesto. Sin embargo, Kellie se abstuvo de expresar su opinión al respecto. La situación era tan delicada, que era como caminar por un campo plagado de minas. Un paso en falso y todos sus sueños le explotarían en la cara.

—Traeré al menos otra taza para él. Y me iré a la compra de todos modos, así podréis charlar a solas.

Cuando regresó al salón lo encontró hablando por teléfono. Él levantó la vista hacia ella visiblemente furioso por la intromisión.

—Perdona que te moleste. ¿Has visto mis llaves?

—Estarán donde las dejaste, supongo.

Había habido otro cambio más en su comportamiento desde que llegaran al apartamento. No solo parecía constantemente irritado, sino que además parecía harto de su presencia. Y, aunque Kellie había tratado de acorazarse contra sus pullas y su rudeza, él siempre parecía hallar su punto débil.

En efecto las llaves seguían sobre la cómoda. Las apretó con tanta fuerza en su mano, recordando la noche del accidente, que se hizo sangre al clavarse el pequeño piolet de plata que pendía del llavero.

Cuando la estancia con los Didier en París tocaba a su fin y Kellie iba a regresar a Washington con Claudine, Philippe le había regalado aquel piolet en miniatura para que no se olvidara de su amigo montañero. Y, para gozo suyo, no pasó ni siquiera una

semana antes de que él se presentara en su casa… Y al cabo de un mes, habían contraído matrimonio.

Allí de pie, acudieron a su memoria recuerdos de la intimidad que habían compartido, pero aquello le causó un dolor tan punzante en el pecho, que tuvo que ponerse una mano sobre el corazón.

El hombre iracundo que había en el salón con barba y bigote era un extraño para ella. Mientras que su marido siempre quería abrazarla y tocarla, ese hombre apenas toleraba su existencia.

Si quería recuperarlo, tenía que mirar hacia delante, no revivir el pasado. Muy decidida, sacó una agenda de un cajón de la mesilla de noche. Al final de esta había anexo un listín de teléfonos. Lo abrió por la *b,* y no le llevó mucho encontrar lo que buscaba: *Boiteux, Analise.* Ese debía ser el nombre de la madre de Yvette… Calle Guisan, número diez.

Kellie fue al principio de la agenda y trató de localizarla en el mapa de la ciudad que esta incluía. Estaba en las afueras, en el distrito norte de Neuchâtel.

Al ir a salir del apartamento, vio que Philippe se estaba bebiendo el té mientras hablaba por teléfono. Le habría gustado quedarse a ver a Patrick, pero sabía que era mejor no provocar la ira de su marido.

Bajó al garaje y, para alivio suyo, a pesar de que el coche no se había movido de allí en más de un mes, el motor se puso en marcha a la primera. Kellie tomó la calle principal y se dirigió a cierta zona del centro de la ciudad que le encantaba frecuentar.

No había supermercados por allí, pero sí una serie de encantadoras tiendecitas en las que podían adquirirse productos frescos de primerísima calidad.

Recordando lo mucho que le gustaba a su marido el chocolate con nueces, añadió varias tabletas a su compra y, colocando las bolsas cargadas en el maletero, se dirigió al norte de la ciudad.

Se equivocó en algún giro, pero finalmente encontró la calle y el bloque de pisos en cuestión. Era una zona de nueva edificación, donde sin duda el alquiler era más barato.

Era un bloque de tres pisos y a la entrada había un jardincillo con flores. Buscó en las placas del portero automático: *Boiteux—bajo, puerta 4* . Kellie presionó el botón. Pasó casi un minuto hasta que le contestó una mujer.

—*Oui?*

—¿Señora Boiteux?
—Sí, ¿quién es? —inquirió la voz con suavidad.
—Soy la señora Didier, la esposa de Philippe.
Hubo un ominoso silencio que hizo temer a Kellie que la mujer colgara el telefonillo.
—Por favor, tenemos que hablar —se apresuró a decir—. Usted ha perdido a su hija y yo, a mi marido.
—¿Qué quiere decir?
Los ojos de Kellie se llenaron de lágrimas.
—Permítame que entre y se lo explicaré. Sé que lo está pasando muy mal, pero también yo estoy atravesando momentos difíciles. Si habláramos, sé que podríamos ayudarnos mutuamente. No quiero causarle problemas.
A Kellie le pareció una eternidad el instante que pasó hasta que la mujer respondió:
—Está bien, puede pasar un momento. Empuje la puerta de la izquierda cuando oiga el timbre. Mi apartamento está en el bajo, al fondo.
La madre de Yvette salió a recibirla a la puerta de su piso. Era una mujer robusta, de cabello cano, probablemente de unos sesenta años, aunque su rostro, marcado por el dolor, la hacía parecer mayor.
El bebé debía estar dormido, porque la mujer puso un dedo sobre sus labios para indicar a Kellie que no hablase muy alto. La llevó a una pequeña salita y se sentaron. El apartamento estaba amueblado con sencillez, pero era muy pulcro y ordenado. De no ser por el capazo de bebé en el vestíbulo, nadie diría que había un niño en la casa.
Kellie estudió las fotografías de Yvette que había sobre la mesita. En algunas de ellas aparecía esquiando. Había sido una mujer atractiva, de cabello castaño oscuro corto, muy chic y algo mayor de lo que Kellie había imaginado.
—Gracias por recibirme, madame —dijo Kellie aclarándose la garganta—. En primer lugar, permítame expresarle mi más sentido pésame por la muerte de su hija. No creo que haya nada peor que la pérdida de un hijo. Por favor, acepte estas flores como muestra de mis condolencias.
La expresión de la mujer no se alteró, pero sus ojos grises se nublaron. Tras dudar un momento, tomó el ramo que Kellie le ofrecía murmurando un «gracias».

—Por si se lo está usted preguntando —aclaró Kellie—, mi marido no sabe que estoy aquí. De hecho, no quiero ni pensar en lo que diría si se enterara, pero tenía que verla. Si no le molesta, comenzaré por el principio, así comprenderá el porqué de mi visita —le dijo. El silencio de la mujer le indicó que podía continuar—. Yo sabía que antes de casarnos había habido unas cuantas mujeres especiales en la vida de mi marido. No sabía sus nombres, pero, en el hospital, él me habló de Yvette. Podría habérmelo ocultado, pero no lo hizo porque es un hombre honrado. Estoy segura de que su hija también lo era —se apresuró a decir—. Simplemente, tuvieron un desliz, nadie puede culparla por recurrir a él. Estaba enferma y asustada, y lo amaba.

La mujer entrelazó las manos.

—Mi hija lo conoció en un viaje de esquí a Chamonix —dijo—. No hablaba de otra cosa a su regreso.

—Lo sé, advertí en su voz lo mucho que lo quería cuando pedía a la doctora que la dejaran verlo. Se me partía el corazón al escucharla rogar.

La señora Boiteux rehuyó su mirada.

—Yo amo a mi marido —continuó Kellie—, y tuve que afrontar el mayor dilema de mi vida. Sin hacer caso a mi corazón, opté por lo que consideraba era mi deber. Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí antes de que yo naciera… y yo sentí que se repetía la historia. Entonces supe lo que debía hacer. Mientras Philippe estaba en la sala de rayos X, regresé a nuestro apartamento y le escribí una nota. En ella le decía que su lugar estaba junto a Yvette, porque la había conocido antes que a mí. Por esa razón, inicié los trámites de divorcio para que pudiera casarse con ella y dar una familia al bebé. Y me marché a Washington.

Su confesión hizo que la otra mujer echara la cabeza hacia atrás perpleja.

—¿Hizo eso por mi hija?

—Lo hice por los tres. De hecho, si no hubiera sabido por una amiga del fallecimiento de Yvette, no habría vuelto a Neuchâtel —aclaró Kellie—. ¿Quiere escuchar algo irónico? Ahora que he regresado, mi marido no me quiere, piensa que nunca lo he amado —su voz tembló—. Pero sí quiere a su hijo, si es que lo es.

—No hay ninguna duda de que lo es, madame.

—Yo creo lo que me dice —aseguró Kellie—, pero debe comprender que Philippe lo cuestione. Yvette debió haber acudido a

él en cuanto supo de su estado en vez de esperar hasta su octavo mes de embarazo. Mi… mi marido va a pedir que se realice una prueba de ADN.

La mujer se inclinó hacia delante, tapándose la cara con la mano, enojada.

—Si conociera a Philippe —insistió Kellie—, se daría cuenta de la tempestad emocional que tiene en su interior. Él no sabía lo enferma que estaba Yvette… Lo crea o no, ha sentido mucho su muerte. Si el resultado de la prueba es positivo, está dispuesto a hacer todo lo que esté en su mano por su hijo. He venido hoy aquí porque yo también estoy dispuesta a hacer lo que sea por recuperar a mi marido. Si permitiera usted que Philippe viera al bebé, eso curaría en parte su dolor e incluso puede que atenuara un poco su ira hacia mí.

Muy trastornada, la madre de Yvette se levantó del sillón.

—Yo quiero recuperar a mi marido —prosiguió Kellie—. Nada me gustaría más que ayudar a Philippe a criar al bebé. Ese niño es inocente y se merece el amor de unos padres y de su abuela. Philippe puede mantenerlo, pero, mucho más importante que su dinero, es el hecho de que le encantan los niños. Sería el mejor de los padres. Hubo una época en la que debió importarle Yvette, o nunca hubiese intimado con ella, y ella quería que la ayudara a criar a su hijo. Por eso, al final, recurrió a él. Philippe está dispuesto, pero no puede hacerlo solo. Él me necesita, y la necesita a usted. Si unimos nuestras fuerzas, su nieto estará arropado por personas que lo quieren. ¿No podría usted considerar la idea de llevarlo a nuestro apartamento para que Philippe lo viera? Mi marido vendría aquí si consintiera usted en ello, pero hace dos días se hizo daño en la rodilla que le habían operado y el médico le ha ordenado que guarde reposo el mayor tiempo posible hasta que se haya restablecido.

La mujer sacudió la cabeza obstinadamente.

—No, no, no puedo perdonarlo…

—¿Porque no amaba a Yvette lo suficiente como para pedirle que se casara con él? —preguntó Kellie sin comprender.

—¡Sí!, ¡sí! —gritó la mujer, acongojada.

Kellie se puso en pie.

—Por favor, madame, escúcheme, ahora más que nunca me doy cuenta, por mi experiencia, de que no se puede obligar a una persona a sentirse de una determinada manera. Yo pasé siete años

detestando a mi padre biológico por no haberse casado con mi madre, y por evitar sus deberes de progenitor. Al final, mi pasado me ha cegado del tal modo que me ha costado mi matrimonio.

—Yo… lamento su situación —respondió la señora Boiteux. Parecía sincera.

—No más de lo que yo siento la suya. Cuando su nieto crezca, como me sucedió a mí, preguntará por su padre. Imagínese cómo se sentirá si llega a saber que usted intentó mantenerlo alejado de él cuando le suplicaba que le dejara cumplir con su deber. Si llega ese momento, que el cielo se apiade de usted. Ni la ira ni la venganza le devolverán a Yvette. En cambio, gracias al amor y al perdón, ese chico podrá llevar una vida normal. Sé que, en el fondo, eso es lo que Yvette hubiera querido para él, y estoy segura de que usted piensa lo mismo. Si conociera a Philippe, se daría cuenta del maravilloso padre que puede llegar a ser.

Temiendo desmoronarse delante de aquella mujer, se apresuró a despedirse:

—Gracias por permitirme hablar con usted.

Kellie salió del apartamento y cruzó la calle. En cuanto entró en el coche, las lágrimas rodaron como un torrente por sus mejillas. Veía su misma ceguera implacable en Analise Boiteux, la ceguera que había destrozado su vida.

Cuando llegó al apartamento ya se había desahogado y, con los ojos secos, tomó el ascensor cargada con las bolsas de la compra. Al entrar en el ático, fue directamente a la cocina sin detenerse. Eran más de las tres de la tarde, Philippe debía tener hambre. Preparó en el grill un sandwich de jamón y queso y le cortó una tajada de melón, aderezándolo con zumo de lima. Aquella fruta le encantaba a Philippe.

Lo colocó todo sobre una bandeja y fue al salón, pero no estaba allí, así que se dirigió al dormitorio. La puerta estaba cerrada. Kellie golpeó con los nudillos.

—¿Philippe?

—¿Qué pasa? —respondió este secamente.

Era evidente que la visita de Patrick no había mejorado su humor en absoluto.

—Te he preparado algo de comer. ¿Puedo pasar?

—Mi hermano trajo un almuerzo.

A Kellie aquello le pareció muy raro. No había visto restos de comida ni platos, ni en la cocina ni en el salón.

—También te traigo una bolsa con hielo.

—Vuelve a ponerla en el congelador —fue la ruda respuesta.

Algo no iba bien. Sin pedir permiso, abrió la puerta y lo encontró echado en la cama, con la espalda apoyada contra la cabecera. La mirada de Kellie fue de la botella de licor que había sobre la mesa al vaso que tenía en la mano. Seguramente los habría cogido del mueble-bar del estudio. Lo más que Philippe solía beber era una cerveza de vez en cuando y nunca bebía solo, así que la alarmó verlo tan malhumorado y taciturno.

Fue hasta la cama, tomó la botella de whisky y, colocándola sobre la bandeja, puso esta sobre la mesa. Sin decir una palabra, le puso la bolsa de hielo sobre la rodilla y salió de la habitación. Le habría encantado haber dado un portazo, pero no iba a darle esa satisfacción.

Cuando llegó a la cocina se notó desfallecida y se preparó para sí misma otro sandwich, y un vaso de leche. Era increíble que pudiera tener tanta hambre después de todo lo que había desayunado en el chalet.

A ese paso empezaría a engordar a pasos agigantados antes de que naciera el bebé. Y si Philippe no podía soportarla ahora, mucho menos le gustaría con unos kilos de más.

Aunque era un alivio que no le hubieran vuelto los dolores de cabeza, no estaba precisamente emocionada con los nuevos síntomas del embarazo. Mientras acababa de guardar las cosas que había comprado se dijo que al día siguiente llamaría al doctor Cutler para preguntarle si no había alguna manera de controlar su apetito sin hacer daño al bebé.

Se llevó la otra bandeja del salón, recogió un poco la cocina y empezó a preparar una *quiche* para la cena.

Justo cuando estaba haciendo la masa quebrada, sonó el teléfono. Ahora que su marido había enviado a Patrick de vuelta a París, Marcel tendría que llamar a Philippe para comentarle cualquier problema que tuvieran. Kellie estaba muy preocupada por lo que estaba sufriendo su esposo y no quería pensar en qué estado se encontraría al día siguiente si seguía bebiendo y se negaba a comer.

Terminó de hacer la *quiche* y se entretuvo en preparar un aperitivo especial a base de zanahorias y chirivías. Cuando lo tuvo todo listo, introdujo ambas cosas en el horno con la esperanza de que su delicioso aroma abriera el apetito a Philippe.

—¿Kellie?

La profunda voz de su esposo la tomó tan por sorpresa que giró en redondo. Estaba en la puerta, apoyado en su bastón. Después de todo, tal vez no había bebido tanto, parecía bastante sobrio.

—¿Qué ocurre?

Los ojos oscuros de Philippe escrutaron los suyos, como si estuviera buscando algo que no pudiera encontrar.

—Acaba de llamar Analise Boiteux.

El corazón de Kellie se puso a latir desbocadamente.

—Por alguna razón que no logro imaginar —continuó Philippe—, ha decidido dejarme ver al bebé. Me ha dicho que era lo que Yvette hubiera querido.

—Oh, Philippe… —musitó Kellie. Analise era una buena mujer, una mujer maravillosa. Kellie le agradeció en silencio que hubiera mantenido en secreto su visita.

—Parece ser que, cuando estaba en el hospital, se enteró de que me habían operado de la rodilla y me ha dicho que, si le pedía un taxi, vendría aquí con él a las seis.

Por cómo hablaba y la miraba, se veía que estaba patidifuso. Kellie imaginaba lo mucho que ese momento significaba para él. Por fin iba a ver a su hijo…

Su primer impulso fue ofrecerse para recoger a Analise y al bebé con su coche, pero se contuvo pensando que tal vez a él no le agradara la idea. No podía permitirse dar a Philippe más motivos para que arremetiera contra ella, no cuando Analise se había sobrepuesto a su dolor con este generoso gesto. Aquella llamada telefónica había sido, sin duda, algo milagroso.

—¿Pre… preferirías que te dejara solo en este primer encuentro? —balbució—. Puedo salir a dar un paseo a pie o en coche si tú quie…

Una sombra oscureció el rostro de su marido.

—¡De modo que por fin te muestras como eres! ¿Vas a desaparecer de nuevo al primer signo de problemas, no es así? Debería haber imaginado que ese valeroso discurso que hiciste de dar amor a un niño inocente no era más que palabrería —la acusó.

—¡Eso no es cierto! —exclamó ella angustiada, pero él ya había dado media vuelta y se estaba alejando de ella con una rapidez que la tomó por sorpresa. Kellie fue tras él—. Lo que yo pretendía decir es que tal vez hay cosas que querrías tratar en privado con ella. Philippe, cariño…, ¡yo solo intento complacerte! —insistió. Pero él

había cerrado la puerta del dormitorio de un golpe tras de sí.

Quería entrar y razonar con él, pero sabía que invadir su sancta sanctorum sin su permiso solo empeoraría las cosas. Fue al salón y empezó a poner la mesa para tres. En el centro, colocó el otro ramo de flores que había comprado. Quizás Analise no quisiera quedarse a cenar, pero le pareció importante que la mujer viera que llevaban un estilo de vida ordenado, el tipo de vida que pretendían dar a su nieto.

Cuando todo estuvo dispuesto, se puso un vestido de algodón bastante informal, color café con leche, con un cinturón de cordoncillo y sandalias a juego. Para sorpresa suya, la cremallera no subió con la misma facilidad que la última vez que se lo había puesto.

Puede que nadie pudiera advertir todavía que estaba embarazada, pero como aquel pequeño detalle le reveló, sí había una diferencia significativa en sus medidas. Y si es que alguna vez la miraba, Philippe quizá también llegaría a notar aquel sutil ensanchamiento de su figura. Debía decírselo antes de que pasara más tiempo, pero desde luego no aquella noche.

Tras retocarse un poco con el pintalabios y cepillarse bien el cabello, Kellie revisó todo para asegurarse de que el apartamento ofrecía un aspecto impecable.

Para dar el toque final al conjunto, Kellie fue al armario ropero que tenían en el pasillo y sacó un edredón que su abuela había hecho a mano y le había dado como regalo de bodas. Estaba confeccionado con crepé de un blanco nata.

Era tan preciado para ella que nunca lo había usado, pero en su mente podía imaginar a un bebé acurrucado sobre el cálido edredón. Apretándolo contra su pecho, lo llevó al salón y lo colocó sobre una de las sillas.

Eran ya las seis y cinco cuando volvió a entrar en la cocina para sacar del horno los platos que había preparado. Le pareció oír cerrarse la puerta de la calle. Philippe debía haber salido a esperar a Analise junto al ascensor.

Kellie se imaginaba lo nervioso e ilusionado que debía estar. Ella misma estaba hecha un manojo de nervios. «La naturaleza nos prepara a lo largo de nueve meses para la llegada de un bebé», pensó, «pero no para convertirnos en padres en un instante.»

Tal vez estaba anticipando demasiado con esta visita. De hecho, cuanto más se acordaba de lo mucho que se había molestado

Analise al mencionar ella la prueba de paternidad, más sorprendente resultaba que hubiera accedido a ir a su casa con el bebé.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Tal vez… tal vez su mediación había tenido el efecto no deseado, tal vez había reducido drásticamente las posibilidades que tenía Philippe de alcanzar un acuerdo amistoso con la abuela del niño. En tal caso, se dijo pesimista, no la sorprendería que él la echara y no quisiera volver a verla nunca más. ¿De qué le serviría entonces contarle que iban a tener un bebé? Él se limitaría a decirle que, a partir de aquel momento, se comunicarían únicamente a través de sus abogados.

Y de pronto, la felicidad que había conjurado momentos antes en su mente, se tornó en un miedo atenazante. Sintió que le fallaban las piernas, como aquel día fatídico en el pabellón de urgencias, y tuvo que agarrarse a la encimera. Pero, justo en ese momento, escuchó voces, voces que provenían del salón. Empezaron a pitarle los oídos y un sudor frío bañó su cuerpo.

—¿Kellie? —la llamó su marido.

Su tono de voz no dejaba entrever si estaba enfadado o no. Temblando como un cachorrillo, Kellie salió de la cocina y se dirigió al salón—comedor, pero al llegar a la puerta se paró en seco como si hubiera visto un fantasma.

Había dos personas de pie junto al sillón. La mujer evidentemente era Analise, pero el hombre musculoso de cabello oscuro que sostenía al bebé no parecía la misma persona que había entrado en la cocina un rato antes.

Philippe estaba increíblemente apuesto: erguido, sin el bastón, perfectamente afeitado y vestido con un traje azul oscuro, una camisa blanca y una corbata de rayas. El hombre con el que se había casado había vuelto.

Capítulo 5

Philippe debió haberla oído llegar, porque levantó la cabeza.

—Ven, quiero que conozcas a la señora Boiteux. Analise —dijo a la madre de Yvette—, esta es mi esposa, Kellie.

Kellie tuvo la sensación de estar flotando en alguna especie de sueño en el que no pudiera controlar las distintas partes de su cuerpo. Avanzó hacia ellos torpemente, sin poder dar crédito aún a sus ojos. Analise estaba allí… ¡Y había llevado al niño!

La amable expresión en los ojos de la mujer hizo que a Kellie le entraran ganas de abrazarla, pero Philippe no debía sospechar, de modo que le estrechó la mano y le dijo:

—Encantada de conocerla, madame.

—¿Cómo está usted? —respondió Analise siguiéndole el juego.

Kellie alzó la vista y miró a Philippe. Sus profundos y oscuros ojos brillaban suavemente, como no los había visto brillar desde su marcha de Neuchâtel.

—Saluda a Jean Luc —le dijo haciendo un gesto hacia el bebé que tenía en brazos.

Kellie se quedó sin habla cuando bajó los ojos. No pesaría más de dos kilos y medio o tres, tenía una suave y fina mata de rizos oscuros y estaba profundamente dormido.

La adorable carita aceitunada, de rasgos harmoniosos y perfectos, se asomaba a través de un hueco en la toquilla que lo envolvía.

El corazón de Kellie se derritió nada más verlo.

—¡Ay, Philippe! ¡Es el bebé más precioso que he visto en mi vida!

Con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, se volvió hacia Analise.

—Debe estar loca con él.

El brillo en los ojos de la señora Boiteux le indicó que así debía ser.

—Sí —le confirmó—, es como volver a criar a Yvette, solo que ahora no tengo a mi esposo para ayudarme. Le habrían encantado

ver a su nieto antes de morir.

—¿Cuánto hace que falleció?

—Hará ya tres años.

En un gesto no deliberado, Kellie puso la mano en el brazo de Analise.

—Lo siento, ha debido tener que sobrellevar mucha tristeza, pero estoy segura que solo mirar a Jean Luc la llena de dicha. ¡Es un bebé tan guapo!

—¿Estás oyendo lo que dicen de ti, hijo mío? —susurró Philippe mirando al bebé.

«Hijo mío…» De modo que Philippe ya lo consideraba como tal, se dijo Kellie asombrada. Parecía que incluso se había olvidado de la rodilla. Podía estar un rato sin el bastón, pero ella sabía que luego le dolería, así que invitó a Analise a sentarse para que él también lo hiciera.

—¿Le importaría que le quitara la toquilla para verlo mejor? —preguntó Philippe a Analise.

—Claro que no, me sorprende que no me lo haya pedido antes. Espere, traeré su colchita del…

—No se preocupe, madame —intervino Kellie suavemente—, aquí mismo tengo un edredón que hizo mi abuela para nosotros —y lo llevó al sofá, extendiéndolo junto a su marido para que este colocara al bebé encima.

Como si estuviera desenvolviendo el más maravilloso de los regalos, Philippe empezó a desvestir al niño con el mayor cuidado hasta dejarlo en pañales. Mientras lo hacía una sonrisa iluminó su atractivo rostro; la primera que Kellie le había visto desde su regreso a Suiza.

Kellie se arrodilló en el suelo frente al bebé para verlo también. El querubín de Yvette la tenía fascinada. Después de unos meses ella también podría admirar a su hijo. Y allí, mirando a aquel bebé, se repitió lo que había dicho a su marido: era imposible no enternecerse, aun cuando no fuera de ellos.

A pesar de su cuidado, era inevitable que las maniobras de Philippe no despertaran al pequeño. Abrió y cerró la boquita primero, y después se abrieron sus ojos, mostrando unos iris castaños claros. De pronto rompió a llorar con todas sus ganas. Debía tener hambre.

Philippe rio suavemente, llenando de alegría a su esposa, y se inclinó para besar la barriguita del bebé.

—Eh, no llores, papá está aquí… —murmuró mirando al niño.

Con bastante destreza, cambió luego los pañales al bebé, lo vistió, y volvió a liarlo en su toquilla.

—Tenga —le dijo Analise tendiéndole un biberón y un babero—. Dele de comer.

Kellie se incorporó al instante, puso al bebé en los brazos de Philippe y el pequeño hizo el resto. Bebía tan rápido y con tantas ganas que todos se rieron, y más aún cuando Philippe soltó el biberón para hacer eructar al niño, que cooperó ruidosamente.

Se volvió hacia la madre de Yvette.

—Señora Boiteux…

—Llámame Analise, cariño.

—Analise —se corrigió Kellie—, la cena está lista. ¿Quieres pasar conmigo al comedor? Podemos ir sentándonos mientras Philippe acaba de dar de comer al bebé.

—Bueno, no quisiera ser una molestia…

—En absoluto —aseguró Kellie—. En cuanto supe que venías puse un cubierto más.

Las dos mujeres dejaron a Philippe entregado al cuidado del pequeño. Tras acomodar a Analise, Kellie fue a la cocina y llevó las distintas fuentes al comedor para servir la cena.

Sentía deseos de abrazar a la mujer y expresarle su gratitud, pero no sabía cómo se tomaría aquella demostración, ni qué pensaría hacer con respecto al bebé a partir del día siguiente, así que se sentó a la mesa con ella. Para su consternación, volvía a tener un apetito feroz.

—Tenéis una cocinera estupenda —dijo Analise a Kellie más tarde—, nunca había probado una comida así.

—Mi esposa es *chef* —respondió una voz masculina antes de que Kellie tuviera tiempo de reaccionar.

Kellie se volvió y vio a Philippe entrando en el comedor, apoyado en su bastón y sosteniendo al bebé con el otro brazo.

—¿De veras? —inquirió Analise con incredulidad.

—Sí —asintió Kellie antes de poner un plato frente a su marido —, me crié con mi madre en casa de mis abuelos. Tienen un restaurante, así que desde pequeña soñé con llegar a tener algún día el mío propio… Un restaurante francés, claro está, siempre me ha parecido que la cocina francesa es la mejor del mundo.

Cuando Philippe se hubo sentado a la cabecera de la mesa dijo:

—Cada vez que prepara una comida es mejor que comer en un

restaurante de cinco tenedores.

—¡Vaya, nunca había conocido a un *chef!* —dijo la mujer sonriendo—. No todos los hombres pueden presumir de tener una esposa que además sea *chef,* monsieur…

Philippe dirigió una mirada enigmática a Kellie.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero espero que me llame usted Philippe antes de que acabe la tarde —respondió. Y, para satisfacción de Kellie, empezó a comer con gran apetito.

Cuando terminaron, Kellie sirvió tarta de fresas y café.

—Dime, Analise —dijo Philippe apurando su taza—, ¿Jean Luc se porta siempre así de bien? ¿Se queda dormido en cuanto se toma su biberón?

—Sí, hasta ahora siempre ha sido así —dijo la abuela con los ojos brillantes—. ¿Os gustaría quedároslo esta noche?

—¡Oh!, ¿podemos? —exclamó Kellie antes de caer en la cuenta de que no tenía derecho a intervenir.

—Por supuesto —respondió Analise—, en la bolsa que he traído hay suficiente leche en polvo como para que tengáis hasta mañana por la tarde, y todo lo que Jean Luc pueda necesitar.

—No sé cómo darte las gracias —le dijo Philippe con la voz ronca por la emoción.

Kellie tragó saliva.

—Philippe… Mientras tú te ocupas del bebé, si te parece, llevaré a casa a Analise con el coche.

—Te lo agradecería enormemente —respondió Analise sin dar tiempo a Philippe a decir nada—. Mañana os llamaré para ver cómo van las cosas, Philippe.

Él asintió con la cabeza y dirigió a Kellie una mirada penetrante.

—Conduce con cuidado.

Tiempo atrás, ella habría interpretado aquel ruego como inquietud por ella, pero las cosas habían cambiado. En aquel momento solo le preocupaba Analise.

—Lo haré, te lo prometo.

Mientras conducía camino de la casa de Analise, el corazón de Kellie rebosaba gratitud hacia la mujer que iba sentada junto a ella. ¡Había resultado ser tan generosa!

—Analise…

—No tienes que decir, nada, cariño, sé que dejo al hijo de Yvette en las mejores manos.

—Gracias por lo que has hecho —musitó Kellie a pesar de todo

—, esta noche mi marido ha vuelto a ser el de siempre.

—Parece muy entusiasmado con Jean Luc, pero tendremos que esperar a mañana por la tarde para ver si sigue sintiéndose igual al respecto.

—Yo sé que sus sentimientos no cambiarán —aseguró Kellie mirándola contrariada—. Philippe ya lo adora, y eso no va a cambiar.

—Tal vez, pero hay una razón por la cuál puede que no quiera seguir adelante con esto. Es posible que tu marido descubra algo que yo he notado esta noche al observarlos a los dos juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Yvette me aseguró que tu esposo era el padre del niño, pero ahora… No sé, no estoy segura.

—Bueno, es cierto que no son como dos gotas de agua, pero…

La mujer giró la cabeza para mirarla.

—Entonces has pensado lo mismo que yo, ¿no es verdad? Y tu esposo llegará a la misma conclusión, si es que no lo ha hecho ya.

—Pero eso no es una prueba concluyente. Además, por ejemplo, tienen el mismo tono de piel. Y yo escuché a Yvette decir a la doctora que Philippe era el padre. Y ella no sabía que yo estaba al otro lado de la cortina…

—Tal vez mi hija deseaba con tanta fuerza que así fuera, que terminó por creerlo.

Kellie se sintió aliviada al ver que habían llegado al bloque de pisos donde vivía Analise. Estaba tan agitada por la conversación que no podría haber seguido conduciendo mucho más tiempo. Acercándose al bordillo, detuvo el automóvil.

Analise dejó escapar un gran suspiro.

—Me temo que esa prueba de paternidad sí será necesaria —dijo —, tal vez uno de los antiguos novios de Yvette sea el padre del niño. ¿Por qué no lo lleváis mañana al hospital Vaudois para hacerle la prueba del ADN? Llámame cuando os digan a qué hora podéis ir y estaré allí. Debemos resolver este asunto cuanto antes, es lo mejor para todos.

Kellie gimió por dentro. ¿Por qué tenían que complicarse tanto las cosas? ¡Y pensar que su marido estaba entusiasmado con un bebé que tal vez fuera de otro! Si el resultado de la prueba era negativo, Philippe no renunciaría a él fácilmente.

—Estoy tan preocupada como tú, Kellie. Cuando se haya hecho la prueba me llevaré a Jean Luc conmigo hasta que se sepa el

resultado.

—De acuerdo, trataré de conseguir que nos den la cita por la mañana —asintió Kellie.

—Estaré en casa todo el día, llámame cuando sepas la hora. Podéis acostar a Jean Luc en el capazo, es solo una noche. Le doy el biberón a la una, a las cuatro y a las siete. Le gusta más bien caliente. Aparte de eso, creo que no tengo ningún otro consejo que darte, es un niño muy bueno.

La mujer salió del coche y se agachó para despedirse de Kellie.

—Os veré mañana. Si tenéis cualquier problema, llamadme.

—Gracias, lo haremos —respondió Kellie. Esperó hasta que Analise hubo entrado en el edificio y arrancó el automóvil.

De camino a casa no podía dejar de preocuparse. ¿Cómo se tomaría Philippe tener que devolver a Jean Luc a Analise? En cualquier caso, no estaría de muy buen humor tras pasar la noche en duermevela.

Al entrar en el apartamento esperaba encontrar a su marido en el salón con el bebé, pero, a lo que parecía, se lo debía haber llevado al dormitorio. Kellie recogió el capazo del suelo antes de ir hacia allí.

Philippe había dejado la puerta entreabierta. La luz de la lámpara de la mesilla de noche bañaba su cuerpo musculoso tendido sobre la cama, vestido solo con unos pantalones de chándal grises. Tenía al bebé sobre su estómago y los dos parecían estar dormidos. Aquella visión de su apuesto marido con el pequeño Jean Luc enterneció a Kellie. No queriendo despertarlos, dejó el capazo en el suelo junto a la puerta del dormitorio.

Sabía que no podría conciliar el sueño, por lo que se puso a lavar los platos y arregló un poco el comedor.

Antes de irse a la cama, sacó el bote de la leche en polvo de la bolsa que había traído Analise y lo puso sobre la encimera de la cocina, para tenerlo a mano cuando el bebé se despertara. Mientras lo hacía, recordó con angustia que todavía no había dicho nada a Philippe acerca de su estado.

No podía decírselo, aún no… No en ese momento, cuando Philippe estaba tan preocupado por salir de aquella enrevesada situación. Exhausta física y emocionalmente, al fin se acostó.

Parecía que acabara de cerrar los ojos cuando el bebé empezó a llorar. Encendió la luz y miró su reloj. No era la una todavía, pero tal vez ya tenía hambre. Echándose la bata encima, fue

apresuradamente al dormitorio principal.

—Prepararé el biberón —dijo a su marido, que ya estaba acunando al niño en sus brazos.

Regresó al cabo de unos minutos llevando de paso una bolsa con hielo para Philippe. Pasó el biberón a su marido junto con un babero limpio y, tras un instante, el bebé estaba tomando su leche y la calma reinaba de nuevo.

Kellie tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse mirando a Philippe mientras le colocaba la bolsa sobre la rodilla. Sin la barba y el bigote, aquellas facciones que adoraba volvían a ser visibles. Parecía que hiciera siglos desde su último beso y se moría por volver a sentir su tacto, a sentirlo cerca de sí… Pero tal vez no volviera a besarla ni a acariciarla nunca.

—Déjamelo, cariño, Analise me dijo que podíamos acostarlo en el capazo —dijo poniéndolo sobre la cama.

—¿De qué habéis hablado en el coche? —preguntó Philippe.

Kellie se mordió el labio, dudando entre decirle la verdad aquella noche o esperar a la mañana siguiente.

Philippe frunció las cejas.

—Vamos, Kellie, sé que había algo de lo que quería hablarte, o no hubiera aceptado tan rápidamente cuando le propusiste llevarla a casa.

No se le escapaba nada, se dijo Kellie sintiéndose estúpida. ¿Cómo había podido pensar que podría evitar esa conversación? Conociéndolo como lo conocía, sabía que no cejaría hasta que ella le contestara, de modo que, humedeciéndose los labios con la lengua, Kellie le respondió, nerviosa:

—Analise cree que Yvette mintió cuando dijo que tú eras el padre.

Philippe lanzó un improperio por lo bajo antes de pasarse la mano por el cabello.

—Ella solo pretende ser justa contigo —continuó Kellie—, quiere estar absolutamente segura de que es tu hijo. Me ha pedido que llevemos a Jean Luc mañana al hospital para hacer la prueba del ADN.

Kellie vio cómo la mandíbula de Philippe se endurecía.

—De modo que ese es el motivo por el que nos ha dejado tenerlo esta noche —masculló. La ira que se advertía en su voz hizo temblar a Kellie por dentro.

—No, Philippe, te equivocas, ella nunca pensó que Yvette no

estuviera diciendo la verdad… Hasta que os ha visto juntos esta noche.

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente que no le encontró un gran parecido contigo.

—¿Y tú también piensas eso? —exigió saber Philippe atravesándola con la mirada.

—Yo… Bueno, lo cierto es que no me recuerda mucho a ti, excepto por el color de la piel. Claro que hay muchos bebés que no se parecen a ninguno de sus padres. Es posible que sí sea tuyo. ¿Mencionó Yvette alguna vez a otro hombre?

—Yo nunca supe nada de su vida.

—Pero si te acostaste con ella…

—Si no me hubieras abandonado aquel día en el hospital, habría terminado de contarte la historia —le dijo en tono acusador.

—Pero ahora estoy aquí —respondió ella, temblorosa, sentándose a los pies de la cama.

Philippe tomó al niño en brazos para hacerlo eructar.

—Un amigo y yo íbamos montaña abajo tras una escalada cuando observamos indicios de un alud. Unos cuantos esquiadores habían quedado atrapados en la nieve bajo un saliente, y entre ellos estaba Yvette. Cuando logré sacarla, estaba tan asustada y agitada que, cuando llegó el helicóptero de rescate me pidió que no la dejara sola, que subiera con ella. La llevé a la habitación de su hotel y le subí algo de cenar. Cuando le dije que tenía que marcharme prorrumpió en sollozos y me rogó que me quedara. Yvette era una mujer atractiva de treinta y dos años, pero tras aquella experiencia al borde de la muerte parecía una niña. Sentí lástima de ella y la abracé un rato para que se calmara. Después de darme las gracias una y otra vez por fin se quedó dormida.

»Yo iba a marcharme entonces, pero estaba exhausto después de la escalada y del esfuerzo que tuvimos que hacer para sacar a aquellas personas de la nieve, y me quedé dormido yo también. En medio de la noche me desperté, y la encontré encima de mí, besándome… Y yo cometí el error de responder. Al cabo de un rato había ocurrido lo inevitable. *Mon Dieu,* no puedo recordar aquello sin sentir desprecio hacia mí mismo… Siempre había detestado a los hombres que utilizaban a las mujeres de esa manera, cuando yo no era mucho mejor que ellos. Había sucumbido en un momento de debilidad ante una completa extraña. No pasó nada más, créeme. Yo me disculpé por mi comportamiento y me fui. Después de

aquello me sentía tan mal que no volví a acercarme a otra mujer hasta que te conocí a ti. Y, respecto a Yvette, no volví a verla hasta aquel día que se presentó en mi oficina.

A veces dolía escuchar la verdad, pero para Kellie fue también como una liberación. Ya no temía al fantasma de Yvette, porque Philippe no había tenido con ella una relación sentimental.

—Analise me dijo que Yvette había tenido muchos novios —dijo a Philippe—, y que en aquella época había estado saliendo con un veterinario. Puede que él sea el padre del bebé.

—¿Te dijo si ese hombre fue al funeral y preguntó por el niño?

—No —respondió ella poniéndose de pie—. Lo único que me dijo fue que Yvette nunca había sentido nada serio por ningún hombre hasta que te conoció a ti.

Él sacudió la cabeza.

—No me extraña que Analise me odiara tanto.

—Sí —replicó Kellie—, pero la honra el hecho de que ha sido capaz de vencer ese odio. Si no, no tendríamos la suerte de tener esta noche a Jean Luc con nosotros. Cariño, deja que lo acueste en el capazo ahora que se ha dormido…

Su marido no debió haberla oído porque mantuvo al bebé en sus brazos.

—Si cree que voy a devolvérselo mientras esperamos los resultados de la prueba, está muy equivocada. ¿Y si fuera mi hijo? No pienso tenerlo lejos de mí.

Kellie sabía que eso iba a pasar. Lo que Philippe no sabía, era que Analise no tenía intención de impedírselo, únicamente estaba tan preocupada como Kellie por el resultado de la prueba.

Si Philippe no era el padre, para entonces se sentiría tan apegado al pequeño que no estaría dispuesto a renunciar a él. Kellie no quería ni pensarlo. ¿Y si Analise hablaba con el verdadero padre y este quería hacerse cargo del niño?

—Sé que es tarde, pero ¿crees que podríamos llamar a Honore para pedirle consejo? —preguntó a Philippe. Él se quedó mirándola un instante.

—Voy a llamarlo —decidió.

Kellie interpretó aquello como un permiso para ocuparse del niño. Fue hacia su esposo y tomó al bebé, rozando al hacerlo el ancho tórax de Philippe. Aquel leve contacto provocó una ola de calor en su interior, y se estremeció de tal manera, que estuvo a punto de dejar caer al bebé.

Rehuyó la mirada de Philippe y salió de la habitación apretando al niño contra sí como si fuese un escudo. En vez de acostarlo, lo llevó al salón y, tras extender sobre la alfombra oriental el edredón de su abuela, acostó al bebé encima y se tendió a su lado. Quizás el pequeño soñaba, porque de vez en cuando arrugaba la nariz y abría las manitas, para luego quedarse tranquilo, arropado en su toquilla.

Allí echada, dejó que el bebé agarrara su meñique y empezó a imaginar que Philippe aún la amaba y que Jean Luc era su hijo. Comprarían una casa en las afueras de Neuchâtel con varias habitaciones, para poder tener varios hijos. También tendrían un perro, y ella plantaría flores y yerbas aromáticas en el jardín. Remodelaría la cocina a su gusto, convirtiéndola en la cocina que siempre había soñado, e invitaría a su madre y abuelos a pasar allí un mes o dos.

—¿Verdad que sería maravilloso? —preguntó al bebé, que había abierto los ojos y había girado la cabeza en dirección a ella—. ¡Oh, eres una preciosidad! —dijo besándolo en la mejilla. El bebé sonrió y ella repitió el gesto una y otra vez. Era difícil resistirse a los encantos de aquella criatura y, tomándolo en sus brazos, lo levantó en el aire—. Eres un verdadero ángel, ¡no has llorado ni una pizca desde que se fue tu *grandmère!* ¡Qué afortunados somos! —le dijo. Lo puso sobre su pecho y lo besó en la cabeza.

—Kellie…

No había oído entrar a Philippe. No sabía cuánto tiempo llevaría allí de pie, apoyado en su bastón, pero el tono en su voz le indicó que algo lo había enfadado. Kellie atrajo al bebé más hacia sí y se puso de pie. No iba a dejar que la intimidara y sostuvo su turbadora mirada sin pestañear.

—¿No estaba Honore en casa? —inquirió.

Los ojos de Philippe se entrecerraron sin dejar de observarla.

—Sí, he hablado con él.

Kellie sintió que la adrenalina se le disparaba.

—¿Y qué ha pasado?

—Me ha dicho que hemos cometido un grave error quedándonos al bebé esta noche en vez de decir a Analise que resolveríamos esto por la vía judicial.

—¿Por qué? —exclamó Kellie— ¿No es mejor tratar de arreglar las cosas sin recurrir a los tribunales?

—Honore cree que Yvette y su madre me la han jugado desde el principio, que siempre han sabido que yo no era el padre.

«¡Oh, no!»

—Es la clásica historia de la chica en apuros… El padre biológico debió de lavarse las manos y su madre le diría que acudiera al hombre más adinerado con el que hubiera tenido relaciones para que la sacara del apuro. Cuando Yvette murió de forma tan trágica y el plan salió mal, su madre no quería al bebé, ni cargar con responsabilidad alguna, así que me tendió una trampa haciendo que me sintiera culpable.

Kellie sacudió la cabeza desesperada.

—Te equivocas, cariño, estás totalmente equivocado.

Él acercó su rostro al de ella.

—No lo creo, todo encaja. Tras esperar bastante tiempo para hacer su agonía más creíble, contactó conmigo sabiendo que, aunque la prueba del ADN demostrara que yo no era el padre, me haría cargo de él —gruñó apretando el puño—. Honore me ha dicho que no le sorprendería que nos encontremos con que Analise ha desaparecido mañana por la mañana, con lo que el bebé quedaría bajo la protección del tribunal hasta que esta pesadilla llegue a su desenlace. Me ha aconsejado que no esperemos y le llevemos el bebé esta misma noche.

—Pero Phili…

—Vamos, necesito que conduzcas —la interrumpió él bruscamente.

Kellie sabía que debía decirle la verdad, pero la asustaban las consecuencias que de ello pudieran derivarse. Sería mejor que el bebé no estuviese delante.

—Espera un segundo —pidió a Philippe—, iré a buscar el capazo.

Corrió al dormitorio, acomodó en el capazo al bebé y rebuscó en la bolsa que había llevado Analise hasta encontrar el chupete. Igual que hiciera con el biberón, Jean Luc lo chupó con ansia. Kellie le dio un beso en la frente y, se dirigía fuera de la habitación, cuando en ese momento entró Philippe. Los ojos de ambos se encontraron y permanecieron mirándose un largo instante.

—Antes de que hagamos nada —le dijo ella—, hay algo de lo que debemos hablar, pero no aquí. Vamos al salón para no molestar a Jean Luc.

—No hay tiempo. Honore dijo que…

—Yo… sé algo que él ignora —interrumpió Kellie.

El rostro de Philippe se ensombreció.

—¿De qué diablos estás hablando? —masculló.

—Por favor, vamos al salón…

El brillo había desaparecido por completo de los ojos de su marido. La miraba fijamente, como si quisiera fulminarla.

—Ya me pareció que estabas tardando mucho en hacer la compra… —siseó.

¡Lo sabía! Kellie se notó la boca seca.

—Por favor, Philippe, ¿no podemos tener esta conversación lejos del bebé?

Capítulo 6

Los labios de Philippe se curvaron en una desagradable sonrisa.

—No. ¿Por qué no empiezas por decirme qué le prometiste a Analise para que cambiara radicalmente de opinión en un abrir y cerrar de ojos?

—Felicidad —respondió Kellie. Le costaba respirar.

Philippe se acercó a ella.

—Explícate —le ordenó entre dientes.

—Le dije que necesitabas a tu hijo, que si te daba una oportunidad, su nieto sería el chico más afortunado del mundo. Le aseguré que, si lo hacía, llegaría a comprender por qué Yvette se enamoró de ti… y porqué yo te amo desesperadamente… Porque yo te amo, Philippe, ¡te amo más de lo que nunca podrás imaginar! —exclamó antes de apretar sus labios contra los de él. Había perdido todo el control y echó los brazos al cuello de su marido para atraerlo hacia sí. ¡Lo deseaba tanto!

Sin embargo, Philippe despegó sus labios violentamente de los de ella sin responder al beso y la apartó.

Nunca hasta ese momento la había rechazado. Kellie dio un paso atrás, confusa, mientras escuchaba en su cabeza las palabras de Lee una y otra vez: «Philippe ha cambiado…. Ahora sí quiere el divorcio…».

—Perdóname —musitó con voz atormentada—, no volverá a ocurrir.

—En eso tienes razón.

Aquella críptica respuesta la sacudió por dentro y sembró el temor en su interior.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

Philippe se frotó el pecho con aire distraído.

—Supongo que después de todo debería darte las gracias —le dijo—. Me has sido de ayuda y no tendré que llevar a Analise a los tribunales. Mañana volverás a Washington y daremos esto por terminado.

Sus palabras la llenaron de pánico.

—Pero me necesitas para ayudarte a criar a Jean Luc.

—No —replicó Philippe—, Analise ha resultado ser la candidata perfecta para ese puesto. A ti te necesito tanto como una dosis diaria de veneno.

Kellie nunca había imaginado que pudiera llegar a ser tan cruel. Aquella pulla estuvo a punto de romper su corazón en mil pedazos. Lo observó cojear hasta donde estaba el pequeño, que había empezado a llorar.

—Philippe, por favor… Sé que te hice mucho daño cuando solicité el divorcio. No debí hacerlo jamás, por más que entonces me pareciera que era lo correcto.

Su marido se sentó en el borde de la cama con el bebé y le frotó la espalda suavemente a este hasta que se calmó. Kellie sabía que no había modo humano de lograr que la escuchara, pero no podía detener las palabras, porque salían de su corazón.

—Ahora me doy cuenta de que mi comportamiento no tenía nada que ver con mi amor por ti. Fui una egoísta, estaba tan dolida porque mi padre me hubiera abandonado, que no pensé en el daño que te estaba haciendo —las lágrimas en sus ojos pugnaban por salir—. Cariño… Yo te quiero…, haría lo que fuera para que nuestro matrimonio funcionara. La semana que viene pensaba buscar un psicólogo, es algo que debí haber hecho hace tiempo.

El bebé se había quedado dormido y Philippe volvió a ponerlo en el capazo antes de girarse hacia Kellie.

—¿Ya has terminado?

—¡No! —exclamó Kellie en voz baja, las mejillas húmedas por el llanto—. Te estoy suplicando que me des una segunda oportunidad.

—¿Acaso me la diste tú en los cientos de veces que te llamé desde el hospital? —replicó él.

—¡Lo sé, y lo siento! Pero tú eres un hombre noble, Philippe, es una de las cualidades que siempre he admirado en ti, lo que te diferencia de la mayoría de la gente. Después del accidente, muy pocos hombres habrían dicho la verdad a su esposa como hiciste tú.

—Sí, algo que tú no haces, ir con la verdad por delante.

—Diste la cara —prosiguió ella—, porque creías que nuestro amor era lo bastante fuerte como para superar aquella situación. Sé que no merezco una segunda oportunidad, pero quisiera que volviéramos a empezar, para poder demostrarte que puedo ser una esposa digna de ti.

—Es demasiado tarde para eso.

La convicción con que él pronunció aquellas palabras hizo que algo se rompiera en el interior de Kellie.

—Por favor, no digas eso… —le suplicó ella.

—Yo también quisiera que las cosas no fueran así. Vendería mi alma por volver a sentir lo que sentí una vez por ti, pero todo ha cambiado. Regresa a Washington, Kellie. Para cuando termine la semana serás de nuevo una mujer libre y, por tu bien, espero que busques la ayuda psicológica que necesitas. Por lo que respecta a Jean Luc, yo me ocuparé de él esta noche. Necesitas irte a la cama y descansar. Pareces exhausta y el viaje en avión será largo.

Kellie no sabría nunca de dónde sacó las fuerzas para ir hasta la habitación de invitados y cerrar la puerta antes de dejarse caer en la cama. «Ahora ya sabes cómo se sintió Philippe cuando te negaste a dejarle abierta una sola puerta».

Quería morir. Allí tendida, recordó a Yvette diciendo esas misma palabras a la doctora, y la respuesta de esta: «Debe usted vivir, por su bebé. Piense en la dicha de criar a su hijo».

Pasaron varias horas y Kellie escuchó al bebé empezar a llorar, y cómo Philippe iba a la cocina para preparar el biberón de las cuatro. Después todo quedó en silencio.

No podía soportarlo más, estar en el mismo apartamento que él, sin poder compartir su vida ni su cama… Se vistió e hizo la maleta. A las seis de la mañana el aspecto que ofrecían la habitación y el cuarto de baño, era el mismo que si nadie hubiera estado en ellos.

Philippe no la quería allí, así que no había de importarle si la escuchaba irse; sin embargo, fue de puntillas hasta la puerta y, ya en el vestíbulo, llamó para pedir un taxi.

Bajó a la calle, pero no tuvo que esperar demasiado, a horas tan tempranas apenas había tráfico. Entró en el automóvil y ordenó al taxista que la llevara a la estación.

Compró un billete para Nyon, una ciudad en la región del lago Ginebra. Lee le había dicho que había ido a un colegio femenino en esa ciudad, y que había estado trabajando allí antes de casarse. Según le había contado, había innumerables internados en la zona, desde Montreux hasta Ginebra, en los que siempre necesitaban cocineras internas. Seguramente pagaban bien.

Kellie no había explorado aún aquellas ciudades, y ahora que no le quedaba otro remedio que buscar un trabajo, tendría la oportunidad. La idea de cocinar para adolescentes representaba todo un reto, pero era exactamente lo que Kellie necesitaba para

acallar su dolor.

Empezaría por solicitar empleo en el antiguo colegio de Lee, que se hallaba a una hora de Neuchâtel. Así no tendría que preocuparse por tropezarse con Philippe en la calle.

Cuando el bebé hubiera nacido, se lo comunicaría. Para entonces ya habría reunido el dinero suficiente para contratar a una mujer que se ocupase de su bebé mientras trabajaba, y para alquilar un pequeño apartamento en la misma Neuchâtel. Así Philippe podría ver al bebé cuando quisiera. Y ella quería que fuera así, quería que tuviese un padre de verdad, un padre cariñoso, el padre que ella no tuvo.

Al bajarse del tren en Nyon tenía ya muy claros los pasos a seguir, pero estaba hambrienta y necesitaba desesperadamente descansar, así que se dirigió al hotel que había frente a la estación. Desayunó algo y reservó una habitación.

Unas horas más tarde, levantaba la cabeza de la almohada, tan mareada como si la hubieran noqueado en una pelea. Miró su reloj: las tres de la tarde. Hacía ya nueve horas que había salido del apartamento.

¿Habría llevado Philippe al bebé al hospital para la prueba de ADN? ¿Estaría Jean Luc con él o se lo habría devuelto a Analise? Apartando aquello de su mente, recordó que su familia debía estar preocupada, así que levantó el auricular del teléfono y marcó el número de su casa.

Aunque quería muchísimo a sus abuelos, se alegró inmensamente de que fuera su madre quien contestara.

—¡Kellie, cariño! ¡Me has tenido tan preocupada, llevaba tanto tiempo esperando tener noticias tuyas! ¿Ha ocurrido algo malo? ¿Es el bebé finalmente hijo de Philippe?

Kellie se incorporó para sentarse en la cama.

—No lo sabrá hasta que no le den los resultados de la prueba de paternidad.

—Estamos rezando para que no lo sea y Philippe y tú podáis seguir con vuestra vida.

—Me temo que eso no va a suceder, mamá. Cometí el imperdonable error de abandonar a mi esposo a su suerte en el hospital cuando más me necesitaba. Eso ha destrozado nuestro matrimonio, y no me quiere a su lado. El divorcio estará formalizado hacia finales de semana.

—¿Cómo se atreve a echarte la culpa de todo? —exclamó su

madre, enojada—. Claro, ¡él puede ir y acostarse con cualquier mujer sin preocuparse de las consecuencias, pero su mujercita no puede ni pestañear!

—No es eso, mamá —la interrumpió Kellie—, y el bebé no es la razón por la que lo abandoné.

—¿Después de todo aún lo defiendes? ¡Cielo santo, Kellie, ese hombre te tiene comiendo en la palma de la mano! Seguramente incluso te ha convencido de que perdones a tu propio padre…

Kellie inspiró profundamente.

—Yo ya lo he perdonado, mamá. Él me dio la vida, pero no tenía lo que hacía falta para ser padre. Por eso se marchó. Algunas personas son así. Estoy segura de que mi vida no hubiera sido tan maravillosa como lo ha sido hasta hace unos meses si él se hubiera quedado.

—No puedo creer que me estés diciendo esto, hija…

—Pero es la verdad, mamá… No se puede forzar a una persona a amar, el amor es algo que se da libremente. Y si una persona no puede dártelo, debes dejarla marchar y seguir tu camino.

—Kellie, cariño, nunca te había oído hablar así.

—No, creo que por primera vez en mi vida estoy siendo yo en realidad.

Hubo una pausa.

—¿Cuándo vas a volver a casa?

—No voy a volver, excepto para visitaros. Voy a quedarme aquí en Suiza, solo que no con Philippe.

—¿Por qué?

Kellie volvió a inspirar con fuerza. Desde su inesperada partida con Lee, no había tenido aún oportunidad de comunicar su embarazo a su familia.

—Porque voy a tener un bebé dentro de siete meses.

Su madre dejó escapar un gemido.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Unas semanas.

—¿Te ha visto un médico?

—Sí, y está todo bien, no te preocupes…

—¡No me digas que Philippe se niega a hacerse cargo del niño!

—Él no lo sabe.

—Oh, Kellie…

—Cuando nazca, me pondré en contacto con él a través de su abogado. Sé que Philippe insistirá en ser parte de la vida de su hijo,

porque no es la clase de hombre que descuida sus obligaciones. Por eso quiero permanecer cerca de él, para que pueda compartir conmigo la crianza del niño.

—Cariño… —la voz de su madre sonaba desgarrada.

—Todo irá bien, no te preocupes, mamá —le aseguró Kellie—. Estoy en Nyon, y en cuanto tenga un trabajo y un lugar donde vivir, os invitaré para que paséis conmigo una temporada, tú, el abuelo y la abuela.

—Está bien, ya hablaremos de eso más adelante. Lo que me preocupa ahora es de qué vas a vivir. Necesitarás dinero…

—Tengo algún dinero mío en el banco, y será suficiente para apañármelas hasta que reciba la primera paga.

—Pero no quiero que estés de pie todo el día, cocinando para otra gente… Es un trabajo duro y tienes que cuidarte ahora que estás esperando un bebé.

—Lo sé, encontraré algo que no sea muy pesado, tranquila.

—Kellie, si quieres puedo ir allí contigo, saldría hoy mismo.

—No, mamá, agradezco tu ofrecimiento, de veras, pero esto es algo que debo hacer por mí misma. Ya soy mayor, y pronto voy a ser madre. Es hora de hacerme cargo de mi vida en vez de seguir dependiendo de otras personas.

—Pero no conoces a nadie, te sentirás muy sola.

No era del todo cierto, Kellie había conocido a una buena amiga en Lee. En caso de emergencia podía contar con ella. Y Raoul también estaría dispuesto a ayudarla en lo que fuera, pero Kellie no quería que Philippe pensara que se estaba aprovechando de sus influencias.

—En cuanto encuentre un trabajo eso no será problema —dijo —. Mamá, ¿puedo pedirte solo un favor? Bueno, esto va también por los abuelos… Sé que Philippe no volverá a intentar ponerse en contacto conmigo de nuevo, pero es posible que recibáis alguna llamada de Claudine… o incluso de los Mertier. Si alguien llama desde Europa preguntando por mí, no digáis que no he regresado a Washington. Decidle simplemente que, desde el divorcio, he estado buscando un buen trabajo. Eso al menos no es una mentira… Si tuvieran algún mensaje para mí, decid a esa persona que os lo dé a vosotros, y que yo me pondré en contacto en cuanto pueda.

Madre e hija se quedaron en silencio un largo rato.

—Guardaremos el secreto —prometió su madre—, pero, Kellie, espero que me llames a menudo para saber que sigues bien; si no,

no tendré un momento de descanso.

—Tienes mi palabra, mamá. Te quiero. Da al abuelo y la abuela un beso de mi parte.

Kellie colgó el teléfono aliviada de saber que Claudine nunca sabría que no había abandonado Suiza. A pesar de lo mucho que quería a la hermana de Philippe, sería mejor que permaneciera al margen de todo aquello.

Lo principal en aquel momento para ella era encontrar un trabajo. Quería dar buena impresión, así que se puso un traje azul marino de falda y chaqueta, y se recogió el cabello con una pinza de carey.

Unos minutos más tarde, mientras atravesaba en taxi la pequeña ciudad llena de edificios y monumentos históricos, comprendió que Lee guardase tan gratos recuerdos del tiempo que había trabajado allí, y se sintió afortunada.

Al tomar el taxi el camino de grava que entraba en el recinto del internado, por fin pudo divisar Kellie el edificio del colegio. Resultó ser una imponente mansión de estilo francés construida frente a un lago y rodeada de una vasta extensión boscosa.

Pagó al taxista, subió la escalinata de la entrada y llamó al timbre. Una doncella uniformada le abrió la puerta. Kellie le indicó que deseaba ver a la directora y fue conducida a un elegante salón donde se le rogó que esperara.

Diez minutos después, cuando ya empezaba a pensar que se habían olvidado de ella, entró una elegante mujer de unos setenta y cinco años. Kellie se puso de pie.

—Soy la señora Simoness, la directora del centro. ¿Deseaba verme? —le preguntó en francés.

—Sí, madame. Mi nombre es Kellie Madsen —respondió. No se atrevió a dar su nombre de casada, el apellido Didier era conocido en todas partes—. Estoy buscando un trabajo temporal.

La anciana sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero si busca un puesto de profesora, nuestra plantilla ya está completa. Además, solo contratamos a personas de lengua materna francesa, licenciadas en las universidades de la zona.

—Perdone, tenía que haber empezado por decirle qué puesto buscaba. Soy *chef,* y he trabajado en el restaurante de mi abuelo desde que era una niña. Estudié francés en la universidad y, más adelante, realicé un curso de cocina francesa en el Instituto Maison

Pierre, en California. Después estuve viviendo en Francia, pero me casé y nos trasladamos aquí a Suiza, a Neuchâtel. Ahora estoy divorciada y querría encontrar un empleo y establecerme aquí hasta que nazca mi hijo. Se me da bien tratar con adolescentes, y pensé que un internado sería un cambio maravilloso después de un restaurante.

Cuando Kellie hubo terminado su retahíla, la señora Simoness se rio.

—Bueno, su currículum suena muy impresionante, pero me ha impresionado mucho más lo directa que ha sido. ¿Cómo oyó hablar de Beau Lac, nuestro internado?

—Pues… —mintió Kellie— estos días los periódicos dedican páginas y páginas a ese cuento de hadas moderno que es el matrimonio del príncipe Raoul con una joven estadounidense, y en algún artículo mencionaban que había estudiado aquí. Creo que incluso enseñó aquí un tiempo… El caso es que me llamó la atención.

La mujer la miró un buen rato con cierta suspicacia.

—Lo pensaré y le daré una respuesta. Antes de marcharse, pase a la sala que hay junto a mi despacho. Mi secretaria le facilitará un impreso para que lo rellene. Asegúrese de dejar un número de contacto.

—Mañana por la mañana iré a Lausanne para otras entrevistas, ¿le importaría que la llame desde allí, digamos por la tarde, a la hora del té?

—Por mí no hay inconveniente.

Aquella noche tendría lugar una cena especial y Kellie había comenzado a prepararla, cuando escuchó a la secretaria de la directora llamarla desde la puerta de la cocina.

—La señora Simoness me manda decirle que un tal señor Dufort la está esperando en el saloncito.

El cuchillo resbaló de su mano. «¿Honore?» Su madre le había prometido que no revelaría a nadie su paradero y, si el abogado de Philippe había ido allí en persona, eso solo podía significar una cosa… Empezó a temblar por dentro sin poder controlarse.

—Gracias, Francoise. Iré enseguida.

La otra cocinera, que estaba repartiendo el preparado del *soufflé* de espinacas en cuencos de barro individuales, la miró.

—Tómate el tiempo que haga falta, Kellie, yo terminaré de hacer el pescado.

—Gracias, Lucie, eres un ángel.

Kellie se quitó el delantal, se lavó las manos un par de veces y corrió por toda la mansión olvidándose de su estado. Al llegar a la puerta del saloncito, giró el pomo con mano temblorosa.

—¡Honore! —exclamó al verlo—. ¿Es Philippe? ¿Le ha ocurrido algo?

—Kellie… —dijo el abogado yendo a su lado y abrazándola. Era un hombre de aspecto noble y pelo entrecano—. No, cálmate, si le hubiera pasado algo a tu marido, tu madre te lo habría dicho antes de presentarme yo aquí —le aseguró besándola en ambas mejillas —. Pero Philippe sí necesita tu ayuda, si es que estás dispuesta a prestársela…

Aliviada tras la honda preocupación de los minutos anteriores, otras emociones la sacudieron.

—¡Pero si ya no soy su esposa! —gimió llena de aflicción—. Y él ya no quiere que sea parte de su vida en ningún sentido, Honore, tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste, Kellie —la interrumpió el abogado—. Corre a recoger tus cosas. En cuanto estés lista partiremos para Neuchâtel. No hay tiempo que perder.

—Pero mi trabajo…

—La directora ya ha dado su permiso —intervino Honore—, comprende que esto es una emergencia.

Honore era capaz de mover montañas.

—Dime solo una cosa, Honore. ¿Te pidió Philippe que vinieras a buscarme?

—No, todo esto ha sido idea mía.

Kellie sintió que se le encogía el corazón. Claro, ¿por qué iba a querer verla?

—Él pensará que me valí de ti para volver a verlo. Yo… no puedo ir contigo.

—Pensé que habías aprendido algo tras tu primera huida —le espetó Honore.

Había pronunciado aquellas palabras en un tono suave, pero no por ello dejó de sentir Kellie el aguijón que las acompañaba.

—Por favor, ten un poco de fe en mí —insistió Honore—. Te lo explicaré todo a su debido tiempo.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Está bien —capituló—, dame unos minutos y espérame en el coche.

Una hora más tarde llegaban a la oficina de Philippe. Honore se había puesto en contacto con Marcel para asegurarse de que su jefe estaría solo cuando llegaran. Kellie no podía dejar de preguntarse qué estaría tramando Honore. Si había aceptado confiar en él, había sido únicamente porque le constaba que sentía un gran aprecio por su esposo.

—No te preocupes por nada —le dijo el abogado—, déjame a mí este asunto. Vamos, entremos.

La emoción de ver a Philippe de nuevo se vio menguada por el pensamiento de que, nada más verla, le diría que se marchara por donde había llegado.

Cuando Marcel vio a Kellie entrar con Honore, dio un respingo, pero rápidamente se puso de pie para besarla en ambas mejillas.

—Me alegra volver a verte —le dijo. Miró a Honore—. ¿Quieres que le diga que estáis aquí?

—No te preocupes, nosotros mismos nos anunciaremos. Vete a casa, Marcel.

—Bien, buenas noches entonces.

Honore dio unos golpes con los nudillos en la puerta del despacho de Philippe. A Kellie le pareció que el corazón se le había subido a la garganta.

—Adelante.

Cuando entraron, Philippe estaba sentado de lado en su escritorio, estudiando algo en la pantalla del ordenador. No subió la vista de inmediato, y ello dio a Kellie un momento para observarlo, embelesada. Por bien que conociera sus facciones, nunca dejaría de sorprenderla lo apuesto que era.

Ese día llevaba el traje de seda gris que ella le había regalado por su cumpleaños.

Se acomodaron en las sillas que había frente a la mesa de Philippe. Este se había cortado el pelo y no parecía que estuviera más delgado, pero tampoco que hubiera recuperado el peso que había perdido.

—Un momento, Marcel.

—Tómate tu tiempo —le dijo Honore.

Philippe giró la cabeza y, al verla, sus penetrantes ojos oscuros se fundieron con los de ella en una mirada de estupefacción.

—*Mon Dieu!* ¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió más

sorprendido que enfadado.

—Kellie ha venido aquí a petición mía. Le he explicado que estás luchando por obtener la custodia de Jean Luc. Lo único que no le he dicho aún es que la prueba del ADN ha demostrado que el doctor Bruchard, el veterinario, es el padre del niño.

—¿Cómo? —balbució Kellie sintiendo que las fuerzas la abandonaban.

Philippe parecía estar luchando por apartar los ojos de ella para mirar a Honore.

—Ya hemos discutido esto —dijo Philippe—. Es casi un imposible, aunque aún tuviera esposa.

—Preveía que habría una batalla legal por la custodia —dijo Honore mirándolo fijamente a los ojos—, así que no llegué a presentar en el juzgado los papeles que firmasteis.

Kellie gimió y apartó la vista de Philippe, temiendo ver el disgusto en sus ojos. De pronto, él se puso de pie y rodeó el escritorio. Ya no cojeaba, y a Kellie le recordó al Philippe de los viejos tiempos, con total control sobre su vida. Sus ojos entrecerrados pasaron de Honore a ella.

—¿Estarías dispuesta a tomar parte en un juicio que aparecerá en todos los periódicos, del que probablemente no saldrá nada, excepto críticas y habladurías?

—Por supuesto —exclamó ella sin alzar la voz. ¿Es que no comprendía que aquella era la segunda oportunidad que le había estado suplicando?—. Sé lo mucho que quieres a ese bebé. Aunque perdieras el juicio, quiero que tengas la conciencia tranquila por haber hecho todo lo que estaba en tu mano.

Philippe parecía hallarse atrapado por una emoción que ella no sabría definir. Kellie vio cómo su pecho subía y bajaba apresuradamente mientras ella apenas podía respirar. Solo unas horas antes estaba a kilómetros de allí limpiando pescado y de pronto…

—Bien —dijo Honore dando unas palmadas en el brazo a Philippe—, os dejo. Yo he de tomar un avión. Mañana tengo una cita muy temprano. Estaremos en contacto, y no os preocupéis, procuraré que se fije la fecha del juicio lo antes posible.

Honore besó a Kellie en la mejilla y se marchó.

Los ojos de Philippe la estudiaron un momento que pareció eterno. Estaba tan cerca de él que Kellie sentía el calor de su cuerpo y no podía dejar de temblar por dentro.

—Te llevaré al apartamento, debes estar cansada después del vuelo.

No lo estaba. Volver a estar con él le había devuelto a la vida. Lo duro sería decidir hasta qué punto podía revelarle la verdad.

—No he venido en avión, Philippe.

—¿No estabas en Washington cuando Honore te telefoneó? —inquirió él frunciendo las oscuras cejas.

—No —dijo Kellie sintiendo cómo se aceleraban los latidos de su corazón—. Cuando te dejé decidí quedarme en Suiza.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—No con los Mertier —se apresuró a aclarar ella antes de que pudiera acusarla de utilizar a sus amigos.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, entonces?

—He estado trabajando como cocinera en el internado Beau Lac, en Nyon.

Su marido no movió ni un músculo. Lo había dejado estupefacto de nuevo.

—Y por si estuvieras pensando mal de mí, no di ni el nombre de Lee ni el tuyo para conseguir el empleo. Me presenté como Kellie Madsen, divorciada, y confié en que mi experiencia hablara por sí sola.

Se sostuvieron la mirada largo rato.

—¿Estás viviendo allí? —preguntó él en tono irritado.

—Sí. Precisamente estaba preparando la cena cuando llegó Honore. Obviamente había llamado a mi madre, y ella le dijo dónde estaba. Incluso consiguió que la directora me concediera un permiso para venir.

Un fulgor brilló en los ojos oscuros de su marido.

—¿No estarás mintiéndome, verdad?

—Huele mis manos si quieres, el olor del pescado no se va fácilmente —dijo levantando las palmas.

Philippe le agarró la muñeca y la olisqueó. Kellie vio cómo se quedaba mirando su dedo anular antes de soltarle la mano. ¡Qué no daría ella por volver a ponerse el anillo de casada!

—¿Por qué, Kellie? —murmuró, incrédulo.

—Porque ya no sentía que Washington fuera mi hogar —mintió ella—. Adoro Suiza, y pensé que siempre podría buscar otra ciudad donde no tuviéramos que encontrarnos —trató de tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta—. ¿Estás muy enfadado?

—*¡Mon Dieu,* vaya una pregunta!

—Yo no quería que lo supieras —dijo Kellie rehuyendo su mirada—. Lucie, la otra cocinera, me está enseñando cocina suiza. Me será muy útil para ampliar mi currículum. Las chicas son estupendas y mi francés mejora día a día. Pero es solo un trabajo temporal, tengo planeado dejarlo cuando acabe el curso escolar. Claro que, si Nyon es demasiado cerca para ti, buscaré otro empleo más lejos.

Philippe la observaba con los brazos en jarras.

—Si queremos parecer una pareja creíble en el juicio, no tendrás tiempo de trabajar.

—¿Te ha permitido Analise tener contigo a Jean Luc todo este tiempo?

Philippe parecía estar concentrado en sus labios. Por primera vez desde que volviera de Washington, sintió que la miraba a ella, no a través de ella.

—No, en el hospital me dijo que se había puesto en contacto con el hombre que había estado saliendo con Yvette antes de su viaje a Chamonix. Cuando le preguntó si pensaba que podía ser el padre, él le dijo que sí, y le pidió que le dejara ver al bebé. Analise no esperaba esa respuesta. La visitó, vio al bebé y se hizo la prueba de paternidad. Sin embargo, después de eso, ella pensó que sería mejor que ninguno de los dos viéramos al niño hasta que supiéramos los resultados de las pruebas.

—Lo siento muchísimo, Philippe. No debió ser fácil para ti.

—No lo fue, pero ahora las cosas están peor, porque se ha demostrado que el niño es de él y quiere su custodia.

—¿Qué opina Analise, le parece sincero su interés por el pequeño?

—No sabe qué pensar. No está casado y su carrera profesional no ha hecho más que comenzar, pero es el padre biológico de Jean Luc. No creo que yo tenga ninguna posibilidad.

—Mientras haya una posibilidad, por pequeña que sea, debemos aprovecharla —dijo ella, tan resuelta que su voz resonó en la habitación.

—En ese caso, tendrás que dejar tu trabajo.

—¿Cuándo quieres que se lo comunique a la señora Simoness?

—Esta noche.

Kellie detestaba la idea de disgustar a la directora, pero su esposo necesitaba su ayuda. Era su última oportunidad de salvar su matrimonio.

—Dile que vamos a buscar una casa este fin de semana.

—¿Es eso es cierto? —preguntó Kellie. ¿Estaría soñando?

—El tribunal enviará a un asistente social para ver qué clase de hogar podríamos ofrecer a Jean Luc. Y el apartamento de la empresa no es un lugar adecuado para que crezca un niño. Espero encontrar una vivienda unifamiliar con un alojamiento independiente para cuando contrate una niñera.

«Una niñera…» Kellie se apartó de él, desolada. «Sigue pensando igual…»

Capítulo 7

La amarga ira y el desprecio con que Philippe la había obsequiado anteriormente habían desaparecido. Parte del antiguo Philippe había resurgido. La trataba con respeto y cortesía, como lo haría con un conocido o un cliente al que estaba mostrando la sala donde se exponían los vehículos de la fábrica. Sin embargo, era como si bajo la superficie no albergara emoción alguna.

Tras dos días viendo casa tras casa con él, Kellie se dijo que casi prefería al Philippe irascible, porque al menos aquello demostraba que tenía sentimientos.

Mientras iban en el coche, dirigiéndose a otra casa que iba a mostrarles el agente inmobiliario, le lanzó una mirada furtiva por el rabillo del ojo. Aparentemente estaba muy relajado y, viéndolo subir y bajar las escaleras, o entrar y salir del coche, nadie diría que había sufrido una lesión en la rodilla. Para su disgusto, la sorprendió mirándolo.

—¿Qué te ha parecido la última casa? —quiso saber él.

Kellie se preguntó cuál sería su reacción si le dijera que cualquiera de las más de veinte casas que habían visto le parecería una buena elección. Después de todo, ¿qué le importaba su opinión? Debía estar contando los días para poder contratar a una niñera y deshacerse de ella. Ya no la necesitaba.

—Era preciosa, todas las que hemos visto lo eran. Si a ti te ha gustado alguna en particular, yo no tengo nada que objetar —respondió al fin. No quería sentirse en modo alguno ligada a la casa que comprara.

Si perdían el juicio, él la echaría de su lado mucho antes, pues ya no haría falta buscar una niñera. De cualquier forma, Kellie esperaba que la dejara ir antes de que su embarazo empezara a evidenciarse. La ropa ya le quedaba algo más ajustada alrededor de la cintura, pero esperaba que no se le notase hasta pasados dos meses más.

Al menos era un alivio no tener náuseas por las mañanas. Estaba un poco más cansada de lo normal, pero por lo demás se encontraba

perfectamente, y había conseguido poner a raya su descontrol alimentario.

Si se ponía ropa más amplia, Philippe no notaría diferencia alguna. De hecho, se dijo recordando que apenas la miraba, para eso tendrían que tener algún tipo de contacto físico. Y, desde que le mandara aquellos odiosos papeles del divorcio, su deseo por ella se había esfumado.

—Después de ver esta casa, pararemos a cenar en algún sitio y tomaremos una decisión al respecto.

Kellie observó que Philippe tomaba la carretera del lago. Unos minutos después, pasaban por delante del fabuloso castillo D'Arillac. Le habría encantado haber parado a verlos, pero eso no iba a suceder. Philippe no había vuelto a mencionarlo, pero ella sabía que seguía enfadado por haberse «servido» de los Mertier para acercarse a él. No la perdonaría nunca.

Philippe paró el coche. Habían llegado. El agente inmobiliario ya estaba allí esperándolos.

Ante sus ojos apareció una encantadora villa del siglo XIX oculta entre castaños. Kellie no pudo reprimir una exclamación de deleite.

—Al fin una reacción… —murmuró Philippe saliendo del coche y abriéndole la puerta.

—Es preciosa, parece que hubieran traído aquí un pedazo del valle del Loira.

El agente miró su reloj.

—Tengo que hacer algunas llamadas —les dijo—. ¿Por qué no echan un vistazo a los terrenos? Estaré aquí si quieren ver el interior de la casa.

Kellie se alegró de que los dejara a su aire por un rato. De pronto ella se detuvo, maravillada.

—¡Fíjate! ¡Hay una torre al fondo! Ya me imagino a Jean Luc y sus amigos jugando en ella a los caballeros medievales…

Una leve sonrisa se asomó a los labios de Philippe. Aquella reacción evidenciaba cómo se había encariñado con el pequeño… Hasta el punto de pensar en él como su propio hijo. «Si quieres de ese modo a Jean Luc, cariño, espera a que nazca nuestro bebé…»

—Sigamos andando, ¿quieres?

Kellie asintió. No hacía falta que lo sugiriera, estaba deseando explorar todo el lugar. Había vastas extensiones de césped, pero la mayor parte del terreno estaba cubierta por arbolado. Entre las ramas, divisó un embarcadero; allí amarraría Philippe su yate.

En la parte trasera los aguardaba otra sorpresa. Había una parcela de tierra que debió haber sido jardín, junto a la cuál se levantaba un invernadero. El aspecto asilvestrado de la vegetación indicaba que el lugar llevaba años descuidado, pero no era difícil imaginar lo hermoso que debía haber sido en todo su esplendor.

Tomaron un camino de grava que salía del invernadero y lo siguieron hasta llegar al lugar donde habían aparcado el coche. Entre los árboles, casi oculto, había un garaje.

—¿Quieres que entremos a ver la casa? —inquirió Philippe en voz baja llevándola aparte.

—Si tú quieres… —susurró ella tratando de no mostrar su entusiasmo.

Él asintió con la cabeza al agente, que les abrió la puerta delantera. El vestíbulo era enorme, con una elegante escalera de caracol. Subieron al segundo piso. Había cinco dormitorios, cada uno con su cuarto de baño.

El piso de abajo se componía de un salón, una salita, otra habitación que podía haberse empleado como biblioteca o sala de música, la cocina, un baño, una despensa y una bodega.

Kellie estaba encantada. Había muchas ventanas y cada rincón estaba bañado por luz natural.

—Es magnífica —comentó Philippe—; grande sin resultar excesiva. Y la torre es una vivienda en sí misma.

La angustia invadió a Kellie al pensar que él estaría dispuesto a comprarla solo por ese último detalle: la vivienda separada de la niñera…

Cuando volvieron con el agente, casi podía ver el símbolo del dólar en sus ojos. Sin duda aquella propiedad debía llevar mucho tiempo a la venta, y haría falta una fortuna para arreglarla. Solo alguien con el poder adquisitivo de Philippe podía permitirse comprar una casa así, y el agente lo sabía. Pero Kellie no iba a permitir aquel robo, aunque fuera lo último que hiciese.

—Es encantadora, pero está muy descuidada, y sería necesario hacer muchas reparaciones —el exterior más que el interior, se dijo —. Muchas gracias por su tiempo, señor Penot —se volvió hacia Philippe—. Te espero en el coche.

Salió de la casa y, al poco, los dos hombres la siguieron. Kellie estaba sentada en el coche cuando oyó a su marido despedirse del agente. Después entró en el vehículo, pero no arrancó.

—Sé que la casa te encantó en cuanto la viste. ¿A qué ha venido

eso?

—No quería que el agente pensara que la prefería a las otras, por temor a que quisiera cobrarte por ella un precio aún más exorbitante.

Él la miró divertido. Hacía tanto que no le veía una expresión semejante que Kellie se preguntó si no necesitaría gafas.

—Te agradezco que te preocupes tanto por mis intereses, pero a mí el sitio me ha gustado muchísimo y estoy decidido. Ya no buscaremos más. Pero has hecho bien. No daré una respuesta al señor Penot hasta mañana. Entonces le haré una oferta y, si tus artimañas han funcionado, creo que la aceptará sin regatear —concluyó poniendo el motor en marcha—. ¿Dónde te gustaría cenar?

Hacía semanas que no eran un matrimonio enamorado. No podía soportar la idea de salir a cenar con él y tener que fingir que eran felices. No cuando él parecía dispuesto a aprovechar la primera oportunidad que se presentase de echarla de su vida.

—¿Por qué no llamas a uno de tus amigos y cenáis juntos mientras yo regreso a Nyon? La directora ha estado muy comprensiva por teléfono, pero me gustaría ir a despedirme como es debido, y a recoger mis cosas.

La sonrisa se borró del rostro de Philippe.

—Había pensado llevarte allí otro día y darle las gracias personalmente por haberte permitido venir. Pero, si tantos deseos tienes de verla, podemos ir juntos ahora.

De camino, pararon junto a un supermercado y Philippe salió cargado con empanada de carne, una *baguette,* queso, chocolate y zumo de uva, el preferido de Kellie. Era casi como en los viejos tiempos, en que iban de picnic a la campiña suiza. Casi, porque él ya no la amaba. Ya no volvería a darle de comer mientras él conducía ni él la haría reír a ella, pensó Kellie con los ojos brillantes y llenos de amor, haciendo que le mordía los dedos. Ya no habría más besos robados, ni se susurrarían tiernas palabras. No recobrarían la intimidad que habían compartido ni él peinaría sus cabellos. Aquellos días no volverían. ¡Qué tonta había sido al rechazar su invitación a cenar!

Llegaron a Beau Lac en un tiempo récord. Philippe estuvo charlando con la directora mientras ella recogía sus cosas y, unos momentos más tarde, Kellie se unió a ellos. La mujer le dio un afectuoso abrazo de despedida. Con la promesa de que seguirían en

contacto, Kellie siguió a su marido al coche.

—¿Te gustaría saber qué me ha dicho de ti? —preguntó cuando salían del recinto—. Me ha contado que han pasado por él docenas de excelentes cocineras, pero ninguna que preparara comidas como las tuyas ni que se llevara tan bien con las alumnas.

—¡Qué amable! Pero me temo que exageraba —respondió ella. Las mejillas le ardían por el inesperado cumplido.

—Al contrario —replicó Philippe lanzándole una mirada penetrante e inescrutable—. No quería que te marcharas. Quería ofrecerte el salario que pagarían a un *chef* de prestigio internacional para que reconsideraras tu marcha.

—Vaya, me siento halagada… —musitó ella. La señora Simoness era la bondad personificada. Estaba enterada de su situación, y aquella era su manera de hacerle saber que tendría un puesto asegurado cuando hubiera nacido el bebé. ¡Si Beau Lac estuviera en Neuchâtel…! De buen grado aceptaría volver a trabajar allí, pero la felicidad del bebé estaba por encima de cualquier otra consideración. No podía permitir que Philippe hiciera una hora de viaje para ver a su hijo cada día.

—Si te digo lo que dijo —aclaró Philippe—, es únicamente porque considero que es lo justo. Debes ser consciente de que es muy probable que perdamos la demanda por la custodia de Jean Luc. Y como me dijiste que tenías intención de quedarte en Suiza, me ha parecido que no deberías dejar pasar una oportunidad como esta. Beau Lac es el colegio privado con mayor prestigio del país.

Al oír estas palabras, el corazón de Kellie dio un vuelco. ¿Tan deseoso estaba de alejarla de sí que ya daba por perdido el juicio? Y sin embargo…, si iba a comprar una casa en la que criar a Jean Luc, ¿no quería decir eso que esperaba ganarlo?

—Yo… estoy de acuerdo en que es una oferta muy generosa —le dijo—, pero estoy resuelta a ayudarte. Ya encontraré otra cosa que me guste cuando llegue el momento.

—Creo que es mejor que lo pienses.

—¡No necesito hacerlo! —le replicó Kellie, destrozada al ver cómo quería alejarla de él a toda costa.

—Bueno, veo que lo tienes decidido —respondió él con un tono despreocupado.

—Sí, lo tengo decidido —insistió ella, deseosa de no volver sobre el tema.

—Claro, porque… preferirías dirigir tu propio restaurante, ¿no

es eso?

—Bueno, sí… Algún día… —respondió ella. «Algún día, porque con un bebé en camino, ese sueño no se realizará en un futuro cercano… Quizá nunca.»

El resto del viaje lo hicieron en silencio. Philippe parecía tan absorto en sus pensamientos como ella. Al llegar, Kellie se fue directamente a la habitación de invitados y se preparó para acostarse. Después de lavarse los dientes, fue a buscar las vitaminas prenatales que le había recetado el doctor Cutler. Había escondido el frasco dentro de unas medias de satén dobladas, para que Philippe no lo viera.

Para su consternación, descubrió que solo quedaban cinco pastillas. Tendría que ver a un ginecólogo para que le extendiese otra receta lo más pronto posible. Tal vez Lee pudiera recomendarle uno bueno. La llamaría cuando Philippe se hubiera marchado por la mañana a trabajar. Con el deseo en su corazón de que Lee pudiera ir a verla, apagó la luz y se metió bajo las mantas. Pero, justo cuando acababa de cerrar los ojos, oyó unos golpes en la puerta.

—¿Kellie?

Su corazón se desbocó al instante.

—Es… estoy despierta, p… pasa.

Al abrir él la puerta, su silueta apareció recortada por la luz del pasillo.

—Acabo de hablar con Marcel por teléfono para decirle que voy a tomarme dos semanas para reformar la casa. He pensado que mañana por la mañana llamaré al señor Penot para cerrar la venta y, cuando me dé las llaves, pasaremos el día allí. Tendremos que hacer una lista de las cosas que hay que arreglar con más urgencia.

Un día entero con Philippe en su futuro hogar… No importaba que fuera solo un día, aquella perspectiva la llenó de emoción. Tendría que posponer un poco su llamada a Lee, pero aun así no debía olvidar llamarla para preguntarle por el ginecólogo.

—¿Quieres que prepare algo de comida para llevarnos?

—No, ya compraremos algo por el camino. Llevaré el yate al embarcadero, así sabremos si necesita alguna reparación. Y, cuando tengamos hambre, podemos comer en el lago. Creo que mañana todavía tendremos buen tiempo.

—Eso suena maravilloso —asintió Kellie con voz temblorosa.

—Querría que saliésemos temprano —le dijo Philippe—. ¿Crees que estarás lista a las ocho?

—Claro.

Le pareció verlo vacilar.

—Kellie, tengo la intención de compensarte por el sacrificio que estás haciendo por Jean Luc.

—No supone ningún sacrificio para mí, Philippe —respondió. «¡No quiero ninguna compensación! ¡Solo quiero que vuelvas a ser mi marido! Nada me gustaría más que ser la madre de ese precioso bebé…»

Philippe estaba a contraluz, así que no pudo ver la expresión en su rostro.

—No olvides que las probabilidades de que el juez falle a mi favor son mínimas.

—Bueno, siempre puede ocurrir un milagro…

—Ya veremos —susurró él—. Buenas noches.

Philippe cerró la puerta y la dejó en la oscuridad.

A la mañana siguiente, la alarma del despertador sonó a las siete. Se sorprendió de lo bien que había dormido. Tras desperezarse, se dio una ducha y se puso unos vaqueros que había comprado en Nyon, de una talla mayor para que le quedasen holgados. Encima se echó una amplia sudadera azul marino y se calzó unas zapatillas de deporte. Así estaría más cómoda.

Cuando Philippe entró en la cocina vestido también de manera informal, Kellie ya tenía listo el desayuno sobre la encimera. Su marido alcanzó un *brioche* caliente y se lo tomó en dos bocados.

—Bueno —la informó con un matiz de satisfacción en su voz y una sonrisa—, la casa ya está a nombre de los Didier.

—¿Cuánto te ha costado?

—Digamos que no puedo quejarme —tenía un extraño brillo en los ojos—. He quedado con el agente allí dentro de media hora para que nos entregue las llaves.

—Entonces será mejor que nos demos prisa.

Kellie echó yogurt sobre los cereales con rodajas de plátano en su cuenco, y Philippe se puso una taza de café.

—¿Te sirvo?

—No, gracias —la cafeína no era buena para el bebé—. Cuando hice los menús para las chicas del internado les dije que, a partir de ese momento, iban a comer sano. Nada de vino ni de estimulantes. Y aquello implicaba que yo tenía que dar ejemplo. Y, después de tres semanas de abstinencia, he perdido el hábito de tomar café, té y vino. Pero me encuentro tan bien, que estoy pensando en

suprimirlos de forma definitiva de mi dieta.

Cuando llegaron a la casa, el señor Penot los estaba esperando con una sonrisa en el rostro.

—Los felicito por la magnífica compra que han hecho. Espero que sean muy felices aquí.

Kellie se temía que para eso haría falta un milagro.

—Tenga, en este sobre van las llaves —dijo entregándoselas—. Las he etiquetado todas Si tienen algún problema, no duden en llamarme.

Como Kellie se había temido, cuando el agente se hubo marchado, no había ni rastro en el apuesto rostro de su marido de la sonrisa con que antes la había obsequiado.

—Como ayer no vimos la torre, si te parece, empezaremos por allí.

Esforzándose por no dejar que su actitud la hiriese, Kellie lo acompañó, atravesando la vasta extensión de césped. Cuando llegaron a la torre, ella rebuscó entre el manojo de llaves hasta encontrar la correcta. La metió en la cerradura y, tras varias vueltas, descorrió el cerrojo. Philippe empujó la puerta. Al entrar, contemplaron una habitación circular con suelo de losas, una chimenea y un cuarto de baño. Había una ventana rectangular con asiento, que se asomaba a los bosques colindantes y llenaba la sala de luz.

Fascinada, Kellie subió los amarillentos escalones de piedra, cuyo borde estaba redondeado por el uso. El piso superior era idéntico, solo que no tenía chimenea ni baño. Fue hasta la ventana y la abrió de par en par. Desde allí podía ver, más allá de los árboles, el lago, resplandeciente como una joya. Grupos de chalets salpicaban el verde paisaje. Ser niño en esa casa debía ser como vivir en un país de fantasía.

—¿Qué opinas? —inquirió la profunda voz de Philippe a su lado.

Su proximidad la hizo temblar. Cerró la ventana.

—Creo que la niñera estará encantada, no querrá salir de la torre. Ahora solo hay que decidir qué habitación de la casa será la del bebé —respondió, y bajó las escaleras casi corriendo.

Cuando salió de la torre, buscó la llave de la puerta principal de la casa.

Philippe la alcanzó cuando ya estaba en la entrada. Rehuyendo su mirada, Kellie metió la llave en la cerradura. La puerta se abrió.

Los suelos eran de parqué color miel, con un diseño en mosaico del siglo XIX. Una vez más, la impresionó el aspecto irreal que la luz otorgaba a todo.

Sin esperar a su marido, subió al piso de arriba. Frente al rellano, en lo alto de las escaleras, una puerta de doble hoja daba acceso al dormitorio principal, que también disponía de chimenea. Lo flanqueaban cuatro habitaciones, dos a cada lado. Todas las paredes estaban cubiertas con papel estampado del siglo XIX, ajado y descolorido.

Kellie entró en la primera habitación a mano derecha.

—Podrías poner a Jean Luc en esta habitación, pero debería haber una puerta que la conectara con el dormitorio principal.

—Eso no supondrá ningún problema —convino él—. ¿Has pensado en la decoración?

—Si pintamos las paredes en un tono color hueso y ponemos una moqueta a juego con las molduras, podríamos comprar mobiliario infantil para completarlo.

—Bien pensado. Vamos a ver qué arreglos hay que hacer en la cocina.

Kellie no quería cambiarla ni un ápice. Le encantaba tal y como estaba, y así se lo dijo tras echar un vistazo a los electrodomésticos y los armarios.

—Tú eres la experta —murmuró él.

—En esto puede, pero no tengo la menor idea de por dónde empezar con el exterior.

—Eso es fácil. Contrataré a unos jardineros para que devuelvan al lugar el diseño paisajístico original.

Kellie salió de la casa y caminó hasta las puertas de cristal del invernadero. Le recordaba al Malmaison, en las afueras de París, otro lugar donde Philippe la había llevado. Estaban entonces tan enamorados el uno en el otro, que apenas habían apreciado la belleza de las plantas exóticas que la emperatriz Josefina había cultivado allí.

Kellie apretó la frente contra el cristal. Los recuerdos la estaban haciendo sentirse sofocada. Había pensado que podría hacer aquello, que podría ayudar a Philippe, pero cada minuto que pasaba con él solo hacía que su corazón se rompiese más y más.

—Es casi la hora del almuerzo. ¿Quieres venir conmigo a comprar la comida?

—Si no te importa —respondió sin mirarle—, prefiero quedarme

y explorar un poco más.

Hubo un breve silencio.

—Como quieras. Comeremos en el yate. Espérame en el embarcadero dentro de una media hora.

Con la casa a su entera disposición, Kellie se entretuvo imaginando a su propio hijo, o hija, correteando por las habitaciones y jugando en las escaleras.

—¿Kellie? ¿Estás ahí?

Era una voz de mujer.

—¡Lee!, ¿eres tú?

—¡Sí!

Kellie fue corriendo hasta el recibidor.

—¡No puedo creerlo! Iba a llamarte hoy —le dijo, y se abrazaron emocionadas.

—No te imaginas cuántas veces nos hemos preguntado Raoul y yo qué estaría pasando, pero no hemos querido intervenir.

—¿Es que Philippe ni siquiera ha intentado ponerse en contacto con él?

—No, tu marido no ha llamado en todo este tiempo a ninguno de sus amigos.

—Pero entonces… ¿cómo has sabido que estaba aquí?

—Raoul iba de camino a la ciudad, se cruzó con Philippe en la carretera del lago… Y una cosa llevó a la otra. Mi esposo me llamó para decirme que estabas aquí. Vamos a almorzar con vosotros en el yate. Espero que no te importe —sus ojos violeta buscaron la aprobación en los de Kellie.

—¡Oh, Lee! ¿Cómo va a importarme? ¡Eso significa que podemos volver a ser amigas! —exclamó abrazándola de nuevo.

—¡Pues claro que sí! —asintió Lee.

—He querido llamarte, pero Philippe está todavía tan enfadado por la estratagema del chalet que tenía miedo de contactar contigo.

—Espera, antes de que me lo cuentes todo con detalle, dime una cosa…

—No, todavía no lo sabe —respondió Kellie adivinando lo que le iba a preguntar—. Solo estoy aquí para ayudarlo a conseguir la custodia de Jean Luc. Si gana el juicio, quiere contratar a una niñera interna para poder prescindir de mí; y si pierde, naturalmente, tendré que marcharme.

Lee se quedó mirándola fijamente.

—Bueno, lo importante es que sigues aquí. Que tolere tenerte a

su lado, después del estado emocional en quedó cuando lo abandonaste, debe significar algo.

—Ojalá sea cierto lo que dices —sollozó Kellie—. Lee…, ¿podrías ayudarme a encontrar un buen ginecólogo aquí en Neuchâtel?

—Puedes ir al mío —le dijo. Había un brillo en sus ojos que la delató.

—¡No me digas que estás embarazada!

—¡Sí!

Kellie la abrazó de nuevo.

—¿Lo sabe ya Raoul?

—No, me enteré ayer por la tarde y él estaba en Ginebra, así que se lo diré esta noche.

—Vas a hacer a Raoul el hombre más feliz del mundo. ¿Para cuándo lo esperas?

—Junio.

—Entonces nuestros hijos solo se llevarán un mes.

—Kellie… —le dijo Lee sacando la tarjeta de su ginecólogo del monedero—. ¿A qué esperas para decírselo a Philippe?

—Está pendiente del juicio, y no quiero darle más preocupaciones de las que ya tiene. No te imaginas cómo se ha estado comportando conmigo.

Aliviada de poder tener allí a su amiga, Kellie le contó todas sus penalidades desde el principio. Cuando terminó su relato, Lee sacudió la cabeza.

—La señora Simoness es una persona excelente, siempre dispuesta a ayudar a quienes están en apuros, pero, ¿por qué no me llamaste? Podías haberte quedado con nosotros.

—Oh, no, no podía. Philippe nunca me lo hubiera perdonado.

—Pues ahora no pienso permitir que nos separe. ¡Si supieras lo mucho que Raoul ha echado de menos a Philippe!

—Yo también os he echado mucho de menos —murmuró Kellie con los ojos llenos de lágrimas.

Mientras se los secaba con el dorso de la mano, escucharon la sirena del yate. Lee volvió su cabeza rubio platino hacia Kellie.

—Ya han atracado en el embarcadero. Estamos todos juntos, Kellie, no me negarás que es un buen augurio.

Capítulo 8

Kellie no era una persona que creyera en augurios. Sin embargo, daba gracias al cielo por que Philippe hubiera vuelto a dejar entrar a los Mertier en su vida. No podía engañarla. No había comprado aquella casa tan cerca de la de Raoul por casualidad.

A medida que pasaban los días, la casa iba pareciendo más un hogar. Una tarde, Kellie estaba fijando un móvil musical a la cuna del bebé cuando apareció Philippe en la puerta del dormitorio. Tenía una expresión seria y pensativa que no le había visto desde hacía tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos una visita abajo, la señora Froneau, la asistente social del juzgado.

Bien, había llegado el momento de ayudarlo, para eso estaba allí.

—Pues ha sido una suerte que ya tengamos la casa lista. Tenemos luz, teléfono, agua caliente…

De forma instintiva, le tomó la mano y la apretó con fuerza mientras bajaban las escaleras. La mujer, de mediana edad, se mostraba correcta, pero guardaba las distancias. Se sentaron en el salón y les hizo algunas preguntas de carácter general. Después les pidió que le enseñaran el cuarto donde dormiría el bebé, y la llevaron arriba para mostrárselo. Cuando volvieron abajo, les habló con franqueza:

—Según la información de que dispongo, creo que llevan menos de cuatro meses casados.

—Así es —murmuró Philippe.

—Pero no han estado juntos todo el tiempo…

—No —musitó Kellie rehuyendo su mirada.

—No pretendo juzgarlos, señora Didier. Es el juez quien ha de decidir. Simplemente, el bebé debe tener una persona que vele por sus intereses, y mi trabajo es averiguar cuál sería el entorno más adecuado para él. ¿Trabaja usted?

—No, ahora no.

—¿A qué se dedicaba?

—Soy *chef*.

—¿Piensa usted volver a trabajar si obtuvieran la custodia?

—No.

—¿Por qué no? Muchas mujeres compaginan sus deberes de amas de casa con su carrera profesional.

—Es cierto, pero yo creo que los tres primeros años en la vida de un niño son cruciales en su desarrollo, y no querría que otra persona criara a mi bebé.

—Así que, pasados esos tres años, ¿se reincorporaría al mercado laboral?

—No, creo que no volveré a trabajar hasta que todos nuestros hijos tengan la edad suficiente.

—Entonces, ¿planean tener más hijos?

—Sí —respondió Kellie. Si quería ayudar a Philippe, no tenía más remedio que decir todo lo posible en su favor. Además, no estaba mintiendo, ampliarían la familia en solo seis meses…

—¿Tiene alguna experiencia con niños? —preguntó. Kellie negó con la cabeza—. ¿Qué le hace pensar que está preparada para cuidar de uno?

—No creo que nadie esté preparado de antemano. Imagino que se aprende a ser madre siéndolo.

Sintió la mano de Philippe posarse en su nuca y acariciarla. Si había fingido aquella muestra de afecto para dar la impresión de un esposo amante, lo había hecho con mucha naturalidad.

—Imagino que, con sus posibilidades económicas, contratarán una niñera…

El corazón de Kellie empezó a latir tan fuerte que le pareció que fuera a salírsele del pecho. Rogó por que Philippe, que estaba acariciándole la espalda, no lo notara.

—Si tuviéramos la suerte de obtener la custodia de Jean Luc, estábamos pensando en invitar a su abuela a vivir con nosotros. Tendría su vivienda independiente en la torre —respondió Philippe.

«¿Analise va a ser la niñera?»

—¿La señora Boiteux ha accedido? —inquirió la mujer frunciendo el entrecejo.

—No, aún no se lo hemos propuesto.

—¿Ni siquiera se lo han sugerido?

—Mi esposo jamás recurriría al soborno para ganársela. Ni a ella ni al tribunal —lo defendió Kellie, indignada.

—Me alegra oír eso —murmuró la asistente social—. Bien, no tengo más preguntas. Según creo, la fecha del juicio se ha fijado para la semana próxima. Les deseo suerte —se estrecharon la mano —. Bien, me marcho ya.

Cuando la señora Froneau se hubo marchado, Philippe se volvió hacia Kellie.

—Iba a esperar a la decisión del juez antes de demostrarte mi gratitud por tu ayuda, pero tu resuelta honestidad con la asistente me impulsa a hacerlo ahora. Me has defendido con tanta vehemencia que mereces una recompensa. Ven, acompáñame fuera —dijo atravesando las puertas de cristal de la cocina

—¡No tienes que hacer nada por mí! —exclamó siguiéndolo al exterior.

—Hay una razón por la que no he querido tocar el invernadero, Kellie.

—No tienes que explicar nada, esta propiedad es tuya.

—No toda.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella parpadeando, perpleja.

Su marido se quedó mirándola un rato que se hizo eterno.

—Dijiste que querías quedarte a vivir en Suiza el resto de tu vida. He contratado a un arquitecto que transformará el invernadero en el restaurante francés que siempre quisiste tener. Sería un local pequeño y exclusivo. Hay bastante espacio para aparcar, un jardín que puede ser replantado, una casa encantadora como telón de fondo… Y tendrás un ambiente imposible de recrear en otro lugar.

Kellie había escuchado cada una de sus palabras, pero seguía sin comprender.

—Pero este va a ser tu hogar —le dijo.

Él negó con la cabeza.

—Solo si obtengo la custodia de Jean Luc. En ese caso, pediré a Analise que se venga a vivir a la casa conmigo. Y la torre será tuya. Así podrás llevar el restaurante sin problemas.

—¿Aunque nos divorciemos?

—¿Por qué no? —respondió él encogiéndose de hombros.

¿Sería capaz de vivir puerta con puerta con su ex mujer sin importarle? Kellie gimió por dentro. Si ya no sentía nada por ella, ¿por qué no la atravesaba con una espada y acababa de una vez?

—Pero, si pierdo el juicio —siguió Philippe como si estuviera hablando del tiempo—, viviré en el apartamento, y te dejaré toda la

propiedad. En ese caso, incluso podrías convertir la casa en una hotel.

«¿Qué?» Aquel extravagante regalo debía ser la particular versión de Philippe de una pensión por divorcio. Tal vez se sentía culpable por no ser capaz de volver a amarla.

—Solo tendrías que cambiar las cerraduras de las habitaciones, y en el garaje podrías poner tu oficina. El emplazamiento es ideal, todo el mundo querrá venir aquí.

Kellie no pensaba aprovecharse de su generosidad, pero, por el momento, le seguiría el juego con tal de que pensase que estaba encantada. Cuando hubiera terminado la batalla legal por la custodia, le comunicaría su próxima paternidad y le diría que no tenía intención de hacerle cumplir su espléndida oferta.

—Me siento abrumada, Philippe —y realmente lo estaba, solo a su marido podía habérsele ocurrido algo así. ¿Cómo no amarlo cada vez más?—. Siempre supe que eras desprendido, pero me ofreces un sueño que escapa a mi imaginación…. Si es lo que quieres, acepto tu magnífico regalo y te doy las gracias desde lo más hondo de mi corazón.

—Bien, me alegro de que te guste la idea —dijo él satisfecho. Parecía aliviado, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. ¿Era eso lo que había sido para él, una carga?

—¿Te parece que traiga esta tarde mis cosas del apartamento para llevarlas a la torre? —sugirió Kellie con toda la intención—. Ya me conoces —le dijo forzando una amplia sonrisa—, me enamoré de la torre en cuanto la vi. Es tan emocionante pensar que va a ser mía… Podríamos llamar a ese arquitecto para que venga, y empezar a discutir los detalles de mi restaurante. Así tendré algo en lo que volcarme hasta que llegue el día del juicio. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Es una mujer —murmuró Philippe en un tono indiferente—, se llama Michelle Viret.

¿Sería un nuevo amor de Philippe? Kellie sintió que se reabría la herida de su corazón.

—Estoy deseando conocerla —le aseguró frotándose las manos sudorosas en los vaqueros. Quería marcharse lejos de él antes de que descubriera su ansiedad—. ¿Quieres hacer algo más aquí? Son ya las seis y cuarto…

—No, creo que no.

—Bien, pues volvamos al apartamento para cenar allí. Haré unas

tortillas para nosotros antes de que te vayas a ver a los Mertier y, mientras estés fuera, vendré hasta aquí para ir trayendo mis cosas.

—¿Cuándo he dicho yo que fuera a casa de Raoul? —preguntó Philippe con voz queda.

«Oh,oh…»

—Bueno, el otro día en el yate te invitó, y pensé que irías…

Philippe la miraba receloso, con los ojos entrecerrados.

—Tal vez me pase a verlo cuando hayamos acabado de traer las cosas del apartamento.

¿Es que no se daba cuenta de que sus amigos estaban deseando verlo?

—Entonces no perdamos más tiempo —apuntó ella.

Kellie fue todo el camino intentando darle conversación, pero su marido parecía demasiado cansado para hablar. Se había estado esforzando demasiado para tener todo a punto en la casa…

Al llegar a la propiedad, Kellie fue directamente a «su» torre y encendió un buen fuego. Para algo habían hecho deshollinar las chimeneas… Al cabo de unos minutos, las sombras de las llamas danzaban ya sobre las paredes circulares de la torre. Era un efecto precioso y el calor del fuego resultaba muy agradable con el frío que hacía fuera.

En dos viajes, había conseguido llevarse toda la ropa. La colocó sobre la cama y acercó el sillón a la chimenea, demasiado cansada para hacer nada más aquella noche.

Se abrió la puerta. Era Philippe, que había llegado en aquel momento.

—¿Por qué no me esperaste? Te habría ayudado —la increpó. Su apuesto caballero había pasado de cansado a enfadado. No tenía ánimos para aguantar sus cambios de humor aquella noche.

—Porque no tenías por qué ayudarme —replicó Kellie.

Philippe apretó los labios en una delgada línea antes de empezar a colgarle la ropa en el armario.

Kellie debía estar más cansada de lo que pensaba, porque se quedó dormida.

Al despertar no recordaba nada, y se encontró echada sobre la cama sin calcetines ni zapatos.

Desorientada, murmuró el nombre de su marido.

La única luz que había en la habitación era el débil fulgor de los

rescoldos de la chimenea. Adormilada, y sin poder aún abrir los ojos, distinguió vagamente los rasgos de Philippe. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en el rostro, y no pudo evitar que la invadiera el deseo.

—Espera, te ayudaré a quitarte la sudadera y luego puedes seguir durmiendo —le dijo Philippe empezando a tirar de ella hacia arriba.

Los ojos de Kellie se abrieron de golpe.

—¡No! —gritó presa del pánico. Se giró de espaldas a él, tirando de la sudadera hacia abajo para tratar de ocultar los signos de su embarazo.

La cama crujió. Philippe le puso una mano en la nuca y masajeó la suave piel bajo las raíces del cabello.

—Kellie… —le dijo con voz áspera. Comenzó a masajearle el hombro suavemente con los dedos—. No pretendía asustarte, solo quería que estuvieses más cómoda.

Su forma de tocarla la hizo estremecerse. Kellie esperó que él pensara que era por el frío.

—Gra… gracias, pero la sudadera no me molesta. Vete a casa de Raoul, te veré por la mañana antes de que te vayas a la oficina.

—Me temo que estoy demasiado cansado para eso. ¿Te importa que me eche en tu sofá?

¿Quería quedarse en la torre? ¿Podía ser que…? No, probablemente era solo porque había forzado demasiado la rodilla y le dolía otra vez. Parecía lógico que no se atreviera a subir las escaleras de la casa. Por eso la había llevado hasta la cama.

—No, claro que no. El edredón de mi abuela está en la balda superior del armario. Échatelo por encima.

Philippe dejó la mano sobre su hombro un instante. Kellie no podía apenas respirar. ¡Lo necesitaba tanto! Quería que la hiciera girarse y la besara en los labios, pero, en lugar de eso, se limitó a taparla. Kellie hundió el rostro en la almohada para ahogar un gemido.

Allí echada, anhelando su contacto, los párpados empezaron a pesarle y volvió a quedarse dormida.

Cuando los primeros rayos de sol invadieron la torre se despertó. Y entonces recordó lo ocurrido la noche anterior… «¡Philippe!»

Se incorporó en la cama para ver si seguía dormido en el sofá, pero todo lo que había allí era el edredón blanco doblado. Había estado a punto de descubrirla… ¿Qué habría ocurrido entonces?

Bajo ningún concepto quería hacer nada que pudiese provocar su ira, no cuando solo faltaban seis días para el juicio. Si Philippe la descubría, la echaría con cajas destempladas como había hecho en una ocasión, y se esfumarían las escasas posibilidades que tenía de conseguir la custodia de Jean Luc.

Cuando Kellie se enteró de que se había prohibido la entrada de fotógrafos y periodistas al juzgado, pensó que era un milagro. Solo después supo, cuando iban en la limusina de cristales tintados que Raoul les había prestado, que este se había valido de sus influencias para conseguir que el juicio se realizase a puerta cerrada. Su deuda con los Mertier crecía sin parar.

Honore estaba esperándolos a la entrada del tribunal. Estrechó la mano a Philippe y besó a Kellie en ambas mejillas.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que estás hoy?

Kellie se había puesto un traje de chaqueta negro, que ocultaba el ensanchamiento de su figura, y se había recogido el cabello en la nuca con un pañuelo negro estampado.

Philippe había oído el comentario y giró la cabeza hacia ella. Sus ojos oscuros parecieron estudiar cada detalle de su rostro y figura.

—El negro siempre te ha favorecido.

—Gracias… A los dos —musitó Kellie, sintiendo que las mejillas le ardían.

La sala estaba casi vacía. Analise los saludó con una inclinación de cabeza desde su asiento en los bancos del público. Jean Luc no estaba con ella, debía de haberlo dejado con alguna vecina.

Se sentaron con Honore en una de las dos mesas que había frente al estrado. Sentado en la otra, estaba el padre biológico del bebé con su abogado. Era un hombre moreno, bien parecido, que no debía llegar al metro ochenta. Kellie observó de inmediato que tenía una gran semejanza con el niño, sobre todo por su complexión robusta. Aunque le estaba hablando su abogado, toda su atención parecía estar centrada en Philippe.

Kellie miró por el rabillo del ojo a su marido. Llevaba un elegante traje azul oscuro a medida. Estaba más apuesto que nunca.

Aparte del alguacil, de pie junto a la puerta de doble hoja, no había nadie más en la sala.

Por alguna razón, Philippe parecía muy tranquilo. Estaba

sentado en una postura relajada, como si supiera algo que los demás ignoraban, como si fuera un mero espectador.

El alguacil les ordenó que se pusieran en pie y entró en la sala el juez, un hombre de unos sesenta años. Tomó asiento ante ellos, se puso las gafas y saludó a los dos abogados. Repasó los hechos de la causa en voz alta y dio permiso a Honore para que interrogara a su cliente. Una vez le hubieron tomado juramento a Philippe, Honore se acercó a él.

—Señor Didier, el tribunal ha examinado los particulares de esta causa y se ha demostrado con pruebas concluyentes que no es usted el padre biológico de Jean Luc. Aun así usted a solicitado su custodia. ¿Por qué?

Philippe se inclinó hacia delante en su asiento.

—Cuando Yvette Boiteux vino a verme para decirme que iba a tener un hijo mío, estaba ya de ocho meses. Y, exactamente ocho meses atrás, yo había coincidido con ella en un viaje a Chamonix y habíamos pasado una noche juntos. A pesar de lo improbable que me parecía, no podía negar que cabía la posibilidad de que en efecto fuera mío. Después del accidente, Yvette estaba muy enferma, y no quise, por respeto a ella, pedir aún una prueba de paternidad. Además, yo estaba recuperándome de una operación en la rodilla. La última vez que hablé con Yvette, ella me rogó que me ocupara del bebé. Quizá presentía que iba a morir —la voz de Philippe sonó tan conmovida, que a Kellie se le hizo un nudo en la garganta—. No tuve la oportunidad de ver al bebé hasta pasadas varias semanas de su nacimiento, cuando su abuela consintió en visitarnos y traerlo. Cuando lo miré, no le vi un parecido conmigo, pero no me importó. Me había encariñado y sentí el deseo de ser un padre para él. Tampoco me importó cuando la prueba del ADN dio un resultado negativo. Como me dijo mi esposa, era solo un niño inocente necesitado de amor. Por eso estamos aquí hoy, porque nos gustaría ser sus padres.

—Gracias, monsieur, eso es todo por ahora.

Kellie bajó la cabeza tratando de controlar sus emociones. Cuando Philippe se sentó, el padre de Jean Luc fue hasta el estrado y realizó también el juramento sobre la Biblia. Kellie alargó su mano buscando la de Philippe y él la apretó largo rato antes de soltarla.

El abogado de la otra parte se puso de pie.

—Doctor Bruchard, este tribunal ha leído su declaración, en la

que hace constar que estaba usted enamorado de Yvette Boiteux. Háblenos de esa relación.

—Yvette ya estaba trabajando en la clínica veterinaria en el momento de mi incorporación. Empezamos a salir y, después de unas semanas, pasábamos cada vez más tiempo juntos. Yo me había enamorado de ella y, un día, le dije que quería casarme con ella y formar una familia. Antes de marcharse me dijo que me amaba y me pidió que fuera paciente con ella. Y yo le dije que sí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo la amaba… Sin embargo, cuando volvió, era una persona distinta. Me dijo que había conocido a un hombre que había cambiado su vida. Me dijo que, si no podía casarse con él, no se casaría con nadie.

Las lágrimas ahogaban al desolado veterinario y no pudo seguir hablando. No estaba fingiendo, saltaba a la vista que amaba a Yvette de verdad. Kellie bajó la cabeza. El testimonio de este hombre debía ser durísimo para Philippe. Tomó de nuevo su mano y, esta vez, él no la soltó.

—Yvette me dejó fuera de su vida —continuó el veterinario—. Aquello me destrozó. No volvía a verla. Meses después, un conocido me dijo que había muerto. Ni siquiera pude ir al funeral… Cuando me llamó su madre y me habló del bebé, fui a su piso de inmediato. Con solo mirarlo supe que era hijo mío, de mi sangre. Yo… quiero criar a mi hijo, señoría.

El hombre prorrumpió en amargos sollozos, y la presión de Philippe sobre la mano de Kellie casi le cortó la circulación. Finalmente, la soltó, sacó una pluma del bolsillo y escribió algo en un trozo de papel que tendió a Honore por detrás de su esposa.

Tras leerlo, Honore se quedó mirando a Philippe un momento y le dirigió una sonrisa casi imperceptible.

Cuando el veterinario hubo regresado a su sitio, Honore preguntó al juez si su cliente podía decir unas palabras. Este asintió y pidió a Philippe que se pusiera en pie para hacerlo.

—Señoría —comenzó Philippe—, a pesar de que quería obtener la custodia de Jean Luc, tras escuchar al doctor Bruchard, he comprendido que el bebé debe estar con su verdadero padre.

Kellie sabía que no podría haber sido de otro modo tratándose de Philippe. El veterinario, atónito, giró la cabeza hacia su marido.

El juez rogó a los abogados de las dos partes que se acercaran al estrado. Estos intercambiaron unas palabras en voz baja con él y regresaron a sus asientos. Entonces el juez dirigió a Philippe una

mirada de admiración y emitió su veredicto:

—Quiero agradecer al señor Didier haber tomado una decisión que le habrá resultado muy difícil. No me cabe duda de que usted y su esposa habrían dado al niño un buen hogar —entonces miró al veterinario—. Doctor Bruchard, ya ha escuchado la declaración del señor Didier. Este tribunal le otorga la custodia plena sobre su hijo, Jean Luc Bruchard. Felicidades. Se levanta la sesión.

Por el rabillo del ojo, Kellie vio cómo Philippe se acercaba a estrechar la mano al doctor Bruchard. Su nobleza de espíritu volvió a emocionarla. Una mano le tocó el brazo. Era Honore.

—Vayamos saliendo y dejemos a Philippe hablar con el doctor Bruchard.

Una vez fuera de la sala, Kellie le dijo emocionada:

—Gracias por ayudar a Philippe. Sé que aprecia mucho lo que has hecho por él.

—Lo he hecho por los dos, no solo por él.

Habían entrado ya en el parking subterráneo y, para su sorpresa, en lugar de la limusina de Raoul, un aparcacoches estaba esperándolos junto al coche de Philippe. Le abrió la portezuela del acompañante para que se sentara.

—Kellie… —le dijo Honore mirándola a los ojos—, Philippe nunca tuvo ninguna posibilidad de ganar este juicio, a pesar de su dinero y del apoyo incondicional que tú le has dado.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Kellie, creo que sabes a qué me refiero. Ánimo, *ma chère,* tengo toda mi fe depositada en ti —le dijo inclinándose para besarla en la mejilla.

Kellie estaba aún agitada por lo que insinuaban sus palabras, cuando vio una alta figura masculina acercarse con paso rápido hacia el coche. Tenía que decírselo…

Capítulo 9

Aunque Philippe parecía tan relajado como lo había estado en el juicio, no había pronunciado una palabra desde que salieran del juzgado.

Kellie sabía que su corazón se había roto al entregar a Jean Luc al doctor Bruchard sin luchar, pero también sabía que no daría muestras de ello. Lo estudió con la mirada, pero su expresión era inescrutable.

Lo único claro era que no la llevaba a la casa. Entonces vio que estaban acercándose a la alta verja de entrada del castillo D'Arillac. El guardia los dejó pasar.

¿Los habrían invitado Lee y Raoul a comer y él no le había dicho nada? Era muy amable por su parte, se dijo, pero en ese momento lo que necesitaba era estar a solas con su marido para hablar con él.

—Por favor, ¿no podríamos ir a casa?

—¿Cuál es el problema, Kellie? ¿Qué es lo que pasa?

—Te lo diré cuando lleguemos allí.

Philippe tenía que saber ya la verdad, pero Kellie no tenía intención de revelarle una noticia así en la propiedad de otra persona, aunque fuera la de su mejor amigo. Merecía estar en su propia casa cuando le desvelara aquello que cambiaría sus vidas para siempre.

Philippe dio marcha atrás tan rápido que Kellie tuvo que agarrarse a los brazos del asiento para no resbalarse. Aquel ya no era el hombre relajado y con control de sí mismo que había estado con ella en el juzgado. Tomaba las curvas como si estuviera compitiendo en el Grand Prix de Montecarlo.

Al llegar a la casa, Philippe frenó haciendo chirriar los neumáticos. Kellie se bajó de inmediato y entró en la casa.

Philippe la siguió y dio un portazo tras de sí. Los ojos le ardían de furia, igual que cuando la había encontrado en la cocina del chalet de Raoul en Zermatt.

—Muy bien, ya estamos en la casa. Ahora vas a decirme qué ocurre. Quiero una respuesta ya, Kellie.

—Philippe, yo… —comenzó Kellie con voz trémula. Trató de humedecerse los labios, pero tenía la boca seca—. Cuando regresé a Washington, empecé a tener dolores de cabeza y acabé yendo a nuestro medico de cabecera para que me hiciera un chequeo. Y entonces… entonces fue cuando descubrí que… —era mucho más difícil de lo que había imaginado…

—Descubriste ¿qué? —rugió Philippe impacientándose.

—Vamos a tener un hijo —le soltó ella.

De nuevo el silencio inundó el recibidor. Kellie se retorció las manos, incómoda.

—Sé que esto es una sorpresa para ti, para mí también lo fue… —se atrevió al fin a alzar la vista. Philippe la miraba fijamente, como si estuviera paralizado—. Mi médico me mandó a un ginecólogo, el doctor Cutler y, cuando fui a visitarlo, estaba ya de seis semanas. Me dijo que la fecha aproximada del nacimiento sería el catorce de junio.

—¿Eso fue antes, o después de enterarte de que Yvette había muerto al dar a luz?

Aquella era la pregunta que más había estado temiendo, la pregunta cuya respuesta haría que él creyese que solo había vuelto a Suiza por ese motivo.

—Antes —dijo sin mirarlo.

Lo escuchó resoplar con fuerza.

—Cariño… —le instó presa del temor—. ¡Yo me enteré de mi estado justo antes de saber de la muerte de Yvette! Te lo habría dicho inmediatamente si no se hubieran dado unas circunstancias tan trágicas. Pero, después del accidente y todo por lo que estabas pasando, temía que esto solo complicara aún más las cosas.

—¡De modo que decidiste volver a jugar con mi vida como si fueras Dios!

Había tardado demasiado en ser sincera con él, tenía que haberle dicho aquello tres meses antes.

—¿Qué clase de esposa lanza a su marido a los brazos de otra mujer por el bien de un niño que podría no ser hijo suyo? ¿Y qué clase de mujer le oculta que lleva en su seno un bebé que es de ambos?

—Yo… lo siento, cariño, no sabes cuánto lo siento… —le dijo con el rostro bañado en lágrimas—. Debí haberte llamado en cuanto lo supe, pero lo hice todo al revés. Cuando quise darme cuenta de lo que había hecho, estabas embelesado con Jean Luc y pensé que era

más importante ayudarte primero a conseguir la custodia.

—*Mon Dieu!* Primero utilizas a Raoul, después a Honore… —la acusó—. Cuando te dije en Zermatt que era demasiado tarde para que intentaras salvar nuestro matrimonio, nunca se me ocurrió que llegarías a chantajearme con nuestro propio hijo.

—No era una estratagema para acercarme a ti —le dijo, desesperada—. Sabía que pensarías eso, pero estás equivocado. He estado esperando todo este tiempo para que pudieras concentrarte solo en Jean Luc. Así, en caso de que el juez fallase en tu contra, yo podría darte algo que nadie podría quitarte.

—Yo pensaba que te conocía, Kellie, pero veo que no es así —murmuró Philippe. Un intenso dolor podía leerse en sus ojos, y su voz era tan débil que Kellie quiso morir por el daño que le estaba haciendo.

Philippe salió de la casa como una exhalación y, unos segundos después, ella escuchó el chirriar de los neumáticos del coche. No quería ni pensar en que pudiera tener otro accidente. «Por favor, Dios mío, no dejes que le pase nada. Nuestro bebé necesita a su padre.»

¿Qué podía hacer? ¿A quién podía recurrir? Necesitaba hablar con alguien que conociese a Philippe mejor que nadie. Kellie corrió al estudió y llamó a la residencia de los Didier en París.

—¿Claudine? —exclamó en cuanto oyó la voz de su amiga.

—¡Kellie! ¡Estaba rogando a Dios para que llamaras! Honore ya nos ha dicho las malas noticias —dijo con voz agitada—. ¿Cómo está mi hermano?

—De… de eso es de lo que quería hablarte… ¡Ay, Claudine! ¡No sé qué hacer!

—¿Dónde estás?

—En nuestra nueva casa.

—¿Y Philippe?

Kellie cerró los ojos con fuerza.

—Se ha ido.

Claudine se quedó callada un momento.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde se ha ido?

—¡No lo sé! —exclamó Kellie atormentada.

—¿Ha ocurrido algo más, no es eso? ¿Qué es lo que no me has contado? No, espera, no contestes. Voy a colgar e iré hacia allí en uno de los jets de nuestra compañía. Estaré allí dentro de una hora. No se te ocurra hacer ninguna locura, como marcharte antes de que

yo llegue.

El auricular estaba empapado con el sudor de la mano de Kellie.

—N… no. ¿Sabes la dirección?

—*Bien sur*. Me voy corriendo, enseguida estaré allí. *A bientôt, chère amie*.

Kellie colgó el teléfono y fue a la torre. Se puso unos vaqueros y una blusa amplia, se echó encima una chaqueta y fue al embarcadero a esperar. En caso de que Philippe regresara, no quería que las encontrara en la casa, así que pensó que lo mejor sería que se fueran a dar un paseo por el lago para poder hablar tranquilamente.

Kellie desató la lona que cubría el pequeño yate y sacó las llaves del bolsillo interior, donde Philippe solía esconderlas. Cansada física y anímicamente, se recostó sobre el asiento acolchado, mirando el cielo encapotado. Se había levantado brisa sobre el lago, haciendo que bajara la temperatura, pero a Kellie le pareció agradable. El cabeceo del yate sobre el agua era muy relajante.

No sabía cuánto tiempo llevaría allí sentada cuando oyó la voz de Claudine llamándola. Se incorporó en el asiento tan rápido que le dio un calambre en el costado. Se pasó al asiento del conductor y tocó la sirena.

—¡Aquí, Claudine!

—Me estaba preguntando dónde estarías —respondió su amiga corriendo hacia el embarcadero y saltando dentro del yate con ella.

—Gracias por venir —sollozó Kellie.

Se abrazaron largo rato y fue Claudine quien se apartó primero, con una expresión sorprendida en el rostro. Sus ojos, tan parecidos a los de Philippe, bajaron hasta el vientre de Kellie.

—*Mon Dieu!* —exclamó—. ¿De cuánto estás?

—Trece semanas —respondió Kellie. No se le escapaba nada.

—¿Cuándo lo ha sabido mi hermano? —inquirió Claudine poniéndose seria de pronto.

—Hoy, después del juicio.

Claudine gimió, disgustada, compadeciéndola.

—En… en cuanto se lo dije, me acusó de jugar con su vida por segunda vez y se fue con el coche. Pisó de tal modo el acelerador que me extraña que no hayas visto las marcas de los neumáticos al entrar.

—Oh, Kellie… —musitó Claudine volviendo a abrazarla—. ¡Pero es una noticia fantástica! Esto hará que mi familia salga del infierno

en que ha estado desde el accidente.

Kellie se estremeció y Claudine puso la mano afectuosamente sobre su brazo.

—Vamos, no te pongas trágica, mujer. No es el fin del mundo… Más bien es el principio.

—Me gustaría creerlo, pero Philippe me detesta —replicó Kellie. Las lágrimas le nublaban la vista.

Los hermosos rasgos de Claudine adquirieron una expresión de amistosa burla.

—Ya, y supongo que eso explica que te haya comprado el Château des Fleurs.

—¿El Château des Fleurs?

—¿No conoces la historia de la casa? Se construyó en el siglo XIX a modo de compensación para el segundo hijo de los D'Arillac, ya que era el hermano mayor quien heredaba el título de príncipe. Que Raoul haya accedido a vender la casa a Philippe indica lo mucho que lo aprecia.

Kellie estaba atónita ante lo que acababa de descubrir, pero sacudió la cabeza.

—No puede ser, Philippe compró la casa por Jean Luc, no por mí.

—¿Ah, sí? ¿Crees que lo ha comprado para un niño pequeño? Me parece que tú y yo tenemos que hablar.

—Sí, pero no aquí. Vamos a dar una vuelta en el yate para que podamos estar a solas —le dijo sacando dos chalecos salvavidas de un armarito y entregándole uno.

—¿Quieres decir por si vuelve Philippe? —inquirió Claudine mientras se ataba las cintas del chaleco—. ¿Tan acobardada te tiene?

—No… Bueno, sí… Pero no en el sentido que piensas.

Claudine entrecerró los ojos, suspicaz.

Kellie puso en marcha el motor y dieron marcha atrás para alejarse del embarcadero. Durante unos minutos navegaron a una velocidad constante, pero después Kellie pisó el acelerador y se alejaron más de la orilla.

Kellie miró al cielo. Parecía que estaba más oscuro, pero había otros yates en el lago, y un par de embarcaciones de vela. No queriendo arriesgarse, fueron solo un par de kilómetros más lejos. Entonces detuvo el motor para que el viento las arrastrara poco a poco de nuevo hasta el embarcadero.

—Bien —dijo Claudine—, ya estamos solas. Quiero que me cuentes todo lo que pasó desde que la princesa fue a verte a Ville d'Eaton —aquella forma de referirse a Eatonville era uno de los muchos chistes que hacían que el abuelo de Kellie la adorara.

¡Era tan fácil hablar con Claudine! Todo el dolor y la angustia que había ido guardándose fueron saliendo poco a poco en los minutos siguientes.

—Haré cualquier cosa para que Philippe pueda estar cerca de su hijo —aseguró a Claudine al concluir su relato—. Si quiere podrá visitarlo todos los días, pero no puedo aceptar quedarme con la casa. No he hecho nada que merezca tal grado de generosidad. Sé que se sentirá responsable por el bebé y querrá que los dos vivamos en un buen lugar, pero no puedo aceptarlo. Raoul se lo vendió a Philippe, no a la que pronto será su ex esposa. Tú conoces muy bien a tu hermano, Claudine. ¿Cómo se lo digo sin aumentar la distancia que hay entre nosotros?

—No lo hagas, acepta su oferta —replicó Claudine encogiéndose de hombros.

—Pero Claudine…

Los ojos oscuros de su amiga centellearon.

—¿No me has pedido mi opinión? Pues sigue mi consejo y quédate con la casa. Philippe tiene razón en una cosa: es cierto que intentas orquestarlo todo. Sé que lo haces con la mejor de las intenciones, para hacer feliz a todo el mundo, pero la vida no puede estructurarse de ese modo, como estás comprobando —la reprendió. Lo que decía Claudine era la pura verdad—. Por una vez, deja de analizarlo todo, vive al día. Tienes que concentrarte en lo que es mejor para ti y para el bebé. Si Philippe no te amara, no habría comprado la casa ni te habría dado carta blanca para que la decoraras a tu gusto. Y, respecto a la idea de convertir el invernadero en un restaurante, estoy convencida de que Philippe pidió permiso a Raoul hace ya tiempo. Deja que sea mi hermano quien orqueste las cosas esta vez. Quizá te sorprenda.

Kellie había estado escuchándola con atención, e iba a levantar la cabeza para decirle que seguiría su consejo, cuando una gran ola golpeó la embarcación, empapándolas.

Habían estado tan abstraídas en la conversación, que no se habían dado cuenta de que el agua se había encrespado. Estaban muy lejos del embarcadero. El agua las había arrastrado a unos cuatro kilómetros de la otra orilla. El cielo empezó a iluminarse con

relámpagos.

—¡Tenemos que volver! —exclamó Kellie.

Claudine asintió con el rostro lívido por el miedo.

Sin perder tiempo, Kellie arrancó el motor y giró el yate en dirección al embarcadero. El viento soplaba con más fuerza. Nunca había visto una tormenta así sobre el lago. No había forma de avanzar entre el oleaje, parecía que la masa de agua, de unos cuarenta y cinco kilómetros, se hubiera convertido en el océano.

—*Mon Dieu!* —gritó Claudine aterrorizada —. ¡Mira allí!

Kellie estaba luchando por evitar que el yate volcara. Al levantar los ojos en la dirección que señalaba su amiga, casi se le paró el corazón. Bajo uno de los nubarrones más negros, se había elevado una columna de agua. Kellie observó espantada cómo se aproximaba girando hacia ellas. «¡Dios mío, es una tromba!»

En una ocasión, navegando con Philippe, él le había dicho que la proximidad del macizo del Jura producía a veces aquel extraño fenómeno. Le explicó que ocurría sobre todo en los meses de verano, pero también durante las tormentas, bien entrados octubre y noviembre. Le había advertido que si alguna vez se topaba con una, debía dar un giro de noventa grados para alejarse de ella y dirigirse a la orilla a toda prisa.

Siguiendo su consejo, giró el timón, pero el oleaje la obligó a decelerar. Claudine tenía tanto miedo que ya ni chillaba, no hacía más que santiguarse. Verdaderamente necesitarían un milagro para salir de allí con vida.

Kellie trataba de no mirar atrás. Temía que, de hacerlo, el miedo la paralizase. Para empeorar más las cosas, comenzó a llover, y no precisamente unas gotas, sino una verdadera cortina de agua.

Si seguía lloviendo con esa fuerza, pronto el yate se hundiría. Kellie empezó a murmurar todas las oraciones que sabía, mientras intentaba hacer avanzar la embarcación a través de las revueltas aguas. No podía ver nada. Los dientes les castañeteaban por el miedo y el frío.

—Va… vamos a morir, Kellie…

—¡No, no di…digas eso! ¡Lo con… conseguiremos! —replicó. «¡Quiero criar a mi hijo con Philippe!»

Parecía que llevaran horas navegando sin rumbo cuando el yate chocó contra algo. Claudine cayó al suelo de la embarcación y el impacto lanzó a Kellie contra el timón, pero afortunadamente el salvavidas suavizó el golpe.

En ese momento, les llegaron voces. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que ocurría, una pareja de mediana edad las estaba sacando de la embarcación.

—¿Se encuentran bien? ¿Pueden andar? —les preguntaron. Kellie y Claudine asintieron con la cabeza—. Entren a la casa —las apremió la mujer—, allí podrán calentarse y secarse.

Realmente era proverbial la hospitalidad de los suizos. Se presentaron como Valérie y Louis Charriere y las llevaron a su casa.

A petición de Kellie, Louis fue a llamar por teléfono para intentar ponerse en contacto con su marido. Valérie les dio unos albornoces, les permitió darse una ducha y les sirvió un tazón de sopa caliente. Al cabo de un momento había lavado su ropa y la había puesto a secar. Mientras la mujer les servía un enorme plato de estofado de ternera, Louis entró en la cocina y sonrió a Kellie.

—Acabo de hablar con su esposo. Estaba realmente frenético. Me ha dicho que estará aquí enseguida.

Claudine dirigió a su amiga una mirada de «te lo dije». La idea de ver a Philippe llenó de gozo a Kellie.

—Escuchamos el pronóstico de tormenta —explicó Louis— y salimos a asegurar nuestro barco. Y entonces vimos el suyo acercándose a nuestro embarcadero.

—Siento que chocáramos contra él, no se podía ver nada. Les pagaremos la reparación.

—Por favor, no se preocupen por eso ahora.

Pronto su ropa estuvo seca. Kellie y Claudine se vistieron, sintiéndose como nuevas. Volvieron a la cocina para dar las gracias por todo a Valérie y, mientras estaban allí charlando, entró Louis acompañado de dos caballeros altos e increíblemente apuestos. Uno de ellos era Philippe. Aún tenía puestos los pantalones del traje que había llevado en el juicio, pero su camisa estaba manchada y húmeda, y habían desaparecido la corbata y la chaqueta. El otro hombre era…

—¡Es el príncipe Raoul!

La exclamación de Valérie no consiguió que los ojos de Kellie se apartaran de su marido. Ya no parecía el hombre que se había ido enfadado en el coche horas antes sin intención de volver.

La exagerada palidez en su rostro indicaba sus verdaderos sentimientos. Se acercó a Kellie y Claudine y las abrazó al mismo tiempo.

—¡Gracias a Dios que estáis a salvo! —el temblor de su voz

ponía de relieve su inmensa preocupación. Las abrazó aún con más fuerza y hundió el rostro en el cabello de Kellie, besándola como si fuera lo más preciado para él—. Estaba con Raoul cuando informaron del aviso de tormenta. Corrimos al embarcadero a asegurar su yate, y después al nuestro, y fue entonces cuando vimos la tromba —les explicó. Kellie sintió cómo se endurecían los tendones de sus brazos, como si estuviera reviviendo aquel momento de horror—. *Mon Dieu…!* Cuando descubrí que nuestro yate no estaba y no te encontré por ninguna parte…

—Lo que no esperábamos era encontrar a Claudine contigo —intervino Raoul.

—Os lo explicaremos después —respondió esta sonriendo—. Pero gracias a Kellie no estamos muertas. Ha sido muy valiente y supo reaccionar en el acto. Si hubiera sido por mí, me temo que ahora estaríamos en el fondo del lago.

—No es verdad —replicó Kellie humildemente.

—Claro que lo es, sabías lo que estabas haciendo, mientras que yo me limité a quedarme sentada esperando lo inevitable. Me siento avergonzada de mí misma.

—Recordé lo que Philippe me dijo que debía hacer en un caso así, eso es todo —dijo Kellie separándose de su esposo para mirarlo a los ojos—. Siempre te estaré agradecida por ese consejo, nos ha salvado… a los tres.

Kellie lo vio tragar saliva antes de bajar la vista a su vientre, cubierto por la blusa, y atraerla hacia sí de nuevo.

—Vámonos a casa —murmuró en su oído. El tacto de sus labios hizo que el deseo atravesara su cuerpo como una descarga eléctrica. Por encima de sus anchos hombros, vio los ojos de Claudine brillando de forma cómplice. Kellie recordó entonces su consejo: «Deja de analizarlo todo, vive al día». Eso era precisamente lo que pensaba hacer.

Una vez fuera, Raoul ayudó a Claudine a subir al asiento del acompañante de su Land Rover, mientras Kellie y Philippe ocupaban los asientos de atrás. Este tomó entre sus brazos a su esposa, que se sintió inmensamente feliz.

Philippe no dijo nada, pero Kellie podía sentir su corazón latiendo apresuradamente contra su pecho. Era una comunicación que no requería palabras.

Todo lo que necesitaba era que la retuviera así, junto a él. Haría lo que Claudine le había aconsejado: se dejaría llevar por lo que

sentía en vez de pensar.

La calidez del cuerpo de Philippe, su sólida constitución, el familiar aroma de su piel combinado con el del jabón que utilizaba en la ducha… La mezcla de todos aquellos detalles despertó en Kellie el deseo que había estado reprimiendo los últimos meses.

En un gesto instintivo, hundió el rostro en su cuello y se encontró besándolo, sin poder evitarlo.

Sintió como Philippe contenía el aliento un instante y supo que él también estaba a punto de perder el control. Habían hecho demasiadas veces el amor como para que ella no supiera interpretar las señales que indicaban que no podía esperar a que estuvieran a solas.

Kellie levantó la cabeza y mordió suavemente el lóbulo de su oreja. Aquel siempre había sido uno de sus puntos sensibles. Le encantaba volverlo loco. Y lo estaba consiguiendo, podía sentir la tensión en su cuerpo.

Cuando Raoul detuvo el Land Rover junto al Château des Fleurs, Philippe se bajó tan rápido que Kellie no tuvo tiempo ni de parpadear.

Raoul asomó la cabeza por la ventanilla.

—No os preocupéis por Claudine, pasará la noche con nosotros. Que descanséis.

Y el coche dio marcha atrás y se alejó.

Capítulo 10

Antes de que Kellie pudiera decir nada, Philippe la tomó en brazos. Ella pensó que se dirigiría a la casa, pero, para su sorpresa, la llevó en volandas hasta la torre sin el menor esfuerzo. Lo había visto escalar y aquello lo hacía con idéntica destreza, dando la impresión de que fuera fácil.

Una vez dentro, volvió a sorprenderla, pues no la llevó a la cama, como ansiaba, sino que la depositó sobre el sillón y le ayudó a quitarse la chaqueta. Pero Kellie había aprendido la lección y no cuestionó sus acciones.

Philippe le quitó los zapatos y las medias, como había hecho la semana anterior, desdobló el edredón blanco y la tapó con él. Sus ojos se buscaron con un deseo febril, anticipando lo que iba a suceder.

—Voy a encender la chimenea —murmuró él inclinándose y besándola ligeramente en los labios—. No te muevas de ahí.

—No lo haría ni en sueños —respondió ella con voz trémula.

Kellie lo observó acuclillarse frente a la chimenea, admirando cada centímetro de su musculoso cuerpo. Movida por la impaciencia, le acarició la espalda mientras él disponía los troncos en la chimenea. Al cabo de unos minutos, un agradable fuego calentaba la estancia. Philippe se volvió y besó la palma de la mano que había estado prodigándole caricias.

—Necesito darme una ducha.

—No tardes —le rogó ella.

Los ojos de él brillaban de deseo. Alargó la mano y la deslizó sobre el vientre henchido de su esposa. Un gozo inexpresable se extendió por su rostro antes de dejarla y desaparecer tras la puerta del baño.

Fuera había oscurecido y soplaba un fuerte viento, cuyos lamentos se colaban por las rendijas de la torre. La luz de las llamas bailoteaba sobre los muros. No cabía imaginar un lugar más romántico, pensó Kellie.

En ese momento podía verdaderamente decir que no se había

sentido tan feliz en toda su vida. Volvía a estar junto al hombre que amaba y, unos minutos después, le demostraría cuánto significaba para ella.

Su corazón palpitó apresuradamente cuando volvió a entrar llevando tan solo una toalla alrededor de la cintura. Era tan perfecto que casi le cortaba la respiración.

Philippe retiró el edredón y se arrodilló junto al sillón para admirarla, deteniendo su mirada en los cambios que se habían producido en su figura. Kellie cerró los ojos cuando sintió esos labios besar su vientre y subir después hasta su boca. Ambos gimieron extasiados y Philippe la tomó en brazos para llevarla a la cama.

Hicieron el amor una y otra vez toda la noche, con renovada intensidad cada vez, como si fuera la primera. Sentían una pasión tan desbordante el uno por el otro, que sobraban las palabras. Tenían mucho que decirse, pero aquella noche era demasiado sagrada como para malgastarla hablando. Primero satisfarían la necesidad largo tiempo reprimida. Las palabras vendrían después.

***

Kellie abrió los ojos al sentir un tímido pero cálido rayo de sol sobre su blanca mano. La pierna derecha de su marido estaba entrelazada con su pierna izquierda. «¡Qué maravilloso despertar!»

Giró la cabeza hacia él, deseosa de sentirlo de nuevo dentro de sí.

—Philippe…

—¿Mmm?

—¿Estás despierto?

—¿Quieres que lo esté? —su voz le indicó que aún estaba medio dormido.

Decepcionada, se mordió el labio inferior.

—No, yo solo quiero lo que tú quieres.

Philippe se rio y la atrajo hacia sí. ¡De modo que estaba haciéndose el dormido!

—Mi insaciable esposa… El embarazo te ha hecho aún más excitante.

Kellie besó sus irresistibles labios.

—Espero que sigas diciendo lo mismo cuando esté de ocho o nueve meses.

—Cuando te fuiste a Washington —confesó él poniéndose serio

de repente—, me di cuenta de hasta qué punto te amaba. El dolor que sentía por tu pérdida era tan intenso, que me convertí en una persona horrible, de lo cuál me avergüenzo. Es un milagro que volvieras a mí, y más el que aún tenga amigos.

Kellie se estremeció.

—No, fue todo culpa mía. Perdona por el daño que te hice, perdóname.

Philippe suspiró atormentado.

—Soy yo quien debe pedirte perdón. Kellie… No soy el hombre que tú piensas.

—Sí que lo eres. Yo estaba ayer en el juzgado, y lo que hiciste llenó a todos de admiración.

—Precisamente a eso me refiero, *mon amour*. He mentido y amañado tantas situaciones… Tengo que contarte la verdad.

Estaba realmente serio.

—Para empezar, nunca tuve intención de contarte lo de Yvette.

Sorprendida, Kellie se incorporó, sentándose en la cama. Philippe se incorporó también, quedándose, apoyado sobre la almohada.

—Mi plan era decirle, cuando llegáramos a su apartamento, que se entendiera con mi abogado hasta que se hicieran las pruebas de paternidad. Si el resultado era positivo, tenía intención de ocuparme de sus necesidades y tratar de ser un buen padre. Me dije que solo si eso ocurría te lo contaría. Estaba tan agitado porque hubiera aparecido justo el día en que cumplíamos un mes de casados, que no vi venir al otro coche. Y el accidente descolocó todos mis planes. Cuando llegaste al hospital eras como una aparición que atormentaba mi conciencia. Pensé en ocultártelo, pero ¿cómo podría con Yvette en la misma sala? Sentí que debía sincerarme, rogando por que me amaras lo suficiente como para perdonarme. ¿Qué podría ser peor? ¿Una mentira que apenas podría mantener más allá de aquella noche que nunca me perdonarías… o el dolor que te ocasionaría al decirte la verdad? Escogí lo segundo, aferrándome a la creencia de que, tras la angustia inicial, serías capaz de otorgarme tu perdón.

Kellie sacudió la cabeza.

—¿Cómo podía dejar de amarte? En mi carta te decía que los motivos de mi marcha eran otros.

Philippe tomó su mano, apretándola con fuerza entre las suyas.

—¿Sabes que antes de que todo esto ocurriera apenas podía

contener la emoción porque tenía un regalo especial para ti?

Kellie lo miró inquisitivamente.

—Era la escritura de la casa. Raoul me dio el Château des Fleurs como agradecimiento por mi pequeña intervención para romper su compromiso con la princesa Sophie. Me la entregó antes de que nos casáramos.

Entonces Kellie cayó en la cuenta:

—¡Espera un momento! O sea, que todas esas casas que fuimos a ver con el señor Penot…

—Fue todo un montaje —admitió Philippe—. Le pagué para que fingiera delante de ti.

—¡Philippe!

—Y hay más, pero primero deja que me disculpe por acusarte de utilizar a Raoul. Siento haber pensado mal de ti. Cuando me dieron el alta tras la operación, volví al apartamento, acompañado de Marcel. Al entrar, vi todo lo que habías preparado por nuestro aniversario. Después abrí el regalo y, al ver los gemelos, quise morir, porque imaginé el daño que te había hecho. Pero fue al encontrar tu carta cuando perdí la razón, Kellie. Me volví loco. Marcel llamó al médico y me administró un sedante. Cuando me desperté estaba solo, y no me importaba seguir viviendo o morir. Me negué a ver a nadie. Pero Raoul insistió hasta que lo dejé entrar. El resto ya lo conoces.

Kellie lo rodeó con sus brazos, y se acunaron el uno al otro, consolándose.

—Ayer supe que él mismo había mandado a Lee a Washington para traerte de vuelta.

—Sí, ¡me alegré tanto de que viniera! Tu pobre hermana había tratado de impedir que te mandara los papeles del divorcio, pero yo estaba tan cegada por lo que creía que debías hacer, que no la escuché. Fue Lee quien me abrió los ojos. Solo entonces tuve conciencia de lo horriblemente mal que me había portado contigo. Entonces me faltó tiempo para regresar. Estoy en deuda con los dos.

—*Mon Dieu!* Cuando me encontré contigo en el chalet casi me dio un ataque.

—A mí también, estabas tan cambiado que temí no poder atravesar esa coraza que habías forjado.

—¡Ya lo creo que la atravesaste! —exclamó él sonriendo—. Si subí corriendo esas escaleras, fue porque necesitaba tiempo para pensar. Por desgracia mi pierna tardó más que yo en reaccionar.

—Te perdono —dijo Kellie bajando la cabeza para besarlo—. Tus maquinaciones «maquiavélicas» solo me demuestran lo mucho que me amas.

—Aún hay más… —admitió Philippe avergonzado.

—Continúa —le instó ella conmovida. ¿Cómo no querer al hombre que estaba allí confesándole sus faltas?

Philippe peinó con sus dedos el cabello de Kellie.

—No debería haber hecho pasar al doctor Bruchard por ese juicio, no cuando estaba seguro de que Jean Luc no era mío.

—¿Cómo podías saber eso si no te habías hecho la prueba?

—Soborné a una de las enfermeras del pabellón de pediatría para que me dejara ver al bebé, ya que Analise no me lo permitía.

—¡Oh, cariño! —exclamó Kellie entre risas.

Philippe esbozó una sonrisa arrepentida.

—Lo examiné cuidadosamente. Tenía un cierto parecido con Yvette, pero no veía ningún rasgo de mi familia, ninguno… No me interpretes mal, yo adoro a ese bebé, y lo habría seguido queriendo si hubiese sido de mi sangre. Pero fue entonces cuando ideé todo el asunto del pleito por la custodia, para que volvieras a vivir conmigo. Estaba convencido de que te había hecho tanto daño en Zermatt, que te había perdido para siempre. Y necesitaba un motivo para retenerte a mi lado.

—Nada de eso era necesario —le aseguró Kellie—. Estaba dispuesta a aferrarme a la más mínima esperanza de poder volver contigo.

—Cuanto más se acercaba la fecha del juicio —prosiguió Philippe—, más miedo tenía. Había planeado retirar la demanda durante la vista, y temía que te marcharas cuando supieras que ya no había motivo para que te quedaras. Por eso, pensé que podía sobornarte a ti también con la idea de convertir el invernadero en tu restaurante francés. Creí que así te quedarías el tiempo suficiente como para conseguir que te enamoraras de mí otra vez.

Kellie tomó su rostro entre las manos y lo miró fijamente.

—Fui yo la que fallé. Te casaste con una chica muy inmadura. La llegada de Yvette me obligó a examinar mi vida y a crecer a costa de nuestro matrimonio. En el hospital me dijiste algo que nunca olvidaré: «Cuando nos casamos, prometimos amarnos en lo bueno y en lo malo». Y entonces me tomaste de la mano y me aseguraste que nunca pretendiste que hubiera nada «malo» en nuestro matrimonio. Y yo te pregunté: «¿Y lo hay?».

—Lo recuerdo —dijo Philippe muy serio.

Los ojos verdes de Kellie se miraron en los suyos.

—Aquella fue una pregunta tan ingenua por mi parte… Quienquiera que inventase esa «cláusula» matrimonial, sabía que no hay tiempos fáciles sin tiempos difíciles. Y al mes de casados, tuvimos que experimentar ya los difíciles. Yo no estaba preparada para eso, pero ahora volvemos a estar juntos. Y aunque no queramos pensarlo, me temo que habrá otros momentos oscuros en medio de nuestra felicidad. Pero quiero hacerte una promesa, Philippe, que mantendré siempre, porque te amo: Pase lo que pase, no volveré a alejarme de ti —le dijo sin apartar la mirada de él.

Emocionado, Philippe la atrajo hacia sí recostándose en la cama.

—Kellie, tengo otra confesión que hacerte.

—Philippe, ¿cuánto más va a durar esto? —bromeó mirándolo con adoración.

—Es la última, lo juro.

—Está bien.

—Ayer, cuando me dijiste que estabas embarazada, no pude evitar salir corriendo, como hice en las escaleras del chalet. Aquella noticia, con nuestro matrimonio en la cuerda floja, me llenó de alegría. Fue una emoción demasiado fuerte para mí, y necesitaba tiempo para pensar. Cuando llegué a casa de Raoul y le dije que íbamos a tener un hijo, me felicitó, y me dijo: «Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí sentado? Ve con tu mujer». Y entonces supe que lo único que quería era volver a tu lado. Dispuesto a suplicarte, de rodillas si era necesario, que me perdonaras, me levanté de la silla como un rayo, pero, antes de llegar a la puerta, Raoul me alcanzó para decirme que habían dado aviso de una fuerte tormenta. Nos fuimos juntos a asegurar nuestras embarcaciones. Yo tenía planeado retenerte en la torre hasta que aceptaras volver a ser mi esposa, pero nos aguardaba otra pesadilla cuando aparcamos junto a la casa. No te encontrábamos por ningún lado, y el yate no estaba. Imaginamos que habías salido a navegar por el lago, y cuando vi aquella tromba pensé… —comenzó a temblar, y Kellie se acurrucó entre sus brazos para calmarlo—. Si os hubiera perdido a ti y al bebé, no habría querido seguir viviendo, Kellie…

—No pienses más en eso, Philippe. Ya se acabó.

—Fui un tonto al no rendirme a tus pies al encontrarte en el chalet. Por mi estúpido orgullo, me he perdido el vivir contigo los primeros meses del embarazo. Pero, a partir de ahora, voy a

ocuparme de ti, iré al médico contigo… Quiero volver a ser tu esposo, te he echado tanto de menos, *mon amour*… —susurró con emoción.

—No volveremos a separarnos más —asintió Kellie—. Lo que debemos hacer es ir pensando un nombre para el bebé… Si es un niño, yo ya tengo uno pensado.

—Yo también —sonrió Philippe.

—Digámoslo a la vez.

Philippe se rio.

—A la de tres, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas —claudicó él. Y la besó en cierto lugar, haciendo que casi olvidara de lo que estaban hablando.

—*Un, deux, trois*…

—¡Raoul! —exclamaron al unísono, y se echaron a reír a continuación.

Philippe acurrucó el rostro en el hueco de su cuello.

—¿Has pensado en algún nombre si es una niña?

—Sí, pero tengo el presentimiento de que será niño.

Al decir esto, sonó el teléfono. Philippe se inclinó por encima de ella para contestarlo.

—¿Sí? … Ah, hola, Claudine —dijo. Kellie le susurró que le dejara hablar con ella, pero él se limitó a besarla en el hombro—. Estábamos discutiendo nombres para el bebé. ¿Quieres proponer uno por si fuera una niña? —bromeó. Claudine le respondió algo que lo hizo reír—. Espera, te paso con Kellie —dijo dando a su esposa el teléfono.

—¿Claudine?

—Hola, perdona que os interrumpa en vuestra segunda luna de miel, pero no soy la única aquí que está deseando saber si es oficial que estáis juntos de nuevo.

—La respuesta es sí.

—*Merci Dieu.* Bueno, ahora ya podré llamar a la familia. Está todo el mundo esperando mis noticias. Hasta nuestro intrépido Honore estaba preocupado.

—Di a todo el mundo que jamás hemos sido tan felices como lo somos en este momento.

—Sí, ya oigo vuestra felicidad.

—Gracias por haber estado a mi lado —le dijo Kellie con voz emocionada.

—Bueno, siempre puedes mostrarme tu gratitud poniéndole mi

nombre al bebé si es niña…

—Es lo que pensaba hacer —se rio ella—. Mi abuelo te adora. Le encantaría tener una nieta con el nombre de su francesa favorita. Pero aún se pondrá más contento el día que lo llames y le digas que vas a casarte.

—Pues tendrá que esperar sentado, pero ya discutiremos eso otro día, cuando mi hermano no esté reclamándote para él solo como ahora. Y me temo que eso tardará en ocurrir… —añadió.

Kellie se sintió enrojecer. Philippe lo notó y le quitó el auricular.

—Nos ha encantado hablar contigo, Claudine, pero tenemos que dejarte. Te llamaremos pronto, ¡adiós! —y le colgó.

Miró a su esposa y apartó un mechón de su frente.

—¿Qué te ha dicho para hacerte sonrojar de ese modo?

—Pues la clase de cosas que solo puede decir una hermana que conoce muy bien a su hermano.

—¿No me lo vas a decir?

—No —respondió ella juguetona.

—¿Quieres apostar algo?

—Ni hablar.

—Sabes que perderías, ¿eh? —respondió Philippe con una sonrisa traviesa.

—Creo que es la hora del desayuno… O quizá del almuerzo —dijo ella tratando de levantarse, pero Philippe fue más rápido.

—No tan deprisa, *mon amour* —murmuró besándola en la nuca—. Vas a quedarte en la cama hasta que me respondas.

Era lo que esperaba que dijera.

—Entonces —respondió ella sonriente— estaremos aquí muuucho tiempo.

Philippe la rodeó con sus brazos, y susurró su nombre antes de hacerle otra vez el amor.